I

Varias veces al día don Ernesto Morejón Galindo, Director-Jefe de la Oficina de Investigación Económica, abandonaba su pequeño despacho para controlar la asistencia de los empleados a su cargo. Era don Ernesto un señor de carácter desigual. Completamente desigual. Cuando estaba de buen humor exageraba su donjuanismo resbalando por libidinosas confidencias de chola * [1] verdulera, de chagra * recién llegado. Con gráfico y pornográfico gesto de posesión sexual, solía murmurar al oído del confidente de turno: «Qué noche de farra, [2] cholito. * Me serví tres hembras. Dos resultaron doncellas. Ji... Ji... Ji... Todo gratis». Mas, si tenía que reprender en público a sus esbirros —epíteto de gasto íntimo al referirse a los subalternos— se hinchaba de omnipotencia y distribuía amenazas sin orden ni concierto. En aquellos momentos —explosión de prosa [3] gamonal— [4] se subrayaba en él todo lo grotesco de su adiposa figura: mejillas como nalgas rubicundas,

---

[1] El signo * indica que la forma a la que acompaña viene explicada en el «Vocabulario» alfabético colocado por el mismo J. Icaza al final de su novela. Nótese que cuando se repita una misma forma, no se hará otra referencia.

[2] *farra:* «(Voz lunfarda) f. En Argentina, Bolivia y Chile, holgorio, diversión bulliciosa, jarana». (Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, Méjico, Editorial Pedro Robredo, 1942, T. I., p. 636). Como puede verse, es palabra que se usa asimismo en el Ecuador; aunque se la considera americanismo, «se oye también en España» con el mismo sentido, según María Moliner (*Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1970, T. I., p. 1285). Aun cuando esta nota parezca innecesaria a un público hispanohablante, puede ser útil a los estudiantes que quieran dominar el español.

[3] *prosa:* «1. Altanería, arrogancia. 2. Prosopopeya, entono y presunción». (*Americanismos. Diccionario ilustrado Sopena*, Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1983, p. 512). Este vocablo aparece a menudo en las obras de Icaza, en singular o en plural, con el mismo sentido; el adjetivo derivado es *prosudo-a*.

[4] *gamonal:* aquí es adjetivo, con el significado frecuente en Hispanoamérica de «ostentoso» (*Americanismos...*, ed. cit., p. 302). El sustantivo *gamonal* tiene el sentido, en la obra icaciana, de «latifundista», «hacendado», «terrateniente», algo distinto del significado acostumbrado («El ricacho que hace de cacique en un pueblo», en *Americanismos...*, ed. cit., ibidem).

temblor de barro tierno en los labios, baba biliosa entre los dientes, candela [5] de diablo en las pupilas.

Hacia fines de noviembre, todos los años, fermentaban malos pensamientos en lo más delicado y ambicioso del personal de aquella oficina donde había caído, por arte de audacia y golpe de buena suerte, a última hora, Luis Alfonso Romero y Flores. La intriga, el esbirrismo y los anónimos se deslizaban como reptiles en hojarasca de monte —mechudas amenazas, viles ofertas. El Director-Jefe, Morejón Galindo, tragándose una especie de inconfesable envidia, revisaba entonces las listas de contribuyentes morosos, las cartas de crédito, los libros de contabilidad y los nombres de los caballeros sobre quienes debía y no podía ejercer control y coactiva. [6] Nunca le salió limpio aquel trabajo. Una serie de obstáculos superiores a la autoridad que le otorgó la ley —nepotismo en telaraña de desfalcos y funcionarios inamovibles— le ataban al temor del fracaso de quienes se quedaron a medias en su carrera burocrática por confiar en la rectitud y legalidad de procedimientos. Pero él... el se creía un hombre honrado. Eran los esbirros. El tipo o los tipos encargados de actuar en su nombre los que siempre complicaron la tragedia.

Aquel año, tras la duda y el insomnio, don Ernesto creyó haber hallado al personaje salvador, al personaje de sus esperanzas de juez incorruptible. Y una mañana, antes de entrar [7] a su despacho particular, se presentó en el salón de los empleados a sus órdenes —el sombrero metido hasta las cejas, altanero el gesto, ardiente la mirada.

—He pensado en usted —anunció avanzando hacia el escritorio donde trabajaba el chulla * Romero y Flores—. En usted para la fiscalización anual. En usted...

—¿En mí, señor?

—Sí.

—Yo realmente...

—¡En usted, he dicho!

—¡Aaah!

—¿En quién más? ¿En quién más voy a confiar? Un trabajo tan difícil, tan delicado. No tiene por qué excusarse. Tiene que obedecer. Es un empleado.

—Un empleado...

—Irá solo. ¡Solo! Basta de plazos. Basta de fraudes sin control. Basta de... ¿Me entiende?

—Claro. Haré lo que tenga que hacer.

—¡Eso! Usted...

—Llamaré al orden a todos los que no han cumplido con la ley —concluyó el aludido recobrando de pronto el tono de su cinismo habitual, encubridor de ignorancia y chabacanería cholas —afán desmedido y postizo por rasgar las erres y purificar las elles—.

---

[5] *candela:* «1. Fuego, hoguera, incendio». (*Americanismos...*, ed. cit. p. 140); la forma plural suele tener bajo la pluma de Icaza la acepción de «llamas».

[6] *coactiva:* aquí, «coacción».

[7] *entrar a:* forma frecuentísima en Hispanoamérica, por «entra en»; esta construcción, que se encuentra en autores clásicos españoles como Lope de Vega, empieza a usarse cada vez más en español peninsular, sin duda en parte a causa de la influencia de los autores latinoamericanos.

—Muy bien. Hay deberes sagrados, mi querido joven. Sagrados... Tenemos que frenar la corrupción de sinvergüenzas a sueldo, de pícaros poderosos, de honrados hipócritas, de ineptos, de cretinos. De... Bueno... En resumidas cuentas, irá usted —afirmó don Ernesto frenando de mala gana —esencia de temor enfermizo— insultos y coraje. Hervían en sus labios de jugoso caucara * nombres de altos jefes e inabordables funcionarios. Gentes que podían aplastarle al menor descuido. Gentes antes las cuales debía sonreír de gratitud en público. Gentes que al girar en las alturas se incrustaban más y más en ellas. Turnándose de un año para otro. Las mismas caras. Los mismos nombres. Las mismas familias. Los mismos métodos. ¿Y él? No... No pudo ascender hasta... Hasta su meta, hasta su sueño. Un Ministerio... Una Embajada... ¿Por qué, carajo? [8] ¡Ah! Es que ellos se aferraban a la tremenda inmovilidad de la tradición, de la costumbre, del apellido pomposo, de la herencia burocrática. Imposible echarles al suelo. Imposible traicionarles sin que nadie se entere, sin que nadie se percate del sacrilegio.

—Iré. Iré, señor —afirmó el chulla en tono altanero de matón de barrio, mientras despertaba en el fondo de su amor propio la perspectiva de una extraña codicia. Algo había oído de las suculentas rebuscas en aquellos trabajos.

—Gracias. Gracias... —alcanzó a murmurar el Director-Jefe deshaciéndose en meloso gesto y amable sonrisa.

—Estoy dispuesto.

—Dispuesto a todo. Mi corazón no podía engañarme. Usted será... Usted es... Bueno... Yo me entiendo... Con mano de hierro, ¿eh? De hierro.

—Como usted mande, señor —concluyó Romero y Flores. Pero al observar a los compañeros —burócratas de toda edad y condición— sintió que zozobraba en un oleaje de miradas adversas, de murmullos que despedían toda la pestilencia que deposita en las almas el esbirrismo de un trabajo inseguro, liquidable, canceroso. En un oleaje que gritaba sin palabras: «¿Por qué?», «¿Qué corona tiene el chulla?», «Yo... Veinte años... He acabado mi vida...», «Nada valen entonces mi honradez, mi caligrafía...», «Imbécil... Intruso... No sabe nada...», «Perro de la calle no más es... Le conozco... Todo así tiene suerte...», «¿Cómo hará los balances? ¿Cómo hará las liquidaciones? Yo... Yo me hago el tonto... Ji... Ji... Ji... Mi grado de contador... Si le preguntan cuánto es uno por uno, responderá: No estoy bien si son dos o tres...», «Uuu... Se jodió la pensión de los guaguas... Los curas, las monjitas, la buena gente... Volverán a las escuelas fiscales... Donde los cholos...», «Conmigo se estacan, carajo... Pondré en juego mi poder, mi fuerza... Cartas anónimas a los Ministros, al señor Presidente de la República...», «Chillaré por la prensa... ¿Qué prensa tuviste, pendejo? Es de ellos... Sólo la plata... [9] La plata... ¡Oh?».

Por las apariencias —brillo de odio en las pupilas, sequedad amarga en los labios, color bilioso en la piel, burla enfermiza en las arrugas—, nadie parecía sentirse en paz con la orden del Director-Jefe. Era un absurdo sin nombre, a lo

---

[8] *carajo* es taco corriente en el Ecuador, donde no se le considera tan grosero como en España; el propio Icaza lo usaba muy a menudo en la conversación familiar.

[9] *plata:* «dinero» (americanismo).

cual el chulla, en uso y abuso de su actitud de «patrón grande, su mercé» [10] —herencia paternal—, devolvió el reto de la tropa de esbirros con mirada altiva y desafiante, donde todos pudieron leer: «¿De qué se quejan? A mí... A mí no me joden así no más... Les aplasto...»

Pero fue don Ernesto Morejón Galindo, con prodigiosa intuición para descifrar en el silencio de los empleados a su cargo —idénticos destinos, iguales experiencias—, quien desbarató el atrevimiento y la protesta taimada. Con retintín y burla inapelables advirtió en alta voz:

—Espero que todos estarán de acuerdo. ¿Cuál? ¿Cuál puede quejarse? Que se levante. Que diga. ¡Yo sé lo que hago! Y al primero que me venga con reclamos le pulverizo. Le... Ustedes me conocen. Como bueno, bueno... Como malo, ¡aaah!, ¡oooh!

De inmediato —básica ductilidad entre la rebeldía y la humillación, entre el odio y el compañerismo, de quienes se hallan al capricho de un círculo poderoso, invisible, constrictor— desapareció del rostro del coro de burócratas —a punto de disipar su pobre veneno— la amenaza explosiva. En su lugar surgió la máscara de la disculpa babosa, inocente: «No... Yo no estoy enojado, señor... Por el contrario... Míreme... Míreme cómo sonrío... Ji... Ji... Ji...». «Entre blancos se entienden... Conmigo es otra cosa, jefecito... Usted mismo sabe... Con usted donde quiera, como quiera...». «La decisión es genial... Ge-ni-al... Un verdadero éxito...». «El llegó como pariente del Gran Jefe... Es nuestra mejor palanca... Antes no teníamos una palanca igual... ¿Entonces, qué?» «Todos... Todos estamos contentos...». «No hay motivo para ponerse así... Así...». «Lo que usted ordene...»

Ante el cambio mágico —él lo esperaba— don Ernesto lanzó un bufido como de vejiga rota. Y dirigiéndose al contador general, ordenó:

—Usted.

—¿Yo?

—Sí. Oígame bien. Que no le falte nada para la fiscalización de fin de año al señor Romero y Flores. Credenciales, catastros, listas, oficios. Explíquele todo. Debe actuar de acuerdo con la ley.

—Está bien, señor.

—Debe actuar en mi nombre. Yo le doy las extraordinarias. Sin extraordinarias no se hace nada.

—Nada.

—Las extraordinarias completas —concluyó el Director-Jefe poniendo amigablemente la mano sobre el hombro del empleado escogido para tan delicada misión.

Desde el pedestal de un orgullo extraño a todo lo que no era su viejo anhelo de caballero adinerado, poderoso, el chulla Romero y Flores pasó revista a sus compañeros. Y al mirarles doblados sobre el trabajo como una interrogación mínima, viscosa, insignificante, le acometió una angustia de calofrío palúdico que oscilaba entre el desprecio compasivo y el temor de transformarse en uno de ellos

---

10 *«patrón grande, su mercé»:* título dado por los peones indígenas y los mayordomos cholos al patrón latifundista; implica las más de las veces una oposición entre dominados y dominante.

para siempre. Recordó entonces —juego instintivo— el mote sarcástico y definidor que puso a cada uno cuando llegó al conocimiento y confianza del medio. Filiación que mantenía en secreto para exaltar su esperanza de aristócrata, de latifundista por herencia de mujer, con dinero que podía pescar con el matrimonio. Al viejo Gerardo Proaño, vecino de escritorio, piel requemada, bigotes alicaídos, pómulos salientes, humilde comodín para encubrir faltas ajenas, «longo * del buen provecho». A los calígrafos Timoleón López y Antonio Lucero, jóvenes medio blanquitos, preocupación enfermiza en el vestir, pulcritud de plancha en solapas y dobleces, fino escamoteo de remiendos, corbata de lazo, pañuelo al pecho, «chullas futres * no más son». A don Pedro Castellanos, cara de pergamino, cejas de excéntrico, fósil de gesto de mando en las arrugas —gloria militar que cayó en la trampa de un mal cuartelazo—, «momia histórica». A don Jorge Pavón Santos, color bilioso, burla en los labios, apellido de altos burócratas en desgracia, «momia política». A Julio César Benavides, risa de baba servicial, de ojos esquivos de güiñachishca * —confidente del Director-Jefe—, «pobre perrito». A Gabriel Montoya, [11] alto, seco, fúnebre, tallado en madera de nogal —archivo de locas aventuras: cantante de tangos en Buenos Aires, lavaplatos en Nueva York, cómico de la legua en Centro América, contrabandista en Cuba, torero en España—, «fracasos en funda de paraguas». A Nicolás Estupiñán, [12] ojos redondos, pequeños, negros, inquietos, boca en hocico de rata, amabilidad intrusa, imprudente —orgullo de la prensa libre por llevar el oficio en la sangre: el abuelo tipógrafo, el hermano reportero, el padre linotipista—, «zorro del chisme y de la calumnia». A Fidel Castro, lustroso, acicalado, lleno de reverencias y de sonrisas —movimiento continuo de intrigas y recomendaciones—, «chagra para ministro». A Marcos Avendaño, nariz aplastada, boca hedionda, gangoso —estudiante de derecho a largo plazo—, «cuatro reales de doctor». Al secretario, Humberto Toledo, pequeño de cuerpo, grande de carajos y palabrotas, «omoto * vinagre». Al contador general, don Juan Núñez, párpados caídos, mejillas flojas, dedos y dientes manchados de nicotina —apoltronado en sucias componendas burocráticas—, «pantano de rencores sin desagüe». Al portero, José María Chango, [13] pestañas y cejas cerdosas, lunares negros en la quijada, en la frente, taimado servilismo, «cholo portero no más». Pero a pesar de aquel torrente de burlas que defendían y justificaban su elección, Romero y Flores comprendió con repugnancia indefinida que él, frente a esos hombres, no era sino un pobre diablo cargado de inexperiencia, de vanidad.

Antes de la hora de salida, Luis Alfonso arregló cuidadosamente los papeles de su escritorio, acarició el periódico que tenía por costumbre llevar bien doblado en el bolsillo inferior de la americana, se puso el sombrero y, con paso y ritmo de olímpico desprecio, salió sin despedirse. A la tarde de ese mismo día tuvo dos

---

[11] *Gabriel Montoya:* uno de los dos protagonistas de la novela *Cholos* del mismo autor se llamaba ya Gabriel Montoya; mas prácticamente no tiene rasgos comunes con este personaje, muy episódico, de *El chulla Romero y Flores.*

[12] Este personaje secundario reaparecerá al final de la última secuencia del capítulo IV, donde, al mencionarlo por tercera vez, Icaza le llamará erróneamente Miguel Estupiñán.

[13] *Chango* es apellido de origen indígena, bastante frecuente en la obra narrativa icaciana, véanse por ejemplo las novelas *Cholos* y *Media vida deslumbrados.*

conferencias con don Ernesto. Volvió a escuchar aquello de la ley suprema, de las extraordinarias completas, de la tremenda responsabilidad de su misión, de la honradez que debía exhibir, del ridículo de la oficina ante el público. Su sensiblidad moral poco habituada a tales recomendaciones se disfrazó entonces abriendo en asombro de indignación los ojos, moviendo la cabeza en oferta de embestida feroz, estirando a todo lo alto extraña amenaza de juez incorruptible.

Convencido de su victoria futura sobre pícaros y estafadores de imposible acceso, de gran brillo social, el mozo recibió a la mañana siguiente los papeles, los oficios, las cuentas y las órdenes del viejo contador:

—Una fortuna en números, mi querido amigo. Números... Números...

—Que transformaré en dinero.

—Debe tener cuidado. ¡Mucho cuidado!

—¿Eh?

—Tropezará con eso que llaman «lo mejor del país»: banqueros, latifundistas, militares, frailes, políticos... Un candidato a la Presidencia de la República.

—Conozco a toda esa gente —afirmó el chulla sin abandonar la importancia que enyesaba su figura desde la víspera.

—¿Son sus amigos? —interrogó el empleado de los párpados caídos y las mejillas flojas, con asombro y respeto de huasicama * al olor del «patrón grande, su mercé».

—Naturalmente.

—¡Ah! Entonces... Mire aquí... Aquí...

En la calle, cargado de legajos, el flamante fiscalizador se inquietó pensando en cuál debía ser la primera víctima. «Algún amigo que pueda... ¿Amigo? Ji... Ji... Ji...» La gracia que le produjo el recuerdo de su mentira al contador general surgió en mueca de alegría idiota. Instintivamente se pasó la mano por la cara tratando de borrar aquella explosión imprudente que hería en cierto modo su dignidad. «¿A quién entonces? A don... ¿Cómo se llama? Ramiro Paredes y Nieto... Candidato a la Presidencia de la República... Uuuuy, mamita *...» Tantas veces había leído en los periódicos —él creía en los periódicos— sobre las virtudes y méritos que adornaban a semejante caballero. Pensó: «Debe ser pulcro, generoso, honrado, bueno... El primer ciudadano de la Patria... ¡Oh! ¿Y las cuentas atrasadas? ¿Le mintieron en la oficina? ¿Por qué? ¿Para qué? Don Ernesto Morejón Galindo... Los burócratas... Envidia... Pura envidia... Veré, carajo... Veré...» Miró en su torno. Un sol de luz cegadora subrayaba el paisaje de vetustos aleros coloniales, de balcones de pecho, de paredes de adobe, de casas de dos o tres pisos, de calles que pretendían ponerse de pie. Con trote de indio avanzó por la vereda, [14] hacia abajo. Un chispazo de rubor le hizo notar que había caído en ridículo —diligencia de longo de los mandados—. Moderó el paso. Lentamente. Su categoría, su poder, sus esperanzas...

---

[14] *vereda:* «En Cuba y Sur América, la acera de las calles. Es vulgarismo», dictamina Fr. J. Santamaría (*Diccionario general...*, ed. cit., T. III, p. 258); Julio Tobar Donoso es menos severo en lo que al empleo de este vocablo se refiere: «(...) lo empleamos en vez de *acera*, palabra admitida ya por la Academia en calidad de americanismo». (en: *El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador*, Quito, Editorial «La Unión Católica», 1961, p. 287).

Y al cruzar la Plaza Grande, [15] un desprecio profundo por las gentes que tendían al sol su plática cuotidiana de quejas y memorias —militares retirados, políticos en desgracia, conspiradores que acechan de reojo el momento propicio para trepar por puertas y ventanas al palacio de gobierno— le obligó a estirarse en bostezo de gallo. «Mi importancia... Mi honradez... Me llevarán muy lejos... Amigo y protector de un candidato a la Presidencia de la República... A la Presidencia... Ji... Ji... Ji...»

* * *

—¿Está don Ramiro Paredes y Nieto? —interrogó el chulla Romero y Flores al empleado que salió a recibirle.

—¿Don Ramiro? ¿Pregunta por don Ramiro?

—Sí.

—No está.

—Es que yo...

—Usted...

—Soy de la oficina de Investigación Económica.

—¡Ah! ¡Oh! Perdón.

—La cuenta.

—No sabía que usted... Yo... Yo soy el ayudante general.

—Bien. Muy bien.

—Venga. Entre. Por aquí, señor.

—Gracias.

—Este es el despacho de don Ramiro. ¿Ve usted? Abandonado... Casi abandonado.

—Aaah.

—Usted me entiende.

—No entiendo nada —murmuró el flamante fiscalizador olfateando en el aire un tufillo a bodega.

—¿Nada?

—Bueno... Quería hablar con él.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Viene de tarde en tarde. Yo me ocupo de la oficina. Si algo necesita. Estoy para servirle. Diga no más.

—De tarde en tarde —repitió Luis Alfonso con ceño adusto y en tono de reproche. Tenía las extraordinarias y por lo mismo debía exigir que se presente [16] el acusado.

—Es que... Bueno. El señor es el señor —murmuró el ayudante general sin

---

15 Es la célebre Plaza de la Independencia, a la que da, en Quito, el Palacio de Gobierno —donde se encuentra la Presidencia de la República ecuatoriana.

16 *debía exigir que se presente*: en vez de *que se presentara* (o: *que se presentase*); éste es un giro sintáctico que se considera incorrecto desde el punto de vista de la gramática del español peninsular; es frecuentísimo en Hispanoamárica, y sistemático, o poco menos, en la obra de Icaza; este detalle no se volverá a señalar.

entender la importancia y el atrevimiento del mozo. Don Ramiro Paredes y Nieto era para él y para la mayoría de las gentes una especie de tabú que flotaba en las alturas sagradas de los dueños del país.

—No, mi amigo. El señor es el empleado que tiene que rendir cuentas a la oficina de Investigación Económica.

—El señor es el funcionario —rectificó el viejo burócrata mirando fijamente a su interlocutor tras unas gafas de cerco de hierro. Sus ojos húmedos, enrojecidos, pasaron sin mayor esfuerzo del adulo a la malicia, a la burla.

—Es lo mismo.

—No. Los unos obedecen, los otros mandan, ordenan. Nosotros...

Para evitar discusiones inútiles, sintiéndose un poco perdido, el chulla cambió de rumbo:

—¿Y cómo puede marchar esto sin él?

—Marcha conmigo.

—¡Ah! Con usted. Muy bien. Ahora comprendo. Entonces el responsable... —concluyó recobrando su aplomo de fiscalizador. Y, sin comentarios, abrió el legajo de cuentas que llevaba sobre un escritorio de tipo dinosáurico [17], empolvado, que sin duda era el de don Ramiro.

La actitud enérgica y desafiante del mozo desconcertó momentáneamente al viejo empleado, el cual, en busca de una explicación que esté de acuerdo con sus experiencias, pensó: «¿Qué le pasa a éste? Parece que alguien le empuja. Alguien poderoso: Arzobispo... General... Ministro... Hoy está abajo... Mañana puede estar arriba... Estos chullas prosudos [18] son una friega... A lo mejor pescan a río revuelto una alta posición administrativa o una mujer con plata... Le diré...» Y sin que nadie le interrogue, arrastrándose por una actitud —chisme y veneración a la vez— que le era característica, informó:

—Es muy ocupado don Ramiro. Con decirle que desempeña siete cargos. Siete cargos importantes. ¡Siete sueldos! Es un patriota. Uno de los más grandes patriotas del Continente. Hombre universal.

—¿Siete sueldos?

—Hoy es costumbre entre las gentes. Entre las gentes de postín. Sirven para todo.

«Para todo abuso... Para todo egoísmo...», se dijo el chulla observando con pena y asco a su informante. Bicho pequeño y viscoso, en armonía con unos zapatos arrugados en el empeine —cautela y dolor al andar—; con un vestido fuera de moda, blanco de caspa en el cuello, remendado en los codos, brilloso en las rodillas; con un perfume a tabaco, a chuchaqui, a papel de oficina, a tinta —veinte años de complicidad, de inquietudes—.

—Para todo —insistió en alta voz el joven.

—Los colaboradores en cambio...

---

17 *un escritorio de tipo dinosáurico:* esta expresión figura también en el cuento «Mama Pacha», donde se trata de la mesa de despacho de un latifundista tradicional (J. Icaza, *Obras Escogidas*, Méjico, Aguilar, 1961, p. 989); en ambos casos, sirve para mostrar que el dueño de este tipo de mueble representa una tradición arcaica, pero que sin embargo sigue teniendo mucho poder.

18 *prosudos:* véase más arriba la N. 3.

—Usted es uno de ellos, ¿verdad?

«Si le informo es capaz de... Los saldos. No sabrá. Eso, no...», se dijo el hombre de los ojos miopes. Y acariciándose las manos en forma jesuítica, concluyó:

—Pero no en lo que usted se imagina.

—¡Ah! Mejor. Mucho mejor.

La conversación resbaló entonces entre disculpas y oscuras disonancias. Así fue como el chulla supo que doña Francisca, la esposa legítima del candidato a la Presidencia de la República, se entendía en la gestión económica de la campaña electoral de su ilustre marido, y era a la vez quien administraba dineros y cuentas de esa dependencia.

—¿Tampoco ella viene por aquí?

—De tarde en tarde. Pero me llama por teléfono casi a diario. Pertenece a una gran familia. De lo mejorcito —insistió el ayudante general con afán de demostrar lo duro e ilógico que sería una fiscalización en regla.

—Conozco —murmuró Romero y Flores revisando sus documentos de comprobación.

—¿Conoce? No creo.

—¿Eh?

—Pero no conoce lo otro.

—¿Qué otro?

—Lo de... Bueno. Lo de los amores de don Ramiro. Es un chivo para las hembras.

—¿Un chivo? —interrogó el mozo mientras pensaba: «Igual a don Ernesto. Todos pretenden ser unos sátiros. ¿Será timbre de nobleza?»

—Sí —afirmó el viejo. Era notorio que buscaba aplazar la batalla. Aplazar hasta recibir órdenes del jefe.

—Yo le creía un hombre serio.

—En otro sentido, claro. Es el campeón de la moral cristiana en los discursos. ¿Usted no le ha oído hablar? ¡Ah! ¡Oh! Pico de oro.

—¿Entonces?

—El diablo no falta con su alimento. Y como es tan inteligente.

—¿El diablo?

—Don Ramiro. Escribe unas cartas de amor que son una maravilla. ¡Qué estilo! Puro estilo. Dicen que es el mejor escritor del mundo.

—¿Del mundo?

—Así dicen los que saben. A una de esas mocitas de asiento le tiene y le mantiene como secretaria en el Despacho Principal de Publicaciones, donde también es Director-Gerente. Usted debe conocer a la hembra. Le llaman «La Monja». [19]

—¿La Monja?

—Antes de ser lo que es fue monja del Sagrado Corazón... Ji... Ji... Ji...

«La Monja», repitió mentalmente Luis Alfonso evocando las apetitosas curvas

---

19 *le llaman «La Monja»*: en vez de: *la* llaman «La Monja» (por tratarse de una mujer); es una incorrección muy frecuente de J. Icaza.

de la mujer que conocía de vista. Pero a él qué le importaba aquello. ¿Qué? Su deber... Los saldos... Eso era lo principal.

—Bueno, mi amigo. Trabajemos un poco. Quiero la cuenta —anunció el mozo imitando a don Ernesto en su actitud olímpica.

—¿La cuenta?

—Sí, señor. La cuenta para revisarla, para fiscalizarla, para...

—Está lista. Listita. Sesenta páginas a máquina. Todo en perfecto orden —admitió el viejo mientras buscaba, nervioso por el cambio de tono en el diálogo, lo solicitado.

—Quiero ver...

—Sí. Aquí está —concluyó el empleado del candidado a la Presidencia de la República entregando al fiscalizador unas cuartillas que había sacado de uno de los cajones del escritorio dinosáurico.

Con aplomo y desenvoltura de experto en la materia, Romero y Flores se acomodó en un sillón y se puso a comparar los datos que llevaba en sus papeles con las partidas de la cuenta que le había entregado el hombre de los ojos miopes. Aquello de comparar era un decir. Bajo su máscara variable, en ese momento de hábil contador —adusto entrecejo, pausas y dudas de rito judicial, bisbisar continuo de monosílabos y cantidades—, retorcíase en obsesión creciente la sospecha contra el ayudante general: «Me quiere meter el dedo. ¡No! Le denunciaré. ¿Cómo? Es que no alcanzo a ver el fraude. El fraude existe. ¡Existe! ¿Dónde! ¿Dóndeee? Este carajo engañó a don Ramiro, a doña Francisca. Estoy seguro... ¿Ellos? Imposible. Es la mejor gente. Pediré la reliquidación. La reliquidación que me recomendó el «pantano de rencores sin desagüe». Todo en orden...»

También al viejo, tímido y nervioso como una rata, fingiendo diligencia entre oficios y libros de contabilidad, le fue imposible controlar su espíritu burlón. Descubrió desde el primer instante, por la forma desusada de empezar el trabajo, que el dichoso fiscalizador no sabía dónde estaba parado... «Se hace el que... No, guambrito *... No es así... Está orinando fuera del pilche *... Ji... Ji... Ji... La trampa... En los papeles todo anda bien... Pero...»

—Los comprobantes de la partida quinientos ochenta y cinco —exigió de pronto el chulla al recordar algo de lo que le advirtieron en su oficina.

Ante lo inaudito de semejante pedido el ayudante general miró a su interlocutor con asombro desorbitado. No era miedo en realidad. Era que... Nadie se había atrevido a pedir aquello con tanto desenfado. ¡Nadie! Cuando el Congreso de la República lo hizo, usó un procedimiento lleno de disculpas, de sesiones secretas, de acaramelados reproches —cual beata en desgracia ante Taita * Dios, cual indio rebelde ante «patrón grande, su mercé»—. Y al final, la más alta autoridad del país confirió a don Ramiro un voto de aplauso.

—¿No me entiende? He dicho los comprobantes de la partida quinientos ochenta y cinco —continuó Romero y Flores sintiendo que la sorpresa del viejo exaltaba su orgullo.

—No puedo, señor.

—¿Cómo? ¿Se niega?

—Usted quizás no sabe. Es la partida de los gastos reservados. De los gastos secretos. Es la defensa de la paz interna.

—¿Y eso?

—La ley dice que sólo doña Francisca...

—¿Eh?

—Digo... Que sólo don Ramiro... Yo... Yo soy un pobre empleado. Mi sueldo...

—Pero usted me dijo que...

—Como es la pisada es el animal, como es el sueldo es el hombre. Y yo... Ya me ve cómo soy...

—Sí.

En busca de un entendimiento amistoso, sin complicaciones, el viejo continuó:

—Eso es sagrado.

—¿Sagrado?

—Sagrado para nosotros. Para el pequeño contribuyente, para el hombre de la calle, para el chagra, para el cholo, para el indio.

—Yo soy otra cosa —chilló el flamante fiscalizador pensando en las extraordinarias.

—Yo me creía lo mismo hace muchos años cuando era un chullita como usted. Pero el trabajo, la experiencia...

—Absurdo —murmuró Romero y Flores con altanero desprecio. Se sentía herido por aquello de «chullita», por la comparación, por algo que trataba de ocultar.

—Igual.

—¡No!

—Bueno. Como usted quiera. Pero en cambio ellos... Los funcionarios. Los que hacen la felicidad del país enriqueciéndose.

—Luego usted...

—Conste que yo no he dicho nada. Dios me libre de hablar de la buena gente. No se debe meter allí las narices.

—Me parece que se debe meter en todo lo que no sea correcto.

—En esa partida, no.

—A mí... —amenazó el chulla mientras pensaba con risita sarcástica: «La ley, la opinión pública, el Director-Jefe me amparan».

Al interpretar al mozo, el ayudante general respondió con gran intuición:

—Usted cree que la ley, que los jefes, que... No. Cuando uno está jodido no hay ley ni jefes que valgan.

—Según.

—La ley y los jefes son una especie de subalternos de don Ramiro. Siete oficinas a sus órdenes. Si no es por un lado es por otro. Cosa seria.

—Bueno. Liquidaremos los dos últimos años. Es lo justo. Es lo honrado. ¿No le parece?

—Yo le aconsejaría que no se meta a...

—¿A cumplir con mi deber?

—No tanto. Todo se puede arreglar.

—¿Eh? ¿Qué insinúa? ¡Jamás!

—Nada. Nada, mi señor.

A pesar de las objeciones y de los pretextos del empleado del candidato a la Presidencia de la República —iba de un lado a otro, abría cajones, barajaba papeles—, Luis Alfonso inició su trabajo. Pero a los pocos días, saturado de polvo, cansado de hurgar en el archivo —un armario sin puertas y una montaña de paquetes sobre una mesa—, pensó hablar directamente con don Ramiro.

—No... No podrá, mi querido señor —anunció con burla en falsete el hombre de los ojos miopes. Se hallaba tranquilo, confiado. Había recibido órdenes de doña Francisca.

—¿Por qué? —interrogó Romero y Flores debatiéndose en una especie de impotencia que amenazaba hundirle en la tragedia de su acholamiento *, [20] de su voz humilde, de...

—Me parece que le conté. Don Ramiro no está en la ciudad. Anda en gira. Se acerca su hora. Es el candidato oficial.

—Hablaré con doña Francisca, entonces.

—Eso es otra cosa.

—Iré hoy mismo.

—La señora tiene una reunión política en su casa. Todas las tardes... Tal vez mañana. Yo pudiera...

—Bien. Muy bien —dijo el mozo lleno de esperanzas. Luego recogió febrilmente sus papeles, algunos apuntes y la copia de la cuenta de don Ramiro. Al despedirse del ayudante general pensó: «Pobre pendejo... Morirá en la demanda... Los zapatos arrugados, los codos rotos, los ojos húmedos, la caspa, el olor... ¡Oh!»

Mientras avanzaba calle abajo, la decisión heroica del mozo fue sosegándose y sus pensamientos maduraron en precauciones. Buscó a don Guachicola [21] —viejo dipsómano, archivo de sucias anécdotas, memoria fotográfica para lo criminal del cholerío encopetado y de la burocracia donde pasó su vida— y a sus amigos —chullas de los billares, de las cantinas, de los figones, de las trastiendas— para que le informasen sobre las virtudes y milagros del candidato a la Presidencia de la República y su familia.

Don Guachicola, saboreando venganza y amargura de vencido, en pleno monólogo de borrachera, hizo al mozo una síntesis biográfica de don Ramiro:

—Llegó hace muchos años de un pueblo perdido en la cordillera. Llegó con esa irritación de arribismo de todo chagra para doctor. ¡Flor de provincia! No pudo o no quiso concluir la universidad... En cambio aprendió maravillosamente a explotar lo superficial del talento y lo ventajoso de la soltería. Sin ser un adonis, indio

---

[20] No es indiferente que *acholamiento* sea sinónimo, en la Sierra ecuatoriana, de «vergüenza», «rubor»: esta evolución semántica (o sea el paso de la idea de mestizaje biológico o cultural a la de «bochorno», que se estudiará brevemente en este volumen) revela parte de los elementos básicos de la psicosociología de muchos personajes mestizos o cholos de la producción narrativa, no sólo de Icaza, sino también de varios e importantes escritores serranos (y asimismo costeños) de su generación.

[21] *don Guachicola: Guachicola* no es nombre, sino apodo popular: «Llamamos así al que bebe con frecuencia». (J. Tobar Donoso, *El lenguaje...*, ed. cit., p. 143). Procede del ecuatorianismo *guachicola*: «aguardiente que se sirve entre amigos de confianza y con frecuencia». (Darío C. Guevara, citado por Paulo de Carvalho-Neto, en: *Diccionario del Folklore ecuatoriano*, Quito, C. C. E., 1964, p. 227). Es posible que se relacione este vocablo con *guachito*, y *guacho* o *guagcho* (véase la N. 46).

lavado, [22] medio blanquito, las mujeres le ayudaron a vivir. Despreciando el amor en su forma sincera, se amarró a la dote de doña Francisca Montes y Ayala. Dicen que la dama cubrió así más de un escándalo de su fogoso temperamento. ¿Y a él qué? Había entrado de golpe en el mundo de los patriotas, de los amos, de las minorías mandonas. Dulcísima clave del destino. Miles llegaron en esa forma a lo que él llegó. Una vez instalado, y de acuerdo con la publicidad y el elogio de la «gran prensa», la única que leía, repartió donaciones para obras de beneficencia con el dinero de la mujer. Hizo vida de club. Muchas y bellas fueron sus concubinas. Cuidó exageradamente la indumentaria, el olor... Como usted, chullita. Es de verle en los entierros, en los matrimonios, en las visitas de etiqueta —a funcionarios, a obispos, a generales, a diplomáticos—, de chaqué, de bombín, de botainas y de bastón. Su influencia política fue creciendo de acuerdo al cinismo para barajarse en los diversos partidos. Hizo amistades y descubrió parientes en la oligarquía conservadora. Cotizó como simpatizante en un grupo de izquierda. En las altas esferas burocráticas, a donde le fue fácil entrar dada su categoría de esposo de un apellido ilustre, se declaró liberal... En cuanto a su talento como orador, como filósofo, como poeta. ¡Oh, su talento! Celestial. De vez en cuando, a manera de reportaje, los periódicos publicaban y publican párrafos de sus cartas, frases aisladas de sus discursos. Un amigo buen conocedor de estas cosas, suele afirmar: «Afanes académicos de cholo amayorado. Pura copia de revista europea. [23] Puro disfraz barroco...» Muchísimo se habló y se escandalizó en un tiempo con los desfalcos del caballero. ¡Qué desfalcos! Cosa grande. Pero como el personaje no era de poncho *, [24] las autoridades al descubrir procedieron con el temor y con el respeto del indio de huasipungo * ante el patrón: sombrero en mano, disculpa babosa... Lo mejor fue que en un alarde de galantería política al robo le llamaron descuido, falta de experiencia... Este pendejo debe tener una tropa de colaboradores de pésimos antecedentes.

«He descubierto a uno de ellos... A uno...», comentó para sí Romero y Flores.

También los amigos, jóvenes aventureros como él, dieron al flamante fiscalizador un informe parecido al del viejo Guachicola. Menos envenenado, desde luego —tumulto de impulsos sin fortuna para alcanzar el modelo predilecto.

* * *

Luis Alfonso sintió que se le relajaba el coraje, que los espejos de cuerpo entero, las cortinas de damasco, los candelabros de plata, los adornos de anémica

---

22 *indio lavado:* otra expresión popular en el Ecuador, que implica que la indianidad puede vivirse como una «mancha» vergonzosa, y la blancura de la piel como una «pureza»; véase también la N. 27.

23 *pura copia de revista europea:* Icaza denuncia aquí, a través de don Guachicola, lo que considera la imitación servil, por parte de muchos ecuatorianos, de lo que suele llamarse «la civilización occidental»; esta visión crítica correspondía a su deseo de inventar «un humanismo hispanoamericano» (expresión que usó ante mí en una de nuestras charlas en Quito), capaz de volver inútiles el disfraz y el remedo de lo foráneo.

24 *ser de poncho* significa en la Sierra ecuatoriana 'ser miserable', probando un desprecio a lo indígena.

porcelana, las lámparas de nerviosos cristales —decorado de sus sueños de caballero—, se burlaban de sus prosas [25] de juez incorruptible.

Sorpresivamente, como en los cuentos de brujas y aparecidos surgió por una puerta una señora alta —ni flaca ni gorda— que escondía la madurez de un estirado medio siglo entre retoques de afeite y postiza desenvoltura juvenil. Al embrujo de la luz del crepúsculo de la tarde que entraba por amplios ventanales, el rostro de la mujer adquiría rasgos de belleza animal. «Doña Francisca... Tiene cara caballo... Cara de caballo de ajedrez... Prefiero La Monja...», se dijo el mozo.

—¿El señor fiscalizador?

—A sus órdenes. Yo creí...

—Está bien. Siéntese.

—Gracias. Muchas gracias. Tengo que pedirle disculpas... Ji... Ji... Ji... Usted comprenderá. El deber es el deber... Yo... Mis jefes... Ellos... —murmuró el chulla tratando de ser amable sin conseguirlo. Buscaba liquidar una angustia melosa, algo que entorpecía —hormigueo en las piernas, temblor en las manos— el repertorio de exquisitos modales latentes en su anhelo de «patrón grande, su mercé». En otras oportunidades —poquísimas, desde luego— pudo desenvolverse con facilidad entre gentes de postín. Pero entonces no se sintió tan desnudo, tan al borde de una estúpida contradicción. ¿Era la mirada llena de malicia y dominio de la esposa del candidato a la Presidencia de la República? ¿Era el apetitoso murmullo —perfumes y risas— que se escurría desde el salón más cercano?

—Nuestro empleado me ha dicho por teléfono que usted se niega a firmar la cuenta de mi esposo. ¿Por qué? ¿Es un capricho? —interrogó doña Francisca aprovechando el desconcierto notorio del fiscalizador.

Por toda respuesta el mozo hizo un gesto como para indicar que él no tenía la culpa.

—¿Entonces quién? Su...

—Director-Jefe.

—¡Ah! Tontería. Y usted creyó. Es preferible pensar en el porvenir. Su porvenir. «Ella no sabe... Quiero defenderle... Defenderles... Los parásitos...», se dijo con orgullo de héroe Luis Alfonso. Con orgullo que le obligó a responder:

—Sí. Pero quizás usted no sepa que su empleado se niega a entregarme los comprobantes de varias partidas. Sin duda él...

—¿Qué?

—Oculta por algo.

—Esos documentos ya no existen. Podían comprometernos y volaron. Desaparecieron —anunció doña Francisca con cinismo morboso, con cinismo de puñalada en la garganta. Romero y Flores arrugó el entrecejo, abrió la boca. Quien le hablaba no era un caballo de ajedrez, no era un modelo de rubores explotables. Era un enemigo poderoso, un demonio perfumado de ojos negros, fríos, duros, en contraste con lo femenino y amable de unas uñas afiladas.

—¡Ah!

---

[25] *sus prosas:* véase más arriba la N. 3.

—El Tribunal de Revisión y Saldos. ¿Conoce usted? La autoridad mayor en la materia.

—Sí.

—Quemó hace unos meses toda esa basura.

—¿Sin esperar que se cumpla el plazo que marca la ley? —interrogó el chulla reaccionando en forma brusca, instintiva.

—En casos especiales...

—¿Especiales?

—Cuando el honor nacional exige... Cuando la política... Cuando mi marido... Cuando alguna persona de gran importancia como el señor Presidente de la República cree necesario...

—¿Entonces yo?

—Nada. Tiene que aceptar la realidad.

Atrapado [26] por aquel absurdo superior a sus prosas y sus extraordinarias, el flamante fiscalizador creyó que para salvarse debía insistir:

—¿Dónde puedo ver a don Ramiro?

—¿No le advirtió nuestro empleado que el señor está en gira?

—Algo me dijo.

—Es tan difícil hablar con él. Nosotros... Nosotros somos unos polluelos. El... El es el águila caudal.

«El águila de museo, carajo», pensó Luis Alfonso recordando el chiste de un periódico de oposición sobre tan ilustre personaje. La memoria de aquel sarcasmo apaciguó en parte el desconcierto del chulla. Quiso entonces comentar recurriendo a su audacia —violenta, oportuna, hábil— que tanta fama le había dado entre el cholerío de mediopelo, pero ella continuó:

—Si desea una recomendación... Si desea... Bueno... Usted me entiende, ¿eh?

—Ni una palabra —murmuró el mozo a pesar de que todo lo sabía por los chismes y la codicia de los esbirros.

—¡Ah! ¿Sí? Escrúpulos... Discutiremos más tarde... —concluyó doña Francisca mirando al pequeño burócrata con la curiosidad de quien observa los desplantes venenosos de un miserable gusano antes de aplastarle.

—Es que...

—Perdone. Su nombre... —cambió la dama.

—Luis Alfonso Romero y Flores —dijo él subrayando las eres del apellido.

—¿Hijo del difundo Miguel, verdad?

—Sí... Sí...

—Pobre Miguel.

—¿Pobre?

—Le ayudé tanto en su desgracia.

—En su desgracia —repitió como un eco el flamante fiscalizador resbalando por la pendiente de la vergüenza que le producía el saber que alguien estaba en el

---

26 *atrapado* es palabra clave de toda la obra de Icaza: título de su última novela, aparece en textos anteriores a *El chulla Romero y Flores;* en el fondo, la narrativa del quiteño muestra la necesidad, para sus compatriotas, de salirse de la trampa armada por una etnocracia; véase también el pasaje de la novela que remite a la N. 87.

secreto de su pecado original, [27] de su sangre. Si sólo fuera la miseria tragicómica del viejo, su padre, no le importaría. Pero...

—Fuimos amigos en un tiempo. Muy amigos. Antes de lo de... Eso... Eso fue imperdonable. No tiene nombre —comentó la esposa del candidato a la Presidencia de la República moviendo las manos en alto.

«Mi madre... Se refiere a mi madre... A ella. ¡Oh!», se dijo mentalmente el chulla cayendo en una pausa que marcó sobre su orgullo de juez incorruptible y sobre su burla de ingenioso aventurero rasgos de máscara de angustia y de súplica.

—Bueno... No es para tanto... —murmuró doña Francisca frenando el plan para humillar al mozo. Había necesitado pocas palabras, poquísimas. Por rara intuición de defensa gamonal ella sabía dónde golpeaba, dónde era más neurálgico el rubor del cholerío amayorado. Satisfecha y compasiva, en un arranque de generosidad, continuó:

—Comprendo su pena. Veo su tristeza... Pero debe pensar. Usted es hombre. La vida. Puede hacer buenas amistades. Nuestra oferta no es mala. Algo debe haberle dicho el empleado... Nuestro empleado.

Romero y Flores negó con la cabeza como soñando. Manchas borrosas danzaban frente a sus ojos. Se sentía herido, débil, pequeño.

—Venga... Venga al salón. Está todo lo mejorcito de nuestra ciudad —invitó con gracia postiza la mujer cara de caballo de ajedrez guiando al joven que se movía como autómata.

La confianza que halló Luis Alfonso al mezclarse con lo «mejorcito» de la ciudad —humo de tabaco extranjero, [28] luces directas e indirectas, reverencias de triple fondo, feria de caballeros pulidos por alguna estafa secreta, damas en forro de seda y joyas, sotanudos de ribetes morados, espadones [29] de almanaque—, se evaporó en cuanto doña Francisca, escurridiza y amable, después de decirle que podía disfrutar como un invitado más, le abandonó en un rincón a merced de su suerte. De inmediato, como si todos estuvieran de acuerdo en un raro juego, dieron al intruso sin disimulo las espaldas. Pero él —enfermizo deseo de ser alguien— avanzó entre la concurrencia tragando maldiciones. Quiso sonreír. Trató de hablar. Las caras de lo «mejorcito» cerraron a su paso voz y franqueza. Con ojos altaneros cada cual insinuó: «¿Quién es?», «¿Qué quiere?», «¿Qué pretende?» «Soy el fiscalizador y quiero fiscalizar...», respondió mentalmente el mozo, una, dos, tres veces. Felizmente aquel diálogo murió de indiferencia, se perdió entre los espejos, entre las cortinas, entre los muebles, entre los pajes que repartían whisky, pastelitos, enrollados de tocino. Alguien puso entonces en manos del chulla una copa, luego otra. El alcohol fortaleció su obsesión de alto personaje de la justicia. Se acercó a un grupo de muchachas que desgranaban plática y chismes sobre un jarrón de

[27] El *pecado original* es aquí el origen indio; expresión icaciana que asoma varias veces en esta novela, traduce la sacralización del modelo «blanco»; véanse las N. 20 y 22.

[28] *tabaco extranjero:* otra denuncia del esnobismo que imperaba, según el autor, en «lo mejorcito» de la sociedad de su país; véase también la N. 23.

[29] *espadón:* «fig. y fam. personaje de elevada jerarquía en la milicia y, por extensión en otras jerarquías sociales». (Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, p. 567).

porcelana. Ensayó a decir unas cuantas palabras de su repertorio galante. Inútil intento. Fue de nuevo el desprecio de las malditas espaldas. El desprecio... ¡A él! Recordó que era el señor fiscalizador, y, como quien prepara su arma de lucha, sacó unos papeles del bolsillo —el resumen de los saldos de la cuenta del candidato a la Presidencia de la República—. Apuntó con ellos y alcanzó a murmurar con voz ajena:

—Soy el fiscalizador.

Los invitados de doña Francisca, con gran prudencia, ahogaron aquella declaración elevando el tono de la voz, de la alegría. Ante el fracaso, en un arranque de heroísmo para salir del anónimo, Romero y Flores se entiesó en actitud de desafío:

—Soy el fiscalizador.

—¿Eh? —clamó en coro la honrada y distinguida concurrencia, con ese automatismo violento de volver la cabeza para castigar al atrevido.

—¡Soy el fiscalizador! —chilló sin amparo Luis Alfonso en el cerco de un enjambre de ojos encendidos por múltiples reproches: «¡Está borracho!» «¿Quién es para gritar así en un salón?» «¡Cholantajo!», «¡Atrevido!» «¿Por qué no le echan a patadas?» «¿Fiscalizar? ¿A quien, cómo, por qué?» «¡Somos los amos!» «¡Dudar de nosotros es dudar de Dios, de la Patria, de todo...!» «¡Una propina para que se calle!»

—¡Soy el fiscalizador!

Conciliadora surgió de pronto doña Francisca. Había algo de venenoso y escalofriante en su sonrisa de caballo de ajedrez.

—Es verdad —anunció en alta voz.

—¡Oh!

—Olvidé presentarle a ustedes. El caballero es hijo de Miguel Romero y Flores.

—¿Romero y Flores?

—Pobre Miguel. La bebida, las deudas, la pereza y una serie de complicaciones con mujeres se unieron para arruinarle. Le encontraron muerto... Muerto en un zaguán del barrio del Aguarico. [30] Completamente alcoholizado.

«Un caballero de la aventura, de la conquista, de la nobleza, del orgullo, de la cruz, de la espada, de...», se dijo el chulla en impulso de súplica para esconder el rubor de su desamparo —fruto de amor ilegal, mezcla con sangre india—. Y miró como un idiota a las gentes que le observaban.

—Los amigos le perdonamos todas sus flaquezas, menos la última.

—¿Cuál?

—El concubinato público con una chola. Con una india del servicio doméstico. ¿No es así, joven? —interrogó la informante con ironía de bofetada en el rostro.

«¡Arraray! * ¡Arraray, carajo! Mama *... Mamitica mía...», ardió sin voz la queja en el corazón del mozo.

—Pobre Miguel. Las gentes que levantaron el cadáver referían que en vez de

---

[30] Trátase de un barrio popular de Quito: morirse allí no se avenía bien con las pretensiones sociales del padre de Luis Alfonso.

camisa llevaba el pobre pechera amarrada con piolines. [31] Era una figura muy conocida por todos. Le llamaban Majestad y Pobreza.

—¡Ah! ¡Claro! El... —comentó el coro destapando su asombro. Y, al embrujo del recuerdo, surgió en la imaginación de la honorable y distinguida concurrencia la figura típica del viejo altanero y miserable con su anacrónica chistera, con su levita verdosa, con su elegancia zurcida en los hombros, en las rodillas, en los codos, en los zapatos, con su andar enyesado en prosas marciales, con su piel apergaminada de árbol centenario, con su bigote de puntas hacia arriba, con su nariz ganchuda, con su entrecejo adusto para subrayar el fulgurante desprecio de sus ojos color de tabaco.

—Contaba mi abuelo que aquello de Majestad y Pobreza era tradicional.

—¿Tradicional?

—Parece que en la Colonia a un noble español venido a menos le llamaban de la misma manera. Un hombrecito que, a pesar de su ropa en harapos y su estómago vacío, usaba reverencias de caballero de capa y espada, liturgia de palacio, pañuelo de batista.

El coro que rodeaba al mozo se agitó entonces en oleaje de crueles comentarios:

—Fantasmal la sabandija.

—Figura barroca de muro de iglesia.

—Ridículo.

—A veces.

—Pero...

—Catafalco entre lluvias de páramo y soles de manigua. [32]

—Sin embargo hay en él algo que está en todos.

—En todos nosotros.

—Que es nuestro.

—¡Nuestro!

—En cuanto a la madre del ilustre fiscalizador. Mama Domitila [33] como le llamaba la gente —afirmó doña Francisca dominando la bulla de sus amigos que crecía por momentos.

El chulla no pudo más, levantó la cabeza para huir, para expresar todo el asco y toda la cólera del mundo. Nada consiguió. Había olvidado sus extraordinarias, su gracia, su dignidad. Se sentía desnudo, desollado. En lo vivo de la carne, de los nervios, de los huesos le quemaba el ascua de las miradas burlonas de la honorable y distinguida concurrencia. Se encogió como un alacrán rodeado de candelas. Pero

---

[31] *piolines:* «cordelillos»; *piolín* es diminutivo de *piola*, que forma parte del vocabulario de ciertos marineros; se usa muchísimo en el Ecuador, tanto en Quito como en Guayaquil por ejemplo, con el sentido de «cordel».

[32] *manigua:* los diccionarios, tanto españoles como de americanismos, suelen decir que la manigua es un «terreno de la isla de Cuba cubierto de malezas.» En realidad *manigua* es americanismo muy difundido, que se usa no sólo en Cuba, sino también en el Ecuador, Colombia, Méjico, etcétera, con el significado de «malezas», «matorral», «monte».

[33] *Domitila:* ya era el nombre, en el cuento «Mama Pacha», de la «marquimama», o sea de la madrina del protagonista cholo: es otro punto común entre Luis Alfonso Romero y Flores y Pablo Cañas, que se añade a los ya reseñados en mi artículo: «Evolución de la temática mestiza o chola...».

no tenía veneno para inyectarse, para morir. Al despedirse para emprender la fuga le salvó una mueca tímida que pedía disculpas y proponía olvido.

En la calle, indiferente al viento paramero y a la llovizna de un anochecer de calofrío y bruma, envuelto en el chuchaqui * del desprecio de quienes más admiraba, Luis Alfonso se sintió desgarrado, exhibiendo sin pudor sus sombras tutelares, fétidas, deformes. Sobre todo la de mama Domitila. ¡Nooo! No podía con ella. La otra, a pesar de su pobreza, era noble. Es que... Recordó con amargura que ante el cinismo de la vieja cara de caballo de ajedrez le fue imposible su juego predilecto. No le dejó, no le dejaron, como de costumbre, ocultar lo rencoroso, lo turbio, lo sentimental, lo fatalista, lo quieto, lo humilde de su madre —india del servicio doméstico—, bajo el disfraz de lo altivo, lo aventurero, lo inteligente, lo pomposo, lo fanático, lo cruel de su padre —señor en desgracia—. «¿Por qué estuve cobarde? ¿Por qué no se me ocurrió una mentira, un chiste? ¿Por qué carajo me abrieron el pecho para mirarme adentro? ¿Por qué se me amortiguó la lengua? ¿Por qué? ¿Por qué el cerebro se sintió vacío? ¿Por qué las piernas...? ¿Por qué?», se dijo el mozo reprochándose con odio.

«¡Por tu madre! Ella es la causa de tu viscoso acholamiento de siempre... De tu mirar estúpido... De tus labios temblorosos cuando gentes como yo hurgan en tu pasado... De tus manos de gañán... De tus pómulos salientes... De tu culo verde... [34] No podrás nunca ser un caballero...», fue la respuesta de Majestad y Pobreza.

«Porque viste en ellos la furia y la mala entraña de taita Miguel. De taita Miguel cuando me hacía llorar como si fuera perro manavali *... Porque vos también, pájaro tierno, ratoncito perseguido, me desprecias... Mi guagua * lindo con algo de diablo blanco...», surgió el grito sordo de mama Domitila.

Aquel diálogo que le acompañaba desde niño, irreconciliable, paradójico —presencia clara, definida, perenne de voces e impulsos—, que le hundía en la desesperación y en la soledad del proscrito de dos razas inconformes, de un hogar ilegal, de un pueblo que venera lo que odia y esconde lo que ama, [35] arrastró al chulla por la fantasía sedante de la venganza. Aplastar en cualquier forma y de cualquier manera a la vieja cara de caballo de ajedrez, al candidato a la Presidencia de la República, al coro burlón y omnipotente de lo «mejorcito» de la ciudad. Concibió

---

[34] *culo verde:* según W. B. Stevenson, que vivió en Quito a finales del período de la Colonia, «ciertas manchas oscuras en diferentes lugares del cuerpo, especialmente una localizada bajo la región de los riñones, que es la última en desaparecer, y casi siempre dura hasta la cuarta o quinta generación, delatan la mezcla de raza indígena». (W. B. Stevenson, *Historial and descriptive narrative of twenty years residence in South America,* London, Longman, Rees, Brown and Green, 1829, citado en español en *El Ecuador visto por los extranjeros,* México, Ed. Cajica, 1959, pp. 22-227; traducción de Raúl López).

En una escena cruel de *Media vida deslumbrados,* Icaza describe a un latifundista enseñando con morboso placer a una concurrencia la «mancha verde» que se encuentra entre las nalgas de su ahijado —hijo del cholo Serafín Oquendo y de la compañera de éste, chola también: los padres, avergonzados, se marchan inmediatamente con la criatura (*Media vida deslumbrados,* Quito, Ed. Quito, 1942 —1ª edición—, pp. 186-188).

[35] *un pueblo que (...) esconde lo que ama:* quiere decir que el pueblo ecuatoriano de la Sierra se avergüenza de lo que ama, esto es de su ascendencia maternal indígena; es una tesis frecuente en la obra de Icaza, que pone de relieve una modalidad paradójica del complejo de Edipo: para Icaza, el cholo ecuatoriano quiere a su madre india, y, al propio tiempo, tiende a desligarse de lo que representa ella, es decir del mundo indígena —tradicionalmente dominado. Este problema se plantea en mi artículo: «Evolución de la temática mestiza o chola...», a propósito del cuento «Cachorros», y de la novela *Huairapamushcas.*

entonces —sin medir la falta de posibilidades— una peligrosa guerra. Denunciaría a los cuatro vientos los errores, las estafas, los fraudes. Estaba armado de transferencias falsificadas, de comprobantes en descubierto. Pero... ¿Dónde? ¿A quién? ¿Cómo? Miró en su torno. Un muchacho flaco, descalzo, golpeaba con sus manos pequeñas en una puerta tachonada de clavos y aldabas. «Donde sea y a quien sea», se dijo el mozo —esquivando hábilmente la intervención de sus sombras— con el mismo coraje que en el colegio pudo castigar al compañero —cucaracha envanecida del cholerío adinerado— que se atrevió a llamarle: «Hijo de perra güiñachishca». Es curioso, desde esa vez —o quizás desde mucho antes—, más le dolía y le avergonzaba lo de güiñachishca que lo de perra.

Y sin pensar en lo que siempre hablaron con los compañeros de la oficina —la rebusca, la venta, la complicidad—, Romero y Flores creyó ingenuamente que podría acabar con los pícaros y rateros. Una inquietud angustiosa —lastre de sus truhanerías— se filtró por breves momentos en su cólera enervante. Mas... Las extraordinarias... El recuerdo de sus mejores aventuras... Respiró con amenaza de perro gruñón. Levantó la cabeza. Ante la penumbra, el viento, la llovizna, murmuró a media voz pensando en Rosario:

—Lucharé, carajo. Conmigo se han puesto.

II

Mucho antes de tropezar con el chulla Romero y Flores, Rosario Santacruz —huérfana de un capitán en retiro, al cual le mataron de un balazo en una disputa de militares borrachos— creía en la gracia y en la atracción de su cuerpo para salvar el porvenir y asegurar el futuro. Confiaba así mismo que sus piernas ágiles —delgadas en los tobillos, suaves a la caricia en las rodillas, apetitosas en los muslos—, que sus senos rebeldes, que sus labios sensuales, que su vientre apretado, que sus rizos negros —milagro de trapos y rizadores—, le garantizarían un buen matrimonio. Aturdida por esa creencia que a veces le deleitaba con inexplicable rubor en la sangre y a veces le hacía sufrir, se dejó arrastrar por las ofertas del más mentiroso y zalamero. Fue Reinaldo Monteverde, pequeño comerciante, quien, con proyectos millonarios y con deslumbrante programa de ceremonia nupcial —invitaciones en pergamino, iglesia de moda, champaña, padrinos de copete, fotografías en los periódicos, luna de miel a las orillas del mar—, convenció a la muchacha. Pero nada hubo, para ser justo, de tanta maravilla.

Lo peor no fue eso en realidad. Lo peor fue que el galán se portó brutal e insaciable en la unión amorosa. Sola, ajena al vértigo de bufidos y espasmos del macho, ella se sentió atropellada, [36] víctima de un juego estúpido, de un grito que le golpeaba en las sienes, en la garganta, en los puños: «¡Nooo! No quiero. No soy... No soy un animal de carga, ¡ayayay! No, mamitica... Me aplasta, me asfixia, ¡arrarray! Me... Dios mío... Sus manos, su boca, su piel, su cuerpo, asquerosos, ¡atatay! * Todooo...»

Y vencida en su primera batalla de mujer, acurrucada al borde del lecho, la novia —los ojos cerrados, las manos crispadas sobre la pesadilla del sexo envilecido— pensó en huir. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿A casa de la madre? ¡Imposible! Tuvo miedo que su actitud y su decisión no fueran dignas de la simpatía honorable de las gentes.

Después de una serie de inmotivados resentimientos e inútiles discusiones, estalló el melodrama en el hogar de los Monteverde. Sin motivo de peso que justifique la violencia, Rosario destapó su odio ante las narices del marido:

—No te quiero. No te he querido nunca. Tampoco puedo engañarte como hacen las otras.

---

36 *atropellada* significa 'violada'; la palabra *atropello* es asimismo sinónimo de violación en la obra de Icaza, que emplea estas dos voces, las más veces, a propósito de los abusos sexuales de que son víctimas muchos personajes de mujeres indígenas por parte de latifundistas, o de mayordomos cholos.

—¿Cómo te atreves?

—Me parece tan cruel. Tan estúpido.

—Eres mi esposa, mi mujer.

—No supiste hacerme tu mujer... Desde la primera noche...

—¡Oh! ¿Qué es lo que oigo, Dios mío? —exclamó el hombre. No podía creer. No podía tolerar que se ponga en duda sus capacidades de varón.

—Debemos separarnos.

—¿Separarnos?

—Te ruego. No veo otro camino.

—¿Qué diría la gente?

—La gente. Siempre la gente. Puede decir lo que le dé la gana.

—Es que yo...

—¿Tú? ¿Qué?

—Nada —murmuró el hombre completamente atontado, vacío. No hallaba una razón para justificar semejante actitud. No sabía qué decir. Era tan duro para él. Le amaba a su modo. De pronto, con ingenuo y sádico despertar, concluyó:

—Estamos unidos ante Dios y ante la ley.

—¡No me importa!

—¿Ni eso? —chilló Monteverde en tono altanero como para desbaratar la inexpugnable testarudez de la mujer.

—Sí. ¡No me importa!

—Eres una corrompida.

—Corrompida. No...

—Te han corrompido —rectificó el pequeño comerciante con temor de haber llegado demasiado lejos.

—¿Quién? ¿Quién me ha corrompido?

—No sé.

—¡Tú!

—Todos...¡Todos!

—¡Basta!

—Te han corrompido. ¡Te han corrompido!

A los pocos minutos —después de que él desapareció acholadísimo dando un portazo—, Rosario, atormentada por la duda de ser o no ser lo que el hombre había afirmado de ella, sin encontrar en sí la fuerza para seguir soportando lo que hasta esa noche —inmóvil, con la baba del asco en los labios, con la amargura de la sorpresa en los ojos—, resolvió volver donde su madre. Pero en realidad su madre —doña Victoria, a quien amaba a la medida de una burla sin control por aquello de rancio y campesino que distinguía a la señora— constituía una horrible amenaza: la soledad, la mujer separada del marido, la chullita de farra, la agonía de las horas precarias y sórdidas en dos cuartos —bodega de muebles viejos, de melosos recuerdos— y una cocina renegrida. «Algo... Algo pasará... Algo debe pasar...», insinuó entonces el despecho de la joven. Algo que en realidad ella no podía distinguir entre la bruma de su esperanza, pero que sin embargo alimentaba su ansia de fuga.

Cuando la viuda de Santacruz se enteró de los insultos de Monteverde a su hija no pudo dominar su indignación. Con el mismo gesto y con el mismo tono que usaba al regatear los centavos [37] a las cholas del mercado, afirmó:

—Mi guagua. ¡Guagüitica! El bandido, el criminal. ¿No entenderá, pes?

—No... no...

—Torpe.

—No puedo más.

—Matándote con cuchillo de palo. [38]

—Sí... Sí...

—¡Qué no me busque el bandido! Yo como buena, buena. Como mala, mala.

Pero al hablar Rosario de la única posibilidad para resolver su caso —el divorcio—, el espíritu católico de doña Victoria se destapó en consejos y lamentos:

—No hijita. Eso no. Tienes que pensar dos veces antes de decidirte. Una mujer que ha roto los lazos de la Santa Madre Iglesia, que es joven, que es buena moza, que no tiene los recursos suficientes para vivir, que... ¡Jesús! ¡No quiero ni imaginarme! Claro que hay algunas carishinas * que consiguen marido gringo después de rodar medio mundo. Pero gringos no hay siempre... Además yo... Yo no puedo, me faltan las fuerzas... El montepío no me alcanza para nada.

A pesar del obstáculo económico y de los escrúpulos morales de la viuda de Santacruz, Rosario abandonó al marido. Los recados, las cartas, las súplicas, los escándalos nocturnos desde la calle —con o sin orquesta, borracho o en juicio—, de nada sirvieron al hombre. Una especie de temor y de odio había madurado en el alma de ella alejando todo proyecto de reconciliación, toda esperanza de sacrificio, toda posibilidad de amorosa vuelta.

Como madre y como mujer, doña Victoria era la única que intuía la tragedia sexual de su hija —angustia para sí, vergüenza para los demás— y buscaba disiparla en cualquier forma: visitas a viejas amistades, recorridos cuotidianos por iglesias y conventos, paracaidismo en matrimonios, en onomásticos, en bautizos, en velorios.

Nunca fue timbre de orgullo para la familia Santacruz la amistad con doña Camila. Las ideas un poco liberales de aquella señora —herencia alfarista [39] del difunto marido, teniente coronel Luis Ramírez—, la soltería no muy santa de las tres hijas, las continuas farras —canelazos * al por mayor, relaciones de medio pelo, confianzas libidinosas, baile hasta el amanecer— disgustaron siempre a doña Victoria. Pero dadas las circunstancias por las que atravesaba Rosario hubiera sido tonto e inoportuno exigir mucho. Aquella noche, la viuda de Santacruz y la divorciada a medias de Monteverde —por esos días cursaba con éxito la demanda— cayeron a la fiesta del onomástico de Raquel, la hija mayor de doña Camila.

Hacia el final del barrio del Cebollar, en una casa de propiedad de la Curia,

---

37 *centavos:* la unidad monetaria ecuatoriana, el sucre, se divide en cien centavos.

38 *matar con cuchillo de palo:* expresión española clásica, que quiere decir: «Mortificar lenta y porfiadamente» *Diccionario de la Real...*, ed. cit. p. 391).

39 *alfarista:* este adjetivo procede del apellido del general costeño Eloy Alfaro, caudillo de las fuerzas liberales ecuatorianas que se adueñaron del poder en 1895.

que todos creían del beato setentón que la administraba con lamentaciones y exigencias de usurero —comedia de sacristía para silenciar la lengua viperina de los herejes—, la viuda de Ramírez arrendaba el ala izquierda del piso alto: un saloncito con ventanas a la calle, dos dormitorios con puertas al corredor abierto al patio, una cocina de peligrosa arquitectura y un gabinete, [40] atrevida garita sobre los tejados.

Cuatro cuadras [41] más arriba de aquella casa, trepando un poco por las faldas de la montaña tutelar de la ciudad, desde el escándalo de una puerta de negro bostezo olor a burdel y cantina, surgió intempestivamente el chulla Romero y Flores. En la primera esquina, a la luz de un bombillo [42] de pocas bujías que tiritaba al capricho del viento del páramo próximo, se arregló el vestido: la corbata deshecha, los botones desabrochados, el sombrero mal puesto, las solapas sucias de polvo, los pantalones semicaídos. Luego pensó con amargo desprecio en la «Bella-hilacha», que acababa de echarle a empellones de su negocio. Nunca antes... Cosas de la vida... Todo por un latifundista con buenos rollos de billetes.

—Carajo —murmuró a media voz y avanzó por la vereda, calle abajo, usando la desafiante distinción en el andar que heredó de Majestad y Pobreza. Así por lo menos creía defenderse de la inclemencia del tiempo, del pulso roedor de mama Domitila, del hambre. Sí. A veces, como en aquella ocasión... Felizmente, a los pocos minutos tropezó con el escándalo de la alegría —música campesina cual lamento de indio en velorio, gritos histéricos de rumbosidad chola— que se desbordaba por los balcones del saloncito de la familia Ramírez.

«¡Una farra! Comida, bebida, guambritas...», se dijo el chulla olfateando hacia lo alto. El paso estaba franco. Nadie podía impedirle... Cruzó la puerta de calle. Trepó por la escalera. Se deslizó por el corredor. Como buen especialista del oportunismo —hábil manejo de estampa y apellido—, al llegar al umbral del cuarto donde hervía la fiesta, respiró profundamente, se ajustó el nudo de la corbata, se quitó el sombrero, se alisó los cabellos sobre una oreja, sobre la otra, alzó los hombros forrando las espaldas en la chaqueta, y, con automatismo de actor cómico al salir a escena, dejó a flote una máscara de amabilidad y sonrisas. La burla de la suerte quiso que en ese instante callara la música y cesara el baile. Todos, en jauría de gestos sorpresivos, de coro impertinente, le interrogaron sin pudor con la mirada: «¿Quién es usted?» «¿Qué quiere?» «¿De dónde viene?» «¿Es acaso primo de las guaguas?» «¿A quién busca?» «¿Qué pretende?» «¿Qué dice?» «¿Es alguna amistad secreta de la Camilita? ¡Dios me ampare!» «Las tontas de las hijas son...» «Caballero parece...» «Bueno está para novio de la menor.» «Bueno está para marido de la intermedia.» «Bueno está para amante de la mayor.»

Al sentirse observado y leer en los ojos de la concurrencia aquel repertorio de

---

40 Situado a la vez dentro de la casa. y fuera («sobre los tejados»), este gabinete es uno de los lugares a los que llamo "sintéticos" de la novela, y en los que la vida de Luis Alfonso recibe una impulsión decisiva. Los patios de la casa de Mama Encarnita desempeñarán igual papel en los dos capítulos finales.

41 *cuadra:* «manzana de casas»; es americanismo que, para indicar una dirección por ejemplo, se usa en vez de la palabra *calle:* «camine cuatro cuadras, ahí está».

42 *bombillo:* aquí por *bombilla,* con el sentido de «tubo de cristal» (para lámpara, etcétera) (*Americanismos...*, ed. cit., p. 117).

indiscretos comentarios, el mozo hizo una pausa, arrugó el entrecejo e inclinó unos grados la cabeza sobre el hombro como si él fuera en realidad el sorprendido. La viuda de Ramírez que en ese momento se hallaba junto a la victrola [43] cambiando el disco, dejó todo y se acercó al desconocido subrayando su anfitrionismo con paso y mirada al parecer indomables.

—¡Soy Luis Alfonso Romero y Flores! ¿No recuerda usted de mí, señora? —exclamó el intruso adelantándose a la posible interrogación. Sabía el efecto extraordinario de su apellido de estirpe gamonal —poder de conquistadores, crueldad de encomenderos, magia de frailes, brillo de militares, ratería de burócratas— antes aquellas gentes afanosas por ocultar su pecado original.

En rápida pausa todos saborearon con orgullo la alcurnia y los blasones que creían hallar ingenuamente tras aquel hombre. Cada cual a su entender y manera: «¡Para mi guagua, el mocito!» «Claro... Claro se ve la nobleza.» «Mi hija es doncella.» «Chulla parece... Pero chulla decente que no es lo mismo.» «Amigo para cualquier apuro.» «Sangre de Romero y Flores... Romero de olor... Flores de olor... Ji... Ji... Ji...» «Para mis brazos, para mis labios, para mis pezones, para mis piernas. ¡Jesús! Me siento carishina.» «Se me hace agua la boca. ¿La boca no más?» «Regio sería tener nietitos Romero y Flores.» «Cuarenta y cinco años. Pero tengo la plata del negocio de la tienda.» «Que le chumen, * que le pongan alegre, a ver si...»

Al saborear aquel apellido los invitados dieron una orden impalpable, crearon un ambiente de pulcritud y de halago que transformó las prosas de doña Camila en mueca de humilde respeto:

—Sí... Sí...

—En honor del... De la... —continuó el mozo sin saber a ciencia cierta lo que celebraban.

—¡De la santita! —chilló la viuda de Ramírez recuperando su autoridad.

—Eso. En honor de la santita he contratado una orquesta que llegará dentro de pocos minutos.

—¡Una orquesta! —corearon todos a pesar de que la mayoría sospechaba la farsa.

—Es una pequeñez.

—Siéntese. Déme el sombrerito —murmuró doña Camila pensando con deleite y gratitud de madre viuda: «Mi Raquelita. Dios haría el milagro. Matrimonio y mortaja del cielo baja. Después del escándalo... Después del bandido... Después del guagua que... Dios nos ampare de los chismes...»

Al final nadie se acordó de la oferta del mozo. ¿Para qué? Era mejor divertirse

---

43 *victrola:* ecuatorianismo que significa «gramófono»; este vocablo se usaba mucho tanto en la Costa como en la Sierra, como puede verse en el poema de Joaquín Gallegos Lara que encabezaba la célebre colección de cuentos *Los que se van:*

«Los que se van.
Porque se va el montuvio. Los hombres ya no son
los mismos. Ha cambiado el viejo corazón
de la raza morena enemiga del blanco.

La victrola en el monte apaga el amorfino.
Tal un aguaje largo los arrastra el destino.
Los montuvios se van p'abajo der barranco».

y gozar con sus cuentos, con sus historias de amor, con sus galanterías. Doña Camila creyó entonces oportuno y aristocrático brindar un «vinito hervido». Su Cristo de plata —recuerdo y herencia de la familia— le sirvió, como de costumbre, para sacarle del apuro. Al entregar la joya a la chola cocinera —follones [44] de bayeta, pañolón a los hombros, trenzas amarradas con pabilo, [45] hediondez de refrito de cebolla—, le dijo en voz baja:

—Con cuidado, cholitica. Es bendito.

—Acaso es la primera vez que le llevo.

—Dile al cholo Teodoro de la esquina. Ojalá esté despierto. Que haga el favor de mandarme cuatro botellas de vino. De ese bueno de consagrar que él mismo sabe.

—¿Cuatro? ¿Dará cuatro, pes?

—Que el sábado de la quincena le he de pagar con intereses. Corre no más.

Después del «vinito hervido», y después de constatar con pena que no había ningún interés de parte de Romero y Flores para Raquel —a pesar de las oportunidades e insinuaciones—, doña Camila, botella y copa en mano, víctima de generosa borrachera, se dedicó a repartir aguardiente, murmurando ante cada invitado:

—Guachito. [46] Tome no más. Sin hacer caras. Sin escupir. Sin dejar las sobras de los secretos...

La fiesta, entre tanto, se había caldeado en epilepsia de chistes verdes, de zapateados folklóricos, de murmullo hecho de cien retazos de risas histéricas.

—¡Sueltos... Sueltos...!

—Con quitadas.

—Al que no alienta, copa.

—Guambrita linda. Dale que dale, dale no más. Lo que es conmigo ya no verás.

—¿Dónde se consiguió el versito? Tiempo Alfaro parece...

—¡Viva la santa! ¡Vida la dueña del cuarto!

—¡Vivaaa!

—Cuando están chumados parecen indios.

—Indios mismos.

—¡Sueltos... Sueltos...!

Desde el primer momento el chulla Romero y Flores se dejó arrastrar por el hechizo —triste y apetitoso a la vez— de las formas cimbreantes, de la boca sensual, de los pómulos pronunciados, de Rosario Santacruz. Quizás no era una

---

[44] *follones* : ecuatorianismo: «Follones decimos las vestiduras mujeriles de la cintura abajo, a saber, refajos, zagalejos, enaguas». (Carlos Rodolfo Tobar Guarderas, *Consultas al Diccionario de la Lengua (lo que falta en el vocabulario académico y lo que sobra en el de los ecuatorianos, quichuismos, barbarismos, etc.)*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1900, p. 240).

[45] «*Pabilo* y *Pábilo.* Torcida o cordón de hilo, algodón, etc. // Ecdr. Cordón de algodón que sirve no sólo para fabricar velas, sino para muchos otros usos» (Alejandro Mateus, *Riqueza de la Lengua Castellana y provincialismos ecuatorianos.* Quito, Editorial Ecuatoriana, 1933, p. 293).

[46] *guachito:* «2. Bebida que se da en una sola copa a todos los concurrentes» (*Americanismos...*, ed. cit., p. 311); este vocablo se deriva muy probablemente de *gaucho* o *guagcho*, palabra quechua que significa «huérfano», «solitario» (véase el «Vocabulario» alfabético puesto por Icaza al final de la novela). Es posible que *guachito* tenga relación también con la *guachicola*, véase más arriba la N. 21).

hembra de belleza aristocrática —eso que el cholerío llama aristocracia de ojos claros, de pelos rubios, de labios finos [47]—, pero había en ella algo de atractivo y familiar, algo que evocaba en el mozo —burla subconsciente— actitudes y rasgos de mama Domitila.

Envuelto en la certidumbre y en la audacia de hallarse frente a uno de tantos amoríos, sin pensar en el posible peligro para su porvenir —matrimonio que le garantice fortuna y nobleza—, el chulla se acercó a la hija de doña Victoria, le tomó de la mano y le obligó a bailar. Al insinuarse con el abrazo atrevido y pegajoso que tan buenos resultados le dio siempre en sus conquistas, sintió que ella experimentaba una especie de asco.

—No soy lo que usted se imagina —protestó a media voz la joven.

—¿Qué es lo que usted cree que yo me imagino?

—Algo...

—¿Algo bueno?

—No sé.

—¿Algo malo?

—No sé.

—¿Entonces?

—No sé.

—¡Ah! Comprendo.

—¿Qué comprende?

—Nada... Que sí.

—¿Qué sí?

Cosa curiosa, ambos sintieron miedo de hablar. Como si cada palabra fuera a perder su significado. A ella también —no obstante la profunda herida que le dejó su fracaso sexual— le atraía Romero y Flores.

Las exigencias, las bromas, el licor, aliados incondicionales del galán, acabaron con los escrúpulos femeninos. Al amanecer —tierna la fatiga de las gentes, débil la luz de la aurora—, Rosario experimentó un sentimiento de agradable excitación —aliento diabólico al oído, caricia de obstinado ardor sobre los pezones, sobre el vientre, sobre las piernas—. De pronto se dijo mientras bailaba en brazos del chulla: «Me miran con odio... con rencor... Me creen una corrompida... Corrompidaaa...» Abrió los ojos cuanto pudo, cuanto le permitieron sus párpados indolentes. En la mímica y en el cuchicheo de las viejas que hablaban con su madre, en la ebria generosidad de doña Camila al repartir el aguardiente, en la gracia burlona de las parejas que danzaban en su torno, creyó sorprender el mismo reproche de su corazón: «Corrompidaaa... Te han corrompido, te han corrompido...» Llena de angustia, mirando sin mirar como a través de una niebla de humo de tabaco, de sudores humanos, de espuma de cerveza, vivió en un segundo el horror de morir acribillada por estúpidos fantasmas. Violentamente, librándose del mozo, huyó de todo aquello: música, risas, aire de chisme, olores a calumnia. Huyó por el corredor

---

[47] *no era una hembra de belleza aristocrática —eso que el cholerío llama aristocracia de ojos claros, de pelos rubios, de labios finos—:* Icaza subraya una vez más la alienación que representa el modelo europeo u occidental —aquí en el ámbito amoroso; las N. 22, 23, 34, 26 y 27 se refieren a pasajes del texto en los que la denuncia icaciana atañe otros aspectos de la vida cotidiana.

hasta la cocina, donde la chola cocinera cabeceaba de pie junto al fogón. Despertándose, murmuró:

—Ave María. Casi me asusto, pes. Yo creí que era la niña [48] Camilita.

—Soy yo —respondió Rosario sin hallar el pretexto que justifique su presencia y la presencia del chulla, el cual —fantasma centinela— le había seguido y esperaba a la puerta de la cocina con inquietud de perro en celo.

—Sí, pes. Ya veo —alcanzó a gruñir la chola al hundirse de nuevo en sus pesadas reverencias.

—¿Por qué me huye? ¿Por qué? —interrogó el mozo acercándose con paso felino a Rosario.

—Me ahogaba.

—Nos ahogábamos.

—¿Usted también?

—Necesito decirle tantas cosas a solas.

—¿A solas? —advirtió ella recordando lo engañoso de Monteverde antes de la noche de bodas.

—Sí.

—Imposible. ¡Váyase! —ordenó la joven en reacción de fuga. Y por una pequeña escalera que se abría en la pared del fondo, trepó al gabinete del tercer piso, donde muchas veces, antes de casarse, estuvo con las hijas de doña Camila.

«¡Cuidado! Es una hembra sin dote. Es una de tantas chullitas que... Tu porvenir... Tu porvenir de gran señor», anunció la voz de Majestad y Pobreza tratando de frenar el impulso apasionado, ciego, del mozo.

—¡Por Dios! No suba.

—Es que...

—Hay una tabla rota.

—¿Dónde?

—En el tercer escalón.

—Gracias.

—La gente... Usted no debía.. —reprochó Rosario asomándose a una gran ventana, sin puertas ni vidrios, que daba a los tejados de la vecindad.

—Algo superior a mí, algo que me recuerda no sé a quién o a qué, me arrastra hacia usted —dijo el chulla con sinceridad extraña. Y en tono de disculpa, tratando de responder al mismo tiempo a las íntimas advertencias de la sombra de su padre, concluyó:

—Entiéndame, por Dios.

—¡Oh!

Sin aliento para razonar con claridad, mirando hacia afuera en busca de refugio, de un pretexto para calmar esa imprudente rebeldía de la carne que a

---

48 *niño, niña:* tratamiento dado por los criados a los amos (puede reducirse, por aféresis, a *ño, ña*, seguido del nombre de la persona); en efecto, los criados que conocieron a los amos cuando éstos eran pequeños los siguen llamando *niño, niña* aun cuando han llegado a la edad adulta. Se trata de un tratamiento de respeto: por ejemplo, en el cuento «Felipe Cachi» de Gonzalo Bueno, una mujer mestiza de Quito se pone furiosa porque un indio desconocido acaba de llamarla *señora* en vez de *niña* (Gonzalo Bueno, «Felipe Cachi», en la colección titulada *Siembras*, Quito, Editorial Labor, 1934, p. 65).

veces nos enciende y enloquece, ella prefirió hacer una pausa, hundirse en el misterio del paisaje de la ciudad —casas trepando a los cerros, bajando a las quebradas— que despertaba a la caricia de la luz difusa del amanecer —cielo frágil de cristal en azul y rosa tras la silueta negra de la cordillera—, y surgía de las tinieblas y del sueño en contornos y ruidos lejanos, próximos, caprichosos. Mezcla chola —como sus habitantes— de cúpulas y tejas, de humo de fábrica y viento de páramo, de olor a huasipungo y misa de alba, de arquitectura de choza y campanario, de grito de arriero y alarido de ferrocarril, de bisbiseo de beatas y carajos de latifundistas, de chaquiñanes * lodosos y veredas con cemento, de callejuelas antiguas —donde las piedras, las rejas, las espadañas coloniales han detenido el tiempo en plena aldea— y plazas y avenidas de amplitud y asfalto ciudadanos.

—Sí. Algo... —insistió él tratanto de acercarse a ella, a ella que apoyaba con languidez fingida su cuerpo en el marco de la ventana, a ella que al intuir la intención del mozo se dijo con vehemencia contradictoria: «Que se acerque pronto... Que me estruje en un abrazo... Que huya.. Que desaparezca... Que...»

Pero él había llegado hasta las espaldas de la moza, hasta el oído, para afirmar con voz cálida, acariciadora:

—Hermoso, ¿verdad?

—¡Váyase! —suplicó la joven.

—¿Cómo? ¿Ahora que podemos hablar sin testigos?

—¡Váyase! Notarán nuestra falta.

—Están borrachos.

—Estamos.

—Yo, sí. Por usted —afirmó Romero y Flores apoderándose de las manos de la mujer.

—Quieto.

—Me gustaría estar así siempre.

—¿Siempre? —interrogó Rosario oponiendo temblorosa resistencia al contacto perturbador.

—Sí.

—Usted quizás no conoce el efecto torturante de los chismes, de los cuentos, de las mentiras a mi marido.

—¿Casada? —dijo el chulla con voz que delataba su alegría: «Ningún peligro para mi porvenir... Ninguna responsabilidad... Ningún gasto... Unos meses, unos días, unas horas...»

—Nos separamos hace mucho.

—Yo creí...

—Creyó mal.

Sin saber cómo llegó el beso embriagador, largo. Pero a ella, contrariando a su sangre encendida de deseo, le pareció baboso, asfixiante, cruel.

—¡Suélteme! —gritó.

—Es que...

—¡Suélteme! —insistió Rosario luchando por defenderse y caer a la vez en la desesperación jadeante del macho.

—Le quiero...

—Ayayay.
—Amor.
—Atatay.
—Espere... Espere...
—¡Basta!

Lo imprevisto —lógica de escenas sin remedio— llegó en socorro de la joven:

—Rosaritooo. ¿Dónde te has metido, hijitaaa?

—Es mamá —murmuró ella al oído del mozo, mientras ambos se cubrían con una pausa de cobarde asombro y complicidad.

—Rosaritooo.

—¿Qué? ¿Qué quiere? —respondió interrogando en alta voz la hija de doña Victoria.

—¿Dónde está, pes?

—Ya bajo. No grite.

—La Camilita ha preparado caldo de patas para el chuchaqui.

—¿Eh?

—¿No me oyes? Tenemos que ir a misa.

—Ya... Ya...

Entre tanto Luis Alfonso se había escondido en la ventana. Le era difícil calmar en los músculos ese temblor hormigueante que deja el deseo roto, la lujuria estrangulada. Como a través de un pergamino de resonancias huecas le llegó el ruido de los pasos de Rosario al bajar las escaleras, las voces de doña Victoria, el murmullo de la disputa femenina al alejarse por el corredor. Pasándose la mano por la cara y entornando los ojos, se interrogó: «¿A quién teme? ¿Qué le asusta? Algún día caerá... Me desea, sé que me desea... Al besarle se estremecía... Es...»

La fiesta terminó a las seis y media de la mañana. Doña Camila, obsequiosa, diligente y con buena dosis de alcohol como para confundirlo todo, atendía a sus invitados en el cuarto de los sombreros, paraguas y abrigos. Cuando llegó Luis Alfonso, a la vieja le pareció oportuno y aristocrático cobrarse la broma de los músicos abrumando al mozo con atenciones y galanterías:

—Venga cuando se le ofrezca. Tan inteligente que ha sido... Tan simpático... Tan generoso...

—Gracias.

—¿De qué, pes?

—De todo señora. Una fiesta inolvidable, exquisita. Algo digno de su alcurnia.

—¡Ah... Ah...! —alcanzó a murmurar doña Camila verdaderamente trastornada por la opinión del caballero.

—Qué finura. Qué cosa distinguida.

—¿Su abriguito ha de querer, no?

—¿Mi abrigo?

—¿Cuál es, pes?

—Un... Un medio gris —afirmó el chulla dejándose arrastrar por la generosidad de la vieja.

—¿Estico?

—Sí. El mismo. Gracias.

* * *

El chulla Romero y Flores —hábil señor de la conquista barata— insistió en el asedio a la chullita, calificativo que Majestad y Pobreza usaba para las mujeres sin fortuna. Aquel amor —por lógica de economía y clandestinidad— maduró por las callejuelas de los barrios apartados, por las faldas de los cerros, por los pequeños bosques cercanos a la ciudad. Pero el atrevimiento y los recursos del galán se estrellaron una y otra vez en la imprevista repugnancia de los ojos desorbitados, de las manos crispadas, de los gritos y de las lágrimas de Rosario.

—¿Por qué? No entiendo. Somos jóvenes. La vida manda —chilló el mozo temblando de indignación una tarde que había preparado con sus mejores recursos el asalto amoroso.

—Me parece tan pobre. Tan...

—¿Tan qué?

—Entre la hieba...

—Siempre la misma cosa.

—Como animales... Como cholos... Como indios... —se disculpó la mujer con dulzura que pretendía ahogar su rechazo.

«Como cholos... Como indios...» repitió mentalmente Luis Alfonso —eco de vergonzoso reproche—, estirándose, cara al cielo, junto a ella. Luego se incorporó a medias, se arregló los cabellos como tenía por costumbre hacerlo cuando trataba de presumir, miró a la muchacha tendida a la sombra del árbol donde pensó poseerla, y rectificó en secreto, de acuerdo con Majestad y Pobreza, sus viejos planes: «Tiene razón.. Por las calles miserables, por las quebradas hediondas, por el campo, sin pudor, a merced de la impavidez del cielo, de la burla del viento, de la incomodidad de la tierra, del encuentro ventajero de algún cazador furtivo. En el zaguán de su casa. Una sirvienta, una guaricha, * una longa. Yo no soy un soldado, un pordiosero, un artesano... ¡Oh! Como príncipes, como reyes, como... Ji... Ji... Ji... Ella también tiene su orgullo, su... Y yo... ¡Carajo!»

Con luz que parpadeaba insegura en su fantasía —ensueño diabólico en los ojos, intriga superior en los labios—, el chulla ordenó:

—Vamos. Es tarde.

—¿Enojado?

—¿Por qué?

Romero y Flores trabajó mucho en su plan. En su nuevo plan. Y un día, sin demostrar interés, con esa indiferencia elegante que a veces copiaba de las estampas antiguas, anunció a Rosario:

—No sé si ir al baile del Círculo.

—¿Al gran baile?

—Al baile de las Embajadas.

—¿De las Embajadas? —insistió ella buscando en los ojos del hombre la verdad. Nunca... Nunca hubiera creído que... Lo más distinguido, lo más noble, lo más aristocrático de la ciudad...

—¿Por qué no? Tengo la invitación —murmuró el mozo entregando a la incrédula una tarjeta de filo dorado y escudo en relieve. Era auténtica. La obtuvo en virtud de sus conexiones con la burocracia de la Cancillería.

—En efecto. Es... Es... —dijo la muchacha y miró y remiró la misteriosa

cartulina. Le inquietaba y sorprendía aquello de: «Condecoraciones. Traje de etiqueta».

—No me gusta ir solo.

—Pero... Si es necesario.

—Podemos ir los dos.

—¡Los dos! ¿Yo también? —exclamó Rosario poniendo una cara de asombro y dicha indescriptibles.

—Naturalmente.

—Es que...

—No creo que se oponga doña Victoria —comentó Luis Alfonso con gamonal ironía que disculpaba las vacilaciones acholadas de la joven.

—¿Oponerse?

—Se trata de una fiesta de la alta sociedad. Diplomáticos. Generales. Funcionarios. Damas. Caballeros. A lo mejor asiste el señor Presidente de la República.

Con liturgia de sacerdote que explica al hereje los misterios de la fe, Romero y Flores continuó enumerando las personalidades y los detalles del paraíso del gran mundo.

—Comprendo.

—¿Qué? ¿Vamos o no vamos?

—Si pudiera conseguir... —declaró sin control la muchacha pensando en las joyas, en el traje y en los zapatos que le eran necesarios para presentarse como había soñado desde niña.

—¿Conseguir qué?

—Nada. Yo me entiendo.

—Es que si tú no vas me aburriría mortalmente.

—Creo...

—¿Qué?

—¿Para cuándo es la fiesta?

—El doce. Falta una semana.

—¡Ah! Entonces, sí. Iré.

—¿Seguro?

—Segurísimo —concluyó Rosario con gratitud chispeante en las pupilas.

Dos días antes del baile social, llevando al brazo el sobretodo —obsequio de doña Camila—, el chulla Romero y Flores penetró en una casa donde alquilaban disfraces —ventanas bajas, puerta de calle de portón de hacienda, zaguán de niveles sumergidos, patio húmedo poblado con tiestos de claveles y geranios—. Golpeó suavemente en la primera puerta del descanso de una ancha grada de piedra. Un hombre pálido, de arrugas cincuentonas, envuelto en una bata de raso negro adornada con dragones de oro, mostró las narices abriendo una discreta rendija. Al reconocer al visitante, exclamó lleno de júbilo:

—Venga, mi chulla. ¿Qué milagro, pes?

—Por verle, Contreritas.

—¿Nada más?

—Y por saludarle también.

—Gracias, cholito. Entre. Siéntese.

Olía a cuero, a polilla, a trapo viejo. Era una especie de bodega de la historia del mueble. Desde el primer momento la promiscuidad de estilos y de épocas embriagaba de mal gusto. Junto a lo esquelético de las sillas de Viena, a lo renegrido de las bancas y los sillones coloniales, se acomodaban las mesas y los armarios de simple línea moderna. Junto a los tarjeteros de alambre, a las alcancías de yeso, a los festones de papel, deslucían los cristales de finísima talla y los jarrones de porcelana china. Junto a los tapices persas —vilmente falsificados—, a las oleografías de santos y vírgenes, degeneraban lienzos de Miguel de Santiago y Samaniego. Por el suelo —hojarasca y follaje de fosilizada manigua—, alfombras, almohadones, escupideras, pebeteros, macetas con flores artificiales de toda especie, edad y tamaño. En estrechas hileras y altas pirámides —a lo largo y a lo ancho del recinto—, taburetes, cofres, tronos, bancos egipcios, babilónicos, griegos, etruscos, bizantinos, confundiéndose con arcas góticas, con cajas y bargueños del Renacimiento, con sillas, mesas y camas, estilo Luis XIV, XV, XVI.

En un claro de esa selva exótica, el hombre de la bata de dragones de oro interrogó a Romero y Flores mirándole detenidamente:

—¿En qué puedo servirle?

—En un asunto que nos conviene a los dos —respondió el mozo acariciando la posible mercadería que llevaba colgada del brazo.

—¿A los dos?

—Necesito que me alquile un frac.

—¿Un frac?

—Para mí.

—¿Para usted?

—Claro.

—Me parece imposible ver a mi chulla, a nuestro chulla con faldones y cuello duro —se lamentó el dueño de casa poniendo en el gesto y en el tono su habitual melosidad femenina.

—Las circunstancias. Los compromisos...

—Qué circunstancias ni qué compromisos. Eso está bien para algún pendejo con plata que no ha dado todavía con el disfraz que le cuadre. Pero para usted... No. Perdería el carácter, la gracia, la personalidad.

—Usted... Usted no tiene derecho... —chilló Romero y Flores poniendo mala cara mientras pensaba: «Puedo vestirme de cualquier cosa, carajo. Soy un caballero. ¿Qué es eso de chulla? Maricón».

—Perdone. Yo decía...

—Bueno. Vamos al grano. Mire usted este abrigo. Es suyo. Una verdadera ganga.

—¿Ganga? —repitió el hombre de la bata de los dragones de oro examinando la prenda que había caído en sus manos sin saber cómo.

—La calidad del casimir. Ultima moda. Seis botones.

—No está mal.

—El forro.

—Dígame una cosa. ¿De dónde sacó usted esto?

—De la herencia de mi padre.

—¿Tan nuevo de su padre? —dijo socarrón el dueño de la casa comparando mentalmente aquel abrigo con la levita y la chistera de Majestad y Pobreza que compró en otro tiempo para su galería de tipos nacionales.

—¿Duda usted de mí?

—¡Dios me libre!

—¿Entonces?

—Preguntaba solamente.

—Es que...

—No se caliente, cholito. ¿Y cuánto achaca por esto?

—El alquiler del frac y algo de dinero.

—¿También dinero?

—Necesito para el baile.

—¿Qué baile?

—El de las Embajadas.

—¿Usted... Usted también?

—Sí. Yo también. Aquí está la invitación.

Aquella pequeña cartulina —boleto de pase libre a la Bienaventuranza de las oligarquías— transformó el diálogo. El hombre de la bata de los dragones de oro, subrayando sus melosidades, aceptó la propuesta del mozo. Luego concluyó:

—Creo que no me queda un buen frac para usted. Le acomodaré como sea. Todos me necesitan en un momento dado. A veces llegan del campo oliendo a sudadero de mula, a chuchaqui de mayordomo, a sangre de indio, a boñiga, y quieren que yo... Tengo que acomodarles la corbata, los broches, las medias... Tengo que limpiarles las uñas, enseñarles a llevar en buena forma los guantes... Tengo que indicarles cómo deben sentarse. Siempre es lo mismo: en los banquetes, en los bailes, en los matrimonios, en la época de Congreso.

—¿También?

—También. Venga para que vea cuántas cosas están listas en el ropero para la fiesta a donde usted va, chullita.

—¿Sí?

A más de la bodega de la historia del mueble, Eduardo Contreras —así se llamaba el hombre de la bata de los dragones de oro—, tenía una magnífica colección de trajes. Colección que la inició el bisabuelo de Contreras por los oscuros tiempos de la «vieja chuchumeca *» y el «machico * con piojos». La guardarropía y el negocio en general crecieron al impulso de los afanes domésticos del bisnieto —crochet, costura, labores de mano, remiendo artístico—, y a la urgencia cotidiana de un gamonalismo cholo que creyéndose desnudo de belleza y blasones busca a toda costa cubrirse con postizos y remiendos.

Marcaba un olor a naftalina, a enaguas de vieja, a polvillo de canasta de sastre, en el salón de los disfraces.

—Aquí hay una fortuna —exclamó Romero y Flores abrumado por la cantidad

de polleras, blusas, capas, pellizas, abrigos, sacos, [49] pantalones, levitas, chales, corpiños y cien prendas de diferente tamaño y calidad que pendían, como fantasmas de trapo, de un escuadrón de soportes y ganchos.

—Una fortuna. Cáscaras que va dejando la leyenda y la historia, cholito... Para cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí.

—¿A medias?

—La mayoría piensa que lo importante es el detalle, el paramento, el símbolo. De los reyes, la corona. De las princesas, los copetes, el armiño. De los santos, la aureola. De los héroes, los entorchados, los botones, las charreteras. De los sabios, de los poetas, de los artistas, los laureles, las medallas, los títulos —dijo en tono doctoral el hombre de la bata de los dragones de oro. Y se internó luego por un follaje de pierrots, de colombinas, de napoleones, de payasos, de arlequines, de odaliscas, de nerones, de frailes, de generales, de piratas, de monjas, de...

—¿Y esto? —interrogó Luis Alfonso al llegar a un rincón donde se exhibían sin orden algunos muñecos luciendo atavíos nacionales.

—Mi obra mayor. Nuestra cáscara típica. Desgraciadamente está pasando de moda. Nadie quiere saber nada con los disfraces de su propia pequeñez. Lástima de dinero, ¿verdad? —afirmó Eduardo Contreras acariciando a un maniquí vestido con las prendas características de la chulla quiteña —manta bien prendida enmarcando el rostro, ciñendo los senos, pollera [50] forrada a las nalgas, bota de cordón.

—En efecto.

—Lo sencillo de la indumentaria está de acuerdo con lo audaz de las formas. Esta... Esta era nuestra hembra, cholito. Usted llegó tarde... Ahora, en cambio, la pobre trata de confundirse con la niña bien... Con la niña bien que copia los últimos figurines extranjeros. [51]

Contreras siguió hablando en el mismo tono de reproche y lamentación sobre la indumentaria de los diferentes tipos del país que rodeaban a la figura de la chulla como en una vitrina de museo: la chola de follones de bayetilla, de blusa de raso y encaje, de pabilo en las trenzas, de pañolón a cuadros —cocinera, sirvienta, guaricha, vendedora en el mercado—; el cholo campesino de zamarros * lanudos, de poncho fino, de bufanda al cuello, de zapatos de becerro con rechín, de diente de oro —mayordomo, arriero, partidario, [52] escribiente de latifundio—; el indio ciudadano de alpargatas de cabuya, de cotona, * de pantalones de liencillo, [53] de

---

49 *saco:* «m. Prenda de vestir, una de las tres piezas que con el chaleco y el pantalón, componen el traje común o terno; lo que el *Diccionario* define por chaqueta. (*Chaqueta* solamente se usa para designar un saco ajustado al talle y, por lo general, más corto que el común.) (Fr. J. Santamaría, *Diccionario general...*, ed. cit., T. III, p. 54)

50 *pollera:* «f. Ecdr. Falda externa de bayeta, que usan las campesinas». (A. Mateus, *Riqueza...*, ed. cit., p. 345); muchas cholas aldeanas venían a Quito para vender mercancías.

51 Eduardo Contreras es uno de los portavoces del autor; denuncia la falta de autenticidad de la vida de muchos compatriotas suyos (véanse las notas 47, 22, 23, etcétera, que remiten a pasajes de significado parecido). Luis Alfonso logrará precisamente liberarse de la trampa de la imitación servil.

52 *partidario:* «Es en nuestro lenguaje agrícola el que tiene contrato de *aparcería*, el *aparcero*». (J. Tobar Donoso, *El lenguaje rural...*, ed. cit., p. 215).

53 *liencillo:* «Es el lienzo tosco que se fabrica de algodón y que sirve para la ropa interior de nuestros indios». (J. Tobar Donoso, *El lenguaje rural...*, ed. cit. p. 174).

poncho mugriento, de sombrero de lana endurecida a golpes —peón del aseo público, albañil, cargador—; la beata de larga saya, de fúnebre manta —chismes enlutados, fanatismo neurálgico, prejuicios en conserva—; el futre...

De pronto, el monólogo del dueño de casa tuvo que suspenderse al notar que el amigo había tropezado con la chistera verdosa y la levita raída de Majestad y Pobreza, donde él puso, para completar el disfraz, unos zapatos ridículos, unos pantalones remendados, un cuello de celuloide y un pañuelo sucio.

«Es... Es... ¡Papá!», trató de gritar Romero y Flores arrebatado por una especie de torbellino sentimental que ardía con ternura asfixiante más allá del orgullo.

«Padre de nuestros disfraces, de nuestras prosas, de nuestras pequeñas y grandes mentiras», se dijo Eduardo Contreras con mueca de pena y burla a la vez como si contestara a la sorpresa angustiosa del chulla, como si...

«¿Nuestro? Mi padre... Miii, carajo... Cholo maricón...», pensó, ceñudo y altanero, con lágrimas en la garganta, Luis Alfonso. La idea de que él también pudiera dejar a la posteridad análoga cáscara le produjo el pánico del niño perdido en las tinieblas, de la oveja al olor de la sangre. Pero como el testigo era hombre de humilde origen a pesar de su fortuna de trapos hediondos y palos apolillados —cholo medio blanquito que en el secreto de su alma temía y veneraba con morbosa angustia vicios y virtudes del viejo Romero y Flores—, pudo el mozo dominar fácilmente su emoción. Llevó la mano con disimulo a la boca para... «Para nada, carajo. Si algo valen todas estas gentes es por mi sangre, por lo que yo puse en ellos», afirmó la sombra de Majestad y Pobreza con esa oportunidad que a veces no hallaba oposición íntima —desaparecía mama Domitila— y que inyectaba cinismo y audacia de «patrón grande, su mercé» en el chulla.

—¿Dónde? ¿Dónde está el frac? ¡Mi frac! —interrogó Luis Alfonso con altanería.

—¡Ah! El frac —repitió Contreras retirando aparatosamente un enorme biombo.

Como una aparición mágica, frente a una esquina forrada de espejos, surgieron, erguidos en perchas de alambre, varios trajes de alquiler para la fiesta aristocrática.

—¿Tantos? —exclamó el joven.

—Dieciséis caballeros. Dos reinas. Cuatro estrellas de cine. Una princesa —anunció en tono de subasta el dueño del negocio mientras revisaba los detalles que él creía de buen gusto en su obra: condecoraciones, broches, cadenillas, monóculos, hilos de oro, botones, tules, brillos, flores, joyas.

—¿Y el mío? —insistió Romero y Flores.

—¿El suyo? Claro. Tiene razón. A usted le daremos un lord inglés.

—Un lord.

—Auténtico, chullita.

Con habilidad y limpieza de prestidigitador, el hombre de la bata de los dragones de oro sacó de un armario los trapos necesarios para transformar al cliente.

—Este debe ser su número.

Mientras soportaba las miradas geométricas y el manoseo de la prueba, Romero y Flores se entretuvo observando un disfraz de mujer que tenía a su lado. Era un vestido blanco lleno de tules en la pollera y flores de terciopelo rojo en el pecho, divinamente armado en un maniquí sin cabeza.

—Muy bonito —murmuró Luis Alfonso por decir algo amable mientras daba las vueltas al capricho de la técnica del artista.

—¿Qué es lo bonito?

—Los tules en la falda... También los adornos...

—¡Ah! Se refiere a mi modelo especial. Es para transformar a una chullita en princesa.

—¿Siii?

—Mi princesa. De rechupete. Me inspiré en una revista. Es un retrato de...

—¿Y en qué se conoce que es una princesa?

—Bueno... Aquí faltan los detalles: la diadema, los zapatos, el chal, las joyas, el bolso, y ese algo que obliga a las gentes a pensar en el personaje que uno quiere que piense.

* * *

Pasadas las diez de la noche, el chulla Romero y Flores llegó en un automóvil de alquiler a la casa de Rosario Santacruz, unas cuadras más arriba de la esquina de la Cruz Verde. Inquieto por la sospecha de que la indumentaria de su pareja no pudiera estar a la altura de las circunstancias, descendió del vehículo doblando y desdoblando cuidadosamente su alargada e incómoda figura de lord inglés. Desde la vereda miró y remiró —extraño bicho de palacio en pantano de arrabal— el viejo balcón de la dama, y, lleno de explosiva impaciencia, silbó como un soldado a su guaricha, como un arriero a sus mulas. El eco —escándalo y reproche—, en la paz de la calle solitaria, le aconsejó esperar. Uno, dos, cinco minutos. De la penumbra del zaguán surgió de pronto ella. Vestido blanco de raso, flores de terciopelo rojo en el pecho, vaporosidad de tules sobre la pollera, diadema de brillantes entre los rizos del copete, guantes largos, bolso de lentejuelas.

«¡La princesa! La princesa de Contreritas... ¿Qué hago? ¿Cómo le denuncio? Parece lo que no es. Pero está bien, muy bien... Ji... Ji... Ji... Debo creer... Creer...», se dijo el mozo con curiosidad de ojos incrédulos. ¿Pero acaso no era ése su anhelo, su esperanza? ¡Una princesa! Con reverencia teatral y tuteo aristocrático, murmuró:

—Estás hecha un cielo.

—Y tú hecho un rey —respondió ella en el mismo tono zalamero.

—¿Vamos?

—Vamos.

La luz deslumbrante de las lámparas y de los festones de bombillos eléctricos, el bisbiseo curioso de las damas —reinas de baraja, princesas de opereta, estrellas de cine sin contrato—, la aparente austeridad de los caballeros de pechera blanca —usura en opulenta línea de financiero, contrabando envuelto en diplomáticas condecoraciones, caciquismo almidonado de omnipotencia democrática, calentura tropical ceñida a la más grotesca etiqueta palaciega—, y el rumor tintineante —charreteras, espadas, medallas— de los napoleones de varias formas y tamaños, amedrentaron a los jóvenes intrusos al ingresar en el salón principal. Entre la realidad y la farsa hubo un momento —pequeño desde luego— en el cual ellos se debatieron en el vacío. Su vacío. Mas, una información subconsciente alentó a la

pareja: «Son las ropas de Contreritas... Diez, veinte, treinta... Todos embutidos en su disfraz... Con ese algo que obliga a las gentes a pensar en el personaje que uno... Maniquí de cabeza erguida, de manos nerviosas, de patitas relucientes...» Noble advertencia para diluir el temor. Primero en él. Gracias a la oportuna y violenta intervención de la voz de Majestad y Pobreza: «¡Adelante, muchacho! ¿Qué es eso? Estás en el secreto de la trampa. Todos juegan a lo mismo... ¿Qué es un lord inglés ante un Romero y Flores? Nada, carajo... ¡Sí! Nadie se atreverá a despertar a mama Domitila. Le tengo acogotada, presa, hecha un ovillo con trapos de lujo. ¡No existe! Todos tratan de afirmar eso. ¡No somos indios! ¡Nooo! ¡No hay esclavos en la selva, en los cerros, en los huasipungos!» [54] Avanzó entonces sin temor el mozo en busca de un lugar propicio, pero como a la vez sintió que Rosario seguía prendida de su brazo —actitud poco elegante de niño acoquinado— le dijo al oído con amable reproche:

—¿Qué te pasa, princesa?

«Princesa... Debo ser una princesa... Soy una princesa... Así... Un poco más...», concluyó con orgullo reparador la muchacha pensando en sus copetes estilo Imperio, en su diadema real, en sus tules de Virgen de pueblo, en sus flores de terciopelo, en su collar de brillantes, en sus zapatos un poco ajustados —más el derecho—, en el raro perfume que despedía su cuerpo, en el caballero que le acompañaba. Y en busca de una liquidación completa de su bochorno, interrogó:

—¿A quién esperan?

—¿Por qué?

—¿No ves? Se agrupan en desafiante exposición como si los demás... Conversan sin arrugarse... Se miran... Nos miran...

La música del Himno Nacional surgió desde una pieza contigua transformando lo estirado e indiferente del cholerío aristocrático en esbirrismo meloso, espeso.

—¡Su Excelencia! Su Excelencia el señor Presidente de la República —dijo alguien.

«¡Ah! Era a él a quien esperaban... A él...», pensó Luis Alfonso sintiendo el contagio de la inquietud general. En ese mismo momento, la comitiva que rodeaba a su Excelencia en marcha —ministros, banqueros, contratistas, embajadores, terratenientes, patriotas de profesión— ingresó al recinto abriéndose paso entre un follaje de tupidas amabilidades.

—Los adulones no le dejan en paz —comentó una vieja de opulentas caderas que formaba parte del grupo más cercano a la pareja de los jóvenes intrusos.

—Imposible sin ellos —dijo un señor pálido que parecía fabricado en hueso.

—Veinte años de este cuento.

—Y tiene para rato.

—Miren cómo menea la cola el opositor.

—Todos.

Por curiosidad el chulla Romero y Flores se estiró para observar. Más allá de un empedrado de calvas, de rizos, de moños, de diademas —tonsurada como la de

---

[54] Este trozo resume la visión icaciana de la farsa que representan muchos compatriotas suyos, por su deseo de «esconder lo que aman» (véase la N. 35).

un fraile—, se erguía y se inclinaba con precisión matemática de marioneta la cabeza de su Excelencia. [55] «Cuánta dignidad... Cuánto brillo... Cuántas condecoraciones... Es el mejor disfraz de la noche... ¿Disfraz? Acaso él... ¡No! No es un chulla como... Parece que no... Ji... Ji... Ji...» se dijo el mozo y volviéndose hacia Rosario le anunció:

—Tenemos todavía para rato.

—¿Crees?

—Las ceremonias. Las dichosas ceremonias.

Después del besamanos al señor Presidente de la República, después de las primeras copas de champaña y de los primeros bailes, algo cambió en el ambiente. ¿El color? ¿El perfume? ¿La rigidez? ¿Las maneras? ¿El equilibrio?

En el salón del bar —improvisado en una esquina— y frente a una mesa cargada de fiambres —pavos al horno, langostas a la mayonesa, barquitos de atún, bombas de camarones, canapés de anchoas, de espárragos, de caviar, caramelos, chocolates— que olían a corcho viejo, a pimienta, a mar, a canela, la concurrencia pululaba con porfía de moscas sobre mortecina. [56]

Poco a poco se ajaron los vestidos —en lo que ellos tenían de disfraz y copia. Poco a poco se desprendieron, se desvirtuaron —broma del maldito licor—, por los pliegues de los tules, de las sedas, de los encajes, del paño inglés. En inoportunidad de voces y giros olor a mondonguería, en estridencia de carcajadas, en tropicalismo de chistes y caricias libidinosas, surgió el fondo real de aquellas gentes chifladas de nobleza, mostrando sus narices, sus hocicos, sus orejas —chagras con plata, cholos medio blanquitos, indios amayorados. Rodaban por los rincones, por el suelo, sobre sillas y divanes —plaza de pueblo después de la feria semanal—, retazos de cáscaras, tiras de pellejos —visibles e invisibles— a lo Luis XIV, a lo Pompadour, a lo hermoso Brúmmel, a lo Napoleón, a lo Fouché, a lo Jorge Sand, a lo Greta Garbo, a lo Betty Davis, a lo Clark Gable y a lo decenas y decenas más de personajes de la cultura occidental y del cine norteamericano. Sólo su Excelencia se retiró a tiempo. Se retiró antes de sentirse desbarnizado, antes de que su aliento empiece a oler a mayordomo, [57] a cacique, a Taita Dios.

Ni por un instante el joven lord inglés descuidó su plan donjuanesco para dominar los escrúpulos y los temores de la hembra en la pendiente del deseo. Le habló —susurro confidencial— de los deslumbrantes tesoros de la concurrencia que les rodeaba, sus postizos amigos y parientes. Le obligó a beber champaña, mucho champaña, advirtiéndole que era de buen tono. Le brindó caviar.

—Caviar —repitió la muchacha saboreando con asco y disimulo aquel betún baboso que tuvo que tragárselo. Era manjar de reyes y de princesas.

Y en el baile, junto a él, sintiendo el pulso y la fatiga de una especie de vértigo sudoroso, encendida de raras ansias, lejos de toda obsesión moral, amortiguado el

---

55 Se trata probablemente del Presidente Velasco Ibarra, que era calvo, y había sido profesor de Matemáticas («... se inclinaba con precisión matemática de marioneta la cabeza de su Excelencia».).

56 La *mortecina* designa el cadáver de un animal muerto naturalmente; es palabra más corriente en América que en España.

57 *mayordomo*. «Ecdr. Sirviente principal de una hacienda que la gobierna y administra a órdenes del dueño o del administrador». (A. Mateus, *Riqueza*... ed. cit., p. 249).

dolor a los callos del pie derecho, ella comprendió que en lo más profundo de su intimidad nada era tan poderoso como el latir de su sangre, como la urgencia de su instinto —alegría de la música, delicadeza del aire, oleaje de otro ser sobre la carne, cosquilleo tibio de las palabras gratas.

Fatigada físicamente pero segura en su papel de princesa, Rosario preguntó a Luis Alfonso aprovechando de la vuelta cadenciosa de un vals:

—Dime quién eres.

—¿Yo?

—Síii.

—Tiene gracia. Nadie.

—Mentira. ¡Mentiroso!

—No grites. Soy un lord inglés.

—Un lord. Mi lord —concluyó ella escondiendo la cabeza en el pecho del joven con inefable emoción. Luego pensó: «Un caballero. Es un caballero. Huele bien. Demasiado bien. Para besarle desnudo. Para estrecharle como a un niño. ¡Un niño! No soy una corrompida...»

El no dijo nada. ¿Para qué? Sólo saboreó con arrogancia su triunfo de conquistador.

—Vamos princesa. No es nada elegante ser de los últimos. Vamos —ordenó el chulla.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Al castillo.

—¿Al castillo?

—Nuestro castillo oculto en la montaña. Lejos de la ciudad —anunció Romero y Flores declamando como si contara un cuento.

—¿Nuestro castillo? ¡Ah! Bueno.

Salieron en fuga de película. En la calle —fría, llena de ofertas de transporte hacia la realidad—, tomaron un automóvil. El dio al chofer una dirección misteriosa. Ella en cambio, los ojos cerrados, estremecida por la vibración de la máquina, se sintió más segura en su disfraz, más princesa, flotando sobre un eco que le aseguraba no ser una corrompida. Abrió los ojos. Corrían las casas...

—¿Dónde estamos? —interrogó con miedo de perder el hechizo de su fantasía.

—En el camino del castillo.

—Pero... Pero... —murmuró la joven mirando hacia afuera. Abajo, muy abajo, al pie del cerro, en cuya ladera bordeaba la calle por donde iban, una plaza de luces mortecinas, de cúpulas y muros blancos manchados de crepúsculo, de casas apiñadas en sueño profundo, de callejuelas por donde desaguaba tiritando el tedio, de pulso de pila de piedra.

—¿Ves? Es el estanque del castillo. El estanque donde las brujas guardan...

—¡Oh! Es la Recoleta.

—No. Es el estanque del castillo.

—Sí. Es el estanque del castillo —repitió Rosario con voz y languidez de profunda esperanza.

De pronto se detuvo el automóvil. Bajó el galán disculpándose a medias ante su dama.

«Nuestro castillo... Ji... Ji... Ji... Nos esperan... ¿Quién? La... El... ¿Para qué? ¡Eso no! Soy una princesa. Por lo mismo... El es bueno... Huele bien...», pensó la mujer resbalando por escabrosos deseos. Luego, inquieta, observó entre las sombras. En el follaje de un pequeño bosque de eucaliptos que descendía por la ladera de un barranco oyó roncar el viento en su sueño de mar enfurecido y lejano; en la tierra húmeda y las cañerías abiertas a esas alturas de la ciudad halló el secreto excitante de los olores nauseabundos. Y al otro lado, en la esquina de un chaquiñán —negro zigzag hacia el cielo—, los golpes de su lord inglés en la puerta de una casa chola —piso bajo, paredes desconchadas, ventanas de reja, alero gacho—.

Una voz cavernosa —el idiota de los cuentos terroríficos— interrogó entre las sombras:

—¿Quién es? ¿Qué quiere, pes?

—Un cuarto, cholito.

—¿De a cinco o de a diez sucres?

—El mejor. Soy Romero y Flores.

—¡Jesús! Si no da algo adelantado, ¿cómo, pes?

—Toma, pendejo.

—«No soy una corrompida. ¡Nooo! Soy joven... Puedo... Debo... Me arde en las venas, en el corazón, en el vientre, en la piel...», sintió Rosario y se dijo con fervor de plegaria para olvidar temores, con fervor que al aliarse al deseo embriagador que le dejó el baile, la música, el brillo de las joyas, el perfume de las gentes, el champaña, cambió la realidad en torno. Crecieron ante sus ojos las paredes cual muros almenados. El ruido de la pequeña aldaba al abrirse sonó en sus oídos como cadenas y piñones al descender la plataforma de un puente. Y al entrar en la casa —sórdida penumbra de refugio barato— confundió trapos de uso íntimo puestos a secar en una soga tendida entre los pilares de un corredor, con pendones, banderas y trofeos de guerra. Tampoco tomó en cuenta lo prostituido y delator de los muebles, lo penumbroso del cuarto, lo hediondo a sudores heterogéneos de la cama, lo miserable y asqueroso del cholo que les había guiado.

Cuando se hallaron a solas, ella se acercó a él sin decir nada, y con ternura provocativa, ansiosa, echando la cabeza hacia atrás, mostró sus ojos adormilados, su boca entreabierta en súplica de perdón: «No... No soy una corrompida...» Delicadamente —consejo felino de las malas experiencias para temperar besos, caricias y estrujones apasionados— Luis Alfonso fue desnudando poco a poco a la mujer. Era... Bueno... Al rozarle el cuello con los labios, confirmó:

—Mi princesa.

—Soy lo que tú quieras que sea —dijo Rosario sintiendo que existía en alguien: en el aliento olor a vino y tabaco que a ratos le quemaba en las mejillas, en las manos que recorrían su cuerpo, en la magia de la boca que al posarse en cualquier punto de la piel narcotizaba el pasado y el presente.

Entrelazados y fundidos los amantes, fuera de su soledad —angustia de impotencia femenina en ella, simulación de rubor ancestral y desequilibrio íntimo en él— olvidaron sus disfraces, sus mentiras, para ser lo que en realidad eran: un hombre y una mujer que se entregaban mutuamente. De lo más profundo de la ternura de la carne y del espíritu de Rosario brotó entonces —urgencia tibia

de círculos concéntricos en los músculos, en los nervios, en la médula— un rumor de dicha, de victoria: «No... No soy una corrompida, Dios mío... Soy feliz...» Afirmación gozosa que advirtió Romero y Flores en los ojos de ella —desorbitados en éxtasis de asombro—, en la piel estremecida —ansias de vivir y de morir a la vez—, en los labios fríos, en el vértigo que le arrebató exaltando su poder y orgullo de hombre.

* * *

Los anatemas de la viuda de Santacruz al recibir a la hija se agravaron cuando Rosario no pudo frenar una risita diabólica —chuchaqui de borrachera mal dormida y bien gozada—.

—Dios me ampare. Es el colmo del cinismo, chiquilla. ¿Cómo, pes?

—Usted no sabe.

—Sólo las carishinas.

—Una fiesta social... No podía salirme como una chola.

—Prefiero ser chola, prefiero ser india. Yo... Yo soy una mujer que vive confesando y comulgando. Que cumple con la Santa Madre Iglesia. No quiero cargar con pecados ajenos.

—Soy joven, mamá.

—Eres una loca... Una corrompida...

—No... ¡Nooo! —gritó Rosario como si le hubieran tocado en una herida recién cicatrizada.

—Explícate.

—No me entendería.

—Claro. Me haces gastar tanta plata en el alquiler del vestido, en agua de Colonia, en todo mismo... Miles de sacrificios pensando que era una cosa honorable, pes.

Cuando pudo encerrarse en su cuarto, un deseo noble de estar en el secreto de las cosas y de las gentes ajenas prendió a la muchacha tras los vidrios rotos de su balcón. Todo halló distinto: el sol exaltaba con brillo cegador los colores y las formas de la ladera del cerro próximo, el viento barría juguetón las calles —polvo y basura para la cara adusta de las casas del vecindario—, las disputas y los gritos de los rapaces —pobreza de nariz sucia, de mejillas pálidas, de vientre abultado, de maldiciones y palabrotas— coreaban en desentono sobre los mil ruidos del barrio. Una especie de compasión superior, nueva en ella, le inyectó de pronto alegría extraña, egoísta: ganas de cantar, de correr por un prado florido, de hundir los pies en el remanso cristalino de un río, de esconderse en un árbol, de besar a un niño. No era la compasión cuotidiana hacia la miseria y pequeñez de las gentes —angustia y melancolía de acerba hostilidad contra el mundo y contra sí misma—. Era más bien el temor a lo transitorio de todo aquello que descubrió en un segundo. Con cuánta rapidez había pasado. Fugaz, loco, sin retorno. Desperezándose voluptuosamente se tendió sobre la cama. Una sensación de culpa le obligó a pensar en él. ¿Dónde estaría a esas horas? ¿Pensaría acaso en ella? ¿Le volvería a ver? ¿Volvería a quedarse sola? ¿Sería de nuevo una corrompida? ¡Imposible! Con obsesión que

ardía en lo más recóndito de su ternura y de su corazón se juró buscarle, perseguirle, quererle, vivir con él.

Pero a las pocas semanas —dos o tres—, una rara incomprensión sentimental entre doña Victoria, su hija y el chulla Romero y Flores, desequilibró el ritmo cuotidiano, el clima de comedia barata. Cuando Rosario no podía ir en busca del mozo por cualquier motivo —lágrimas y reproches de la viuda de Santacruz— se encerraba en un mutismo agudo, en un amargo silencio que hablaba por los ojos: «¿Por qué? ¿Por qué no me deja? Soy libre. ¿No entiende? ¡Libreee! ¿Acaso no debo seguir...?»

«Es por tu bien, hijita. Quiero ayudarte. El mundo, el demonio, la carne... Si por lo menos fuera algo de provecho. Pero... ¿Qué, pes?», trataba de responder la madre poniendo una cara de víctima que daba pena.

«Le quiero. Soy su amante. ¡Sí! ¿No me cree? ¡Su amante, vieja idiota! Me iré con él cuando me dé la gana... Mi real gana... Y si no me deja soy capaz de matarme. ¡Matarme!», respondía la muchacha de ordinario. A veces expresaba su cólera y su despecho bufando con violencia antes de arrojar algo al suelo o huir a su cuarto.

«Hijita, te desconozco. Es por tu bien...», terminaba doña Victoria.

El mayor escollo no fue en realidad la viuda de Santacruz. Vencida por la «carishinería de la guagua» dejó a última hora que las cosas rueden al capricho del destino. Fue Luis Alfonso quien puso obstáculos de todo orden; urdía mentiras de grueso calibre, se dejaba sorprender en pláticas sospechosas con cualquier mujerzuela, faltaba a las citas, evaporábase de las entrevistas. Rosario fingía no impacientarse ni comprender. A fuerza de un raro perdón inmediato y de una melosa dulzura persuasiva borraba los desplantes del mozo, el cual, a pesar de la sospecha de haber caído en una trampa —peligro para su famoso seguro del porvenir en brazos de una tonta acaudalada—, insistía en esas relaciones bastardas. ¿Amor? ¿Compasión? ¿Costumbre?

Pero una noche que ella logró retener a Luis Alfonso vagando por un barrio apartado del centro de la ciudad —romanticismo de callejuelas desdentadas, de vegetación fantasmal, de barrancos malolientes, de luces mortecinas, de murmullos cavernosos—, surgió en forma inesperada —secreto maduro en ella— la escena que podía cambiar el rumbo de las cosas.

—Las nueve —dijo el mozo tratando de cortar el diálogo crecido en angustiosas pausas y violentos reproches.

—¿Te parece tarde?

—Tardísimo.

—La puerta de calle de mi casa estará cerrada. Mamá no me espera.

—¡Golpearemos!

—No abrirán.

—¡Oh!

—¿Te asusta? Antes, cuando...

—¿Empezamos de nuevo?

—Cuando... —insistió la muchacha en tono estrangulado por las primeras lágrimas.

—Tu reputación, tu honor, tu vida —objetó el chulla por consejo de Majestad y Pobreza.

—Tú eres mi honor, mi reputación, mi vida. Te he dicho diez, veinte, cien veces.

—Sí. Pero...

—Iré donde tú quieras. Un día me suplicaste que espere, otro fue la ausencia, otro la broma. Ahora... Ahora no me apartaré de ti.

—¿Un capricho?

—Dormiremos en la calle.

—¡Oh! Eso...

—¿Dónde, entonces?

—Mi familia... Los míos...

—Los tuyos —chilló Rosario con desprecio que amenazaba desbaratar los delirios de grandeza del hombre: la casa solariega, los latifundios, el dinero de los antepasados.

—¿Qué te pasa?

—Quiero saber dónde duermes.

—Por ahora...

—Siempre.

—No. Para ti, no.

—¿Qué? Nada me espanta. Soy una mujer. Tu mujer.

«La misma exigencia. Cuidaré mi porvenir. Mi brillante porvenir. Quiero ser un hombre. Un caballero gamonal. Tal vez cinco, seis meses. Amañarnos como los indios. Pero... ¿Dónde podríamos estar plenamente, sin temor, sin rubores?», fue la inquietud que encerró al chulla en un hermetismo de duros perfiles.

—¡Di algo, por Dios!

El murmullo del riachuelo que roncaba en el fondo del barranco más próximo puso en la desesperación de Rosario una especie de inquietud trágica.

—¿No respondes? ¿No? Soy capaz de...

«¿De qué, carajo? Siempre la misma trampa. Estoy cansado...», pensó el mozo creyéndose invencible en su silencio.

—¡De matarme!

«Mátate... Mátate si puedes...», concluyó incrédulo Romero y Flores.

Pero ella, sin esperar más, ganó un pequeño montículo volado hacia la profundidad de la quebrada que orillaba el camino, gritando:

—¡De matarme!

—¡Espera! ¿Qué haces? —suplicó Luis Alfonso liquidando su actitud indiferente. Por el tono de la voz de la mujer comprendió que no se trataba de una amenaza pasajera.

—¿Me llevas contigo? —insistió Rosario estremecida de llanto.

—Sí, mujer.

Un abrazo de reconciliación sin palabras les unió de nuevo. Huyeron del lugar. En el desconcierto del chulla surgió entonces el consejo de un amigo experimentado en tales trances: «Destapa tu miseria ante sus ojos. Muéstrale tu soledad, tu abandono. Es el único remedio». También la voz de Majestad y Pobreza intervino

oportunamente: «Domina tu pasión chola en cualquier forma... ¡El porvenir! No importa que ella sepa... Acaso muchas noches no llevaste a tu cuarto mujeres de la misma condición...» En contrapunto doloroso —eterno desequilibrio que le amargaba la vida— la presencia de mama Domitila alcanzó a murmurar: «Pobrecita... Pobrecita...»

Después de muchas vueltas y revueltas treparon los amantes por el barrio de San Juan prendido en las faldas del Pichincha. Dieron pronto con una calle estrecha, húmeda, de casas sin aplomo, de tapias derruidas —olor en conflicto de choza de indio y cárcel colonial—, donde nunca estuvo antes Rosario.

—¡Aquí! —anunció Romero y Flores perdiéndose por un zaguán tenebroso.

—¿Aquí?

—A la izquierda.

—Dame la mano. No veo.

—Un rato.

—Pero...

—Tengo que abrir.

—«Huele a medias sucias, a tabaco, a sarro de orinas, a bodega de monturas», se dijo la muchacha al entrar en la habitación que abrió el mozo. Y de inmediato, algo más fuerte que su paciencia le obligó a interrogar:

—¿Dónde está la luz?

—La vela...

—¿La vela?

—Me cortaron la corriente hace algunas semanas y no he podido...

—Unas semanas.

—Espera —concluyó el chulla como quien dice: «Y eso no es todo».

Poco a poco, a la luz que encendiera trabajosamente el mozo, surgieron ante las pupilas asombradas de Rosario: papeles y colillas rodando por el suelo, un poyo para trepar a una ventana desvencijada, un tarro mugriento de lata ocupando el sitio del bacín, un sofá de tres medallones destripados, una palangana llena de agua de jabón, una silla coja, una cama de pilares apolillados y cobijas revueltas, lacras [58] de goteras en el cielo raso, huellas de manos sucias y escupitajos fósiles en el tapiz de las paredes, palos viejos en un rincón.

«Se irá... Correré tras ella para que la cosa salga mejor. Le increparé. Así por lo menos. Su cobardía. Su falta de...», pensó Romero y Flores observando de reojo la sorpresa de la muchacha al revisar la miseria del cuarto.

«¿Qué hago, Dios mío? Soy... soy de la misma farsa... Sé hasta dónde... No tanto... ¿Por qué no grito? ¡Mentira... Mentiraaa...!», se dijo Rosario hundiéndose en el vacío de un torpe compromiso. Felizmente halló a tiempo en sus entrañas lo que de cuando en cuando florecía en su sangre —a la muerte del padre, al sentirse mujer en brazos del chulla—: una gran compasión maternal —para ella misma, para él, para el mundo entero—. Temblorosa al abrazo estrecho e íntimo de semejante encuentro —más fuerte que nunca—, tuvo que arrimar sus lágrimas y su rubor a la pared que tenía a sus espaldas.

---

[58] *lacra:* 2. Defecto o vicio de una cosa, físico o moral» (*Diccionario de la Real...*, ed. cit., p. 781).

El chulla, para calmarla y disculparse a su vez, se acercó a ella murmurando una de sus mentiras —la herencia en litigio, el disgusto familiar—. Pero Rosario rechazó amablemente el consuelo y a media voz, propuso:

—¿Quieres que arregle la cama?

—Bueno... —dijo él como hipnotizado por su fracaso. Y al ritmo de la escena que se desenvolvía antes sus ojos, pensó como espectador y como crítico: «No huye... Deja el abrigo. Sacude las cobijas. Busca las sábanas. ¡No! No hay sábanas... Parece que no le importa... ¿Qué le importa, entonces? ¿Se irá? ¡Claro que se irá algún día! Se sienta junto a la almohada... Mi almohada... Ji... Ji... Ji... Olfatea al disimulo el tarro podrido que se esconde a sus pies y... Se quita los zapatos, las medias, la blusa, la falda, la camisa... Me mira como... ¡Carajo! ¿Qué desea? ¿Qué quiere? Mis manos hábiles, mis labios, mi piel, la fiebre de mis venas... Me espera sin... Quieta... Desnuda... Soy...»

Juguete de ese diabólico impulso que tendió a Majestad y Pobreza junto a mama Domitila y a muchos caballeros de la Conquista y de la Colonia sobre las indias —sin pensar en el atropello, en el pecado, en el porvenir—, Romero y Flores se unió una vez más a su amante. Intensidad de posesión y entrega que eclipsaba a los fantasmas del chulla.

Al amanecer del día siguiente, ella se deslizó de la cama procurando no hacer ruido. Mientras se arreglaba a tientas revisó mentalmente los detalles del plan que había forjado durante la noche para adecentar el cuarto del mozo: «Hasta las nueve de la mañana mamá recorre las iglesias. La llave estará como de costumbre bajo el ladrillo de la ventana de la cocina. ¿Y si ella no ha salido? Bueno... Lloraré a sus pies... Le pediré perdón hasta... Le diré... Cualquier cosa... Necesito el reverbero, una mesa, dos sillas, el bacín, unos platos, las sábanas... La ropa... El dinero de la alcancía...».

III

Después de la muerte de mama Domitila, antes de conocer a Rosario, y mucho antes de enrolarse en la burocracia, Romero y Flores aprendió a escamotear las urgencias de la vida en diferentes formas: préstamos, empeños, sablazos, bohemia de alcahuetería a la juventud latifundista, complicidad en negocios clandestinos —desfalcos, contrabandos—. Por ese tiempo —inspiración de Majestad y Pobreza— modeló su disfraz de caballero usando botainas —prenda extraída de los inviernos londinenses por algún chagra turista— para cubrir remiendos y suciedad de medias y zapatos, sombrero de doctor virado y teñido varias veces, y un terno de casimir oscuro a la última moda europea para alejarse de la cotona del indio y del poncho del cholo —milagro de remiendos, plancha y cepillo—.

Cambiaba el mozo los detalles secundarios de su indumentaria al capricho de gustos y preferencias de la víctima o cómplice que seleccionaba de antemano para el negocio o la aventura galante. Metía periódicos —nuevos o viejos— al bolsillo de la americana cuando trataba de asustar con bolas políticas al esbirrismo endémico de funcionarios y burócratas. Lucía clavel a la solapa —cosecha furtiva en los parques públicos o en los tiestos del vecindario—, puntas de pañuelo de seda al pecho, prendedor de piedra falsa en la corbata, cuando la honestidad de la doncella de turno presentábase irreductible. Llevaba a la mano un rollo de recibos y facturas de importantes instituciones de crédito cuando la finanza con el usurero o prestamista era demasiado turbia.

Paro lo que no halló casi nunca Romero y Flores un recurso fácil fue para la voracidad y la grosería de los dueños de casa al cobrar los alquileres. Se acholaba considerando que ellos conocían el secreto de su disfraz —armazón de muebles apolillados, de trapos viejos, de papeles inútiles—. Pero un día dio con doña Encarnación Gómez, mama Encarnita, como le llamaban amigos y vecinos. La propiedad de dicha señora exhibía hacia la calle un rostro de muros hidrópicos, de estrechas ventanas de reja, de amplios aleros de carrizo, de puerta exterior con postigo tachonado por aldabas y clavos herrumbrosos —mestizaje de choza, convento y cuartel—. La humedad al filtrarse hasta el zaguán había carcomido las paredes con manchas de sucia vejez. En los patios —primero, segundo, tercero, cuarto al barranco de letrina y almas en pena— el sol ardía por las mañanas evaporando los desagües semiabiertos, los chismes del cholerío, las disputas ingenuas de los muchachos y las ropas puestas a secar —aseo de pañales hediondos, de cobijas con pulgas, de cueros y colchones orinados—. Por la tarde, en cambio, la lluvia

—torrencial unas veces, en garúa otras— enlodaba los rincones, y al chorrear monótona desde las goteras se abría paso por los declives del callado mal humor, por las junturas de la pena sin palabras. En la intimidad de cada vivienda —chicas, grandes, entabladas, blancas de cal, pulidas de papel tapiz, noticiosas y remendadas de revistas y periódicos, con ladrillo o piso de tierra dura, con ventanas o sin ellas, con puerta de madera o cortina de cáñamo— se escondía y barajaba el anhelo, la vergüenza, el odio, la bondad y los fracasos de un vecindario que iba desde el indio guangudo * —cholo por el ambiente y las costumbres impuestas— hasta el señor de oficina —pequeño empleado público—, pasando por una tropa de gentes del servicio doméstico —cocineras, planchadoras y lavanderas de follones, con o sin zapatos, casadas o amancebadas—, por artesanos remendones, por guarichas —de soldado, de cabo, de sargento—, por hembras de tuna y flete, por obreros sin destino fijo, por familias de baja renta y crecidas pretensiones.

Mama Encarnita, bastante deteriorada como su inmueble, cubría sus manchas y desperfectos físicos con buena capa de afeite: fondo de blanco como de yeso, tizne de corcho quemado en las cejas, colorete de papel de seda en los labios y en las mejillas, polvo de arroz hecho en casa para aplacar el brillo de las pomadas. Teñíase el pelo en negro verdoso. Le gustaba hacerse copetes altos, fuera de moda. Como el baño era para ella un acontecimiento aniversario, combatía los malos olores echándose agua de Florida en los sobacos. Desde la muerte del marido, don José Gabriel Londoño —usurero de profesión, fundador y propietario de la casa de préstamos «La Bola de Oro»—, la vieja creyó que debía borrar la afrenta y el pecado de su herencia con misas, novenas y comuniones, por un lado, y pregonando rancio abolengo, por otro. Lo primero lo subsanó con buena parte de sus rentas —todo gasto era mezquino para ganar el cielo—, y lo segundo, evocando a cada momento la memoria de un antepasado español —tahúr, fanfarrón y aventurero—, del cual hablaba —signo en ella de aristocracia— frunciendo los labios, entornando los ojos y moviendo las manos en beatíficos giros.

Al oír el apellido y observar la cáscara de Romero y Flores, doña Encarnación creyó oportuno arrendar, sin preámbulos y sin recomendaciones, la pieza del zaguán al «chulla decente de buena estampa», como ella se dijo. Por desgracia, el atraso continuo de los alquileres, cambió la opinión de la vieja. Y una mañana tuvo que forzar la puerta del cuarto del flamante inquilino.

—¡No espero más! ¡Cuatro meses enteríticos sin pagarme un chocho * partido! ¿Dónde está, pes? En vano parece... —chilló mama Encarnita al entrar en la habitación. Sin esperar respuesta trepó al poyo y abrió la ventana.

—¿Qué... Qué...? —murmuró el mozo incorporándose entre las cobijas.

—No se haga el tonto.

—¿Usted?

—Sí. Yo. De aquí no me muevo hasta que me pague el último centavo. Ni que fuera qué para abusar tanto.

Con el mejor cinismo del mundo —consejo de Majestad y Pobreza frente a quienes se deslumbraban con apellidos y blasones—, Luis Alfonso ladeó un poco la cabeza preparándose a jugar su mejor carta.

—Usted es mi ángel tutelar, señora.

—Por lo mismo me ha de considerar, pes. ¿De qué piensa que vivo? ¡Algo tiene que darme!

—¿Algo?

—Sí. Algo —concluyó ella. Ambos buscaron con la mirada la prenda —mueble, joya, ropa— que pudiera dejarles en paz. Inútil. Todo había volado en urgencias parecidas.

«¡Ya sé! ¡Eso...! El retrato. El marco. El escudo...», pensó el chulla con sonrisa de triunfo. Por chismes del vecindario y por lo que él mismo pudo comprobar algunas veces, sabía que mama Encarnita codiciaba en forma morbosa —contagio del beaterío gamonal— pergaminos de cualquier género. Envolviéndose en su cobija otavaleña [59] a tiras blancas y rojas —jíbaro [60] con taparrabo— saltó de la cama. Hizo una pausa teatral. Y cual heroico personaje que trata de salvar con su vida el prestigio de una mujer, se puso en cruz ante el archivo de palos y cosas viejas que guardaba en una esquina.

—¡No! ¡Esto no le daré, señora!

—¿Qué es, pes, esto que dice? —interrogó intrigada doña Encarnación.

—¡No!

—¿Regatea lo que me debe?

—Es mi sangre.

—Sangre de chulla. ¿Para qué, pes ?

—El certificado de mi sangre azul.

—Veamos... —murmuró la vieja cayendo en la trampa que le tendía el joven.

—Es que no puedo.

—¡Algo tiene que darme!

—¡No, por Dios!

La actitud melodramática del inquilino frente al montón de basura exaltó la curiosidad y la codicia de la vieja:

—Veremos de lo que se trata. Veremos no más, pes.

—¡Imposible!

—¡Me da ya mismito lo que sea! —concluyó doña Encarnación en tono que no admitía reclamo.

—Está bien. Usted vale el sacrificio —dijo Romero y Flores cerrando los ojos y bajando los brazos. Retiró luego los palos, las tablas, los papeles.

—Claro.

—¡Mire qué maravilla! ¡Es un tesoro! ¡Un tesoro de la nobleza! —aseguró el chulla exhibiendo un óleo en marco de caprichosa talla que había extraído de aquel montículo de vejeces.

—¿De la nobleza? —repitió la dueña de casa a punto de gritar emocionada. Metió los ojos incrédulos en el retrato que tenía frente a ella. Un caballero vestido de prócer —bisabuelo de Majestad y Pobreza—.

---

[59] *otavaleño-a:* de Otavalo, ciudad de la Sierra ecuatoriana, situada en la Provincia de Imbabura, entre Quito y la frontera con Colombia (altitud: 2554 metros); los indios otavaleños son célebres en todo el continente americano, gracias sobre todo a los productos de sus telares.

[60] Los *jíbaros* son indios del Oriente ecuatoriano.

—¿Qué le parece?

—¿Y la sangre? ¿Dónde está la sangre? ¿Qué hago yo con un desconocido en mi casa?

—No es por él.

—¿Entonces?

—Aquí se encierra el certificado de nuestra aristocracia —anunció en tono de subasta el mozo agitando el marco del cual había desprendido al prócer.

—¿Dónde, pes?

Con limpieza [61] de prestidigitador Romero y Flores destapó el óvalo, especie de tapa entre ángeles y guirnaldas, que tenía en el centro del copete el marco.

—¡Lindo... Lindo...! —exclamó la vieja al distinguir en el fondo del misterioso estuche un pequeño escudo de sables cruzados, montañas en cordillera, morrión de plumas blancas —habilidad de nácar y marfil—.

—Lea lo que dice en la inscripción.

—Dice... A... E...

—Está en latín.

—Con razón, pes.

—Dice que sólo puede pertenecer a la aristocracia de la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito quien tiene en su poder este escudo.

—¡Me muero! ¿Así dice?

—Llegó hace muchos años de Europa. Está firmado por el Santo Padre y por el rey de España.

—¡Oh! —alcanzó a murmurar mama Encarnita apoderándose de aquel tesoro que llenaba ampliamente sus ambiciones de nobleza. Y sin despedirse salió del cuarto.

Cuando Romero y Flores se quedó solo, tendido sobre la cama, percibió en lo más íntimo de su ser un amargo remordimiento que contradecía el tono ladino de la comedia que acababa de representar. Era la voz de Majestad y Pobreza, larga y persistente como la de una pesadilla: «Cobarde... No sabes lo que has hecho... Has vendido tu nombre...» «Tu nombre... Tu nombre...», repitió mama Domitila en eco burlón de quien conoce y está en el secreto del orgullo deleznable del origen. Era lo que más le desesperaba. Saber que... ¡El! ¡Un Romero y Flores! Hubiera preferido morir. Por largo rato se quedó —clavado en la tragedia secreta del desequilibrio de sus sombras [62]— mirando el esqueleto de carrizo de las manchas de las goteras.

* * *

Después de arreglar las ropas y los muebles que logró sacar de la casa de la

---

[61] *limpieza:* «6. fig. Precisión, destreza, perfección con que se ejecutan ciertas cosas.» (*Diccionario de la Real...*, ed. cit., p. 806)

[62] *el desequilibrio de sus sombras:* lo esencial de la mayor parte de la narrativa icaciana consiste en narrar el paso de esta situación de desequilibrio interior de un cholo o chulla, a un estado de equilibrio en el que logre equiparar sus dos orígenes (el indígena y el europeo); véase por ejemplo el final de *Media vida deslumbrados*, donde el protagonista cholo, Serafín Oquendo, le habla a un gringo «en franqueza niveladora de su perpetuo desequilibrio.» (*Media vida deslumbrados.* Quito, Ed. Quito, 1942, p. 235).

madre —cortinas en la ventana, remiendos para el diván, poda de lágrimas de cera en los pilares del catre, platos y reverbero sobre un cajón, mesa central, baúl, alambre, focos—, Rosario interrogó a Luis Alfonso:

—¿Y la comida?

—La comida...

—Tengo dinero. Mamá... Si hubiera una fonda.

—Donde la chola Recalde. Nos puede mandar con el guambra Juan.

—¿Entonces? —murmuró ella con gesto de invitación a salir.

—Sí... Pero... —objetó él fingiendo duda ruborosa por aquello del dinero. A lo cual Rosario metió disimuladamente cuanto tenía en el bolsillo del mozo.[63]

Como de costumbre, al ganar la calle, el chulla subrayó su disfraz de gran señor mirando con desprecio en su torno, alisándose los cabellos sobre la oreja, estirándose en un tic de cuello y espalda.

A la vuelta de la primera esquina, hacia arriba del cerro, entró la pareja en un fonducho: fogón a la calle, marco de hollín a la puerta, montones de aguacates y cazuelas con ají[64] sobre el mostrador teñido de mugre, mesas y bancos rústicos por la penumbra de los rincones, altas telarañas, negras de humo las paredes, luz velada por manchas de sucio amarillo que dejaron las moscas, ruido de platos y eructos de mala digestión desde la trastienda.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirle, pes? —interrogó la dueña del establecimiento, una chola follonuda, gorda, lustrosa de sebo, empolvadas las trenzas de ceniza, dirigiéndose al chulla y mirando con recelo a Rosario.

Para evitar malas interpretaciones y sospechas envenenadas, Romero y Flores anunció de inmediato:

—Me casé ayer.

—¿Sí?

—Esta es mi esposa. Mi mujer.

—¿Como Taita Dios manda? ¿No fue detrás de la puerta? —embromó la chola con inaudito atrevimiento.

—¡Como Dios manda! —chilló el mozo poniéndose rojo de indignación.

La noticia del matrimonio del «chulla de porvenir» —porvenir para cierto cholerío en ascenso económico—, giró primero —alarde de ojos redondos, de mano

---

63 *Rosario metió disimuladamente cuanto tenía en el bolsillo del mozo:* he aquí una muestra de costumbres machistas: tanto en la intimidad como ante extraños, es el hombre, no la mujer, quien ha de llevar y manejar el dinero, lo que desemboca a veces en comedias o farsas (aun cuando se trate de una farsa amorosa, como en este ejemplo: Rosario mete «disimuladamente» dinero en el bolsillo de su amante). Cabe precisar que el machismo prácticamente nunca se pone en tela de juicio en las obras narrativas de la generación de los años 30: en su inmensa mayoría, se trata de escritores hombres, que se habían formado en un país en el que existían tradiciones de dominación muy fuertes por lo que a las relaciones entre los hombres y las mujeres se refiere, y que, por lo tanto, participan de este tipo de comportamiento.

64 *ají:* se trata del fruto de la planta llamada también *ají,* véase el *Diccionario general de Americanismos* de Fr. J. Santamaría, ed. cit., T. I, p. 69: «(Del haitiano, o de la lengua taina *axí. Capsicum annuum.*) m. En Sur América y Antillas; *chile* en Méjico y Centro América. Planta herbácea, de hortaliza, de la familia de las solanáceas; especie de pimiento de dos a tres pies de altura y fruto muy usado como condimento y estimulante del apetito. (...). —2. Fruto de esta planta, de ordinario rojo cuando maduro y picante en casi todas las especies; de diversas formas y tamaños, pero por lo común como el pimiento. *Guindilla,* en España, planta y fruto.»

en la pena, de afirmaciones libidinosas— entre la servidumbre del fonducho. Se desbordó luego por los mútiples canales de la calle, hinchándose en diálogo de rápida factura.

—Se ha casado el chulla.

—El chulla Romero y Flores.

—Nuestro chulla.

—No diga, vecina.

—Con una guambra con plata.

—¿Con plata?

—Ojalá me pague lo que me debe.

—Ojalá, pes.

—Ahora con plata se hará patrón.

—Patrón en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es lo que buscan los chullas.

—¿Y cómo saben pes que ella tiene plata?

—Ha pagado dos meses la comida donde la vecina Recalde.

—Tres dicen.

—Tres adelantados.

—Pero si van a comer donde la vecina no ha de ser mucha plata.

—No ha de ser como para patrón grande su mercé.

—Verán no más el chulla bruto.

—Verán que ha metido la pata.

—Desperdiciar el porvenir.

—El único porvenir.

También los inquilinos de la casa de mama Encarnita —de todos los patios—, algo afectados por no haber tenido la exclusiva del chisme, opinaron a su modo:

—Suerte de vecino.

—Hay que ver primero.

—Ver qué, pes.

—Cómo le sale el cuento.

—Hizo lo que hacen todos. Hasta los que no son chullas.

—De otra manera cómo para salvarse.

—Robar en el Gobierno, heredar o casarse por la plata.

—Ojalá mis guaguas también. Yo siempre les digo que no se metan con cholos. Que se metan con gente buena.

—Lo importante es que desaparezca el runa de nuestro destino, pes.

—Así mismo es.

Bajo la manta de las beatas llegó la noticia a la iglesia del barrio. Al postrarse frente a la rejilla del confesonario informó con pelos y señales al señor cura. Pasó luego por la sacristía y por el convento. En la torre mayor puso el ritmo de un nuevo pregón en el metal de las campanas:

—Se casó el chulla por la plataaa... Se casó el chulla por la plataaa...

En tales circunstancias, el encuentro de Luis Alfonso con mama Encarnita, a los tres días de aquello, en mitad de la calle, no fue muy grato.

—¿Es cierto lo que me dicen? —interrogó la vieja.

—¿Qué?

—Que se ha casado sin avisarme. ¡Pícaro! Cuente, pes. ¿Quién es la chiquilla? Supongo que no será pan para hoy y hambre para mañana. Platita dicen que tiene.

—Un poco...

—Yo sí dije. El no puede haber desperdiciado su única oportunidad así no más. El porvenir de los jóvenes de hoy día pes. Sólo así se llega a ser grande. ¿Y cómo se llama?

—¿Quién?

—Ella.

—¡Ah! Rosario.

—¿Rosario de qué, pes?

—Perdóneme, doña Encarnación. Estoy tan apurado. Tengo que arreglar el viaje de luna de miel.

—Aaah.

—Nos veremos, señora.

Por desgracia una noche —hora perdida en la llovizna que dejó la tempestad de la tarde, en la voz lejana de una vihuela, en el viento helado del páramo, en el croar de las ranas trasnochadoras—, al mes del falso matrimonio de Romero y Flores, el vecindario se enteró que ella...

—¡Ellaaa! ¿Dónde? ¿Dónde está, carajo? —chilló un borracho plantando su desesperación frondosa en mitad de la calle.

Desde el primer momento, en raro coro de partículas dispersas, saliendo precipitadamente del sueño unos, lentamente otros, los moradores del barrio, comentaron para sí:

«Un animal. Un hombre», «El mecánico de la esquina que se ha dado a la copa desde que le dejó la mujer», «El guarapero. Bebe como indio en la desocupación...» «¿Dónde venderán ese bueno, carajo?», «¿Cuánto... Cuánto habrá bebido para gritar así?», «El parece. No... No es voz conocida...?, «¿Quién será, pes?»

—¿Dónde? ¿Dónde está la desgraciada?

«No ha sido el mecánico de la esquina...», «No ha sido el guarapero...», «¿No será el bandido que me dejó con el crío? Ni para eso se acuerda...», «¿Desgraciada? ¿Será por mi hijita, la pobre», «¿Desgraciada? ¿Será por mi mujer?», «¿Desgraciada? ¿Será por mí?», «¿Desgraciada? ¿Por quién puede ser? Parece que busca como un ciego».

—¿Dónde? ¿Dónde gran putaaa?

—«¿Gran putaaa? No... No es por mí...», «Busca a alguna carishina...» «Pendejo. Las carishinas están más arriba. En el burdel de la ñata Zoila. Cinco sucres...», «Gran putaaa. Uuuy, eso es jodido».

—¡Aquí! ¡Aquí le vi entrar carajo! ¡Aquííí!

«¿Aquí? ¿Dónde, pes», «Golpea... Golpea en las paredes...», «Golpea durísimo con las manos, con la cabeza, con el cuerpo entero, con el corazón...», «No deja

dormir. El sueño...», «¿Dónde será que quiere hacer hueco? Hasta dar con lo profundo...», «Veamos un ratico...»

Arrastradas por la curiosidad, tras una rendija discreta, cual fantasmas en paños menores, algunas vecinas espiaron hacia la calle.

—¡Rosariooo! ¡A vos! ¡A vos te digo!

Despierto por el escándalo, al oír aquel nombre, Luis Alfonso se incorporó violentamente en la cama.

—¿Qué pasa? —interrogó

—Nada... Nada... —murmuró ella con temor de viejas experiencias. Temblaba sacudida por un calofrío como de fiebre palúdica.

—Soy tu marido... ¿Tu marido? Sííí. ¡Tu único marido, carajo! —se identificó el ebrio mientras en el coro de las sombras rodaba la sorpresa.

«Tiene dos maridos...», «Para dos gustos...», «De dos...», «Ave María, cómo ha sido la cosa», «La mujer del chulla ha sido de otro», «¿Y la plata? Uuu...», «¿Cuál será el legítimo? El que goza no ha de ser... El que grita, entonces», «Se jodió el porvenir de los pendejos. No todo lo que brilla es oro...», «Pobre guambra...», «Quién hubiera creído...»

Ante la indiferencia aparente de esa hora turbia, la altanería del borracho se desequilibró en un zigzag de ruegos por un lado, de maldiciones por otro, que puso al descubierto una llaga incurable en él.

—¡Rosario Santacruuuz! ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué, carajo? Te perdono. ¡Te juro que te perdono! ¡Gran putaaa! ¡Gran putitaaa!

«Le perdona y le insulta, pes», «Loco parece. Así mismo son los hombres cuando se les carga de cuernos», «Le ve durmiendo con otro», «Atatay la carishina», «Doncella con plata, jajajay...», «Como nosotros. Una pobre pecadora...», «¿Qué harán pes, el par de cojudos?»

—Yo le tapo la boca, carajo —exclamó Romero y Flores intentando levantarse, pero ella se aferró a él, suplicando:

—Espera. Nunca fue para mí nada. ¡Nada! Por eso grita. No seas tonto. Ya se irá. No es la primera vez.

—Déjame.

—¡Por Dios!

—El escándalo. ¡El escándalo!

Afuera entre tanto —brusca caída de la furia en falsete acaramelado— el ebrio continuaba sus sinuosas lamentaciones:

—Me da la gana de quererle, carajo. ¿Quién se opone? ¿Quién? Ahora que te duerme otro. Quiero morir. Morir viendo, constatando... El caballo, el perro, el toro... Yo soy el señor toro... Me duele el corazón pero me río... ¿Creen que no? Ji... Ji... Ji...

«Parece voz y súplica de diablo que se quema en la propia pena», «¿Le habrán

dado chamico *? ¿Agua de trampolín con piola? [65] Que se tome la contra, pes. Infusión de ashcomicuna * y hierba de olvido», «¡Jesús Bendito! Lo que se oye», «Quiere constatar. Como si se pudiera.»

Con violencia Luis Alfonso se libró de los brazos de Rosario. A tientas prendió la luz y buscó algo para cubrirse. El borracho gritó entonces:

—Ahora sí. Quiero ver a mi sustituto. Que salga... Que salga para beberle la sangre... Con él sí has de gozar, carajo. ¿Por qué no conmigo? ¡Yo sé! Mentira. No sé nada... Me dejaste como a un trapo viejo... Soy tu marido ante Dios y ante los hombres... ¡Corrompidaaa!

«No gozar con la bendición de Taita Dios es el colmo», «¿Qué le dio pes a la guambra? Pero yo también sólo con el Ricardo... El otro...», «Lo que hace taita diablo colorado ricurishca * como dicen los indios», «Tan buena para salir del chulla bandido... Ni muerta... Una sabe, pes...»

Tras de Romero y Fores, ella había saltado semidesnuda de la cama, suplicando:

—¡Espera! ¡No seas tonto!

—Déjame. Ya verás lo que le hago.

La venganza de Romero y Flores se inició con ágil y sarcástica burla. Armado del bacín trepó a la ventana, y, apuntando cuidadosamente, arrojó buena dosis de orinas sobre el borracho.

«Ya se jodió», «Le echaron agua sucia... Orinas parece por el olor.» «Orinas podridas... Huele a perro muerto», «¿Cómo quedaría el pobre?»

—Me empaparon, carajo. ¡Carajo! Pero aquí me he de estar hasta que salga el maricón... Estoy hediondo... Huelo a carishina... Me echaron un bacín íntegro. Un bacín con chucha [66] y todo... Tengo derecho de estar en la calle. ¿Quién me quita ese derecho? ¡Rosaritooo! Si pudiera decirte una cosa me... ¡Meee! Quiero verte... Verte un minuto. Así como debes estar ahora. Después háganme lo que les dé la gana... ¡Tírenme los bacines! ¡Mátenme, carajo!

—Le echaré a patadas —anunció Romero y Flores saliendo precipitadamente.

---

[65] *«¿Le habrán dado chamico *? ¿Agua de trampolín con piola? Que se tome la contra, pes. Infusión de ashcomicuna * y hierba de olvido»*: las comillas prueban que estas dos preguntas, y las dos reflexiones que siguen, se le ocurren a la misma persona (alguna chola, o algún cholo del vecindario); además, hay un paralelismo evidente entre, por una parte, el *chamico* y su mencionada contra (la infusión de *ashcomicuna*, presentada como un purgante contra el deseo amoroso que provoca el bebedizo), y, por otra parte, el *agua de trampolín con piola* y la *hierba de olvido* que ha de neutralizar sus efectos: lo que el hombre ebrio tiene que olvidar viene sugerido por intermedio de la expresión coloquial y humorística *trampolín con piola*, que parece aludir a un juego que solían practicar niños de Quito por ejemplo, y que consistía en obligar o incitar a un compañero a que saltase de un trampolín provisto de un cordel (o *piola*, véase la N. 31), en el que podía quedar atrapado el pie; *¿La habrán dado (...) agua de trampolín con piola?* significaría entonces: «¿Se habrán burlado de él?», «¿Le habrán engañado?», y, en el contexto de la escena de la novela, aludiría a los cuernos plantados en la cabeza del borracho por su mujer (Rosario) y Luis Alfonso; el añadido de la palabra *agua* puede explicarse metonímicamente: se trata de un borracho, a quien al parecer le han dado además un bebedizo; hay dos referencias a un líquido (vino o aguardiente, y filtro amoroso) de las que «mana» el vocablo «agua».

[66] *chucha*: «En Chile, Argentina y Bolivia, las partes naturales femeninas, la vulva de la hembra; *mono* o *chango*, en Méjico; *papaya* en Cuba; *cajeta* en otros puntos de Sur América; *tortuga. raja, chocho* en Tabasco, etc. Todos términos bajos —*(chocho es popular en España)*». (Fr. J. Santamaría, *Diccionario general...*, ed. cit. T. I, p. 541). Como puede verse, *chucha* se usa también en el Ecuador, con el mismo sentido que en Bolivia, Chile y Argentina... El texto icaciano nos propone una expresión humorística y ponderativa, que aquí evoca lo abundante del chorro de orina mediante otra metonimia.

A los pocos segundos, al sentir a sus espaldas abrirse con sigilo de emboscada la puerta de calle de la propiedad de mama Encarnita, el borracho se disparó hacia abajo, vociferando:

—¡No soy ningún pendejo! ¡No me agarran así no más! ¡A mí no me hacen cuadrilla! [67]

«Macho el chulla. Nuestro chulla», «No se dejó matar el borracho como pedía a gritos», «Hizo escándalo, pasó la vergüenza...», «Todo es pendejada ante el gusto del demonio...», «Pobre marido... Ellos también...», «Sin bendición, sin nada... Así dura más...»

Ante la huida del ebrio, la voz de Majestad y Pobreza surgió altanera en Romero y Flores: «Es un cholo cobarde. Y ella... Ella tiene la culpa... Sácale a patadas de tu lado, carajo... Ahora mismo...»

Al entrar el chulla de nuevo en el cuarto, furioso por no haber podido castigar al insolente, gritó a Rosario que esperaba temblando sentada sobre la cama:

—Esto no puede continuar así.

—Pero yo...

—Te vas donde tu madre.

—¿Que me vaya?

—Es necesario.

—Tú sabías...

—Pero la gente.

—¿Dejarte? ¿Abandonar lo que en pocas semanas he sentido como mío? Prefiero morir.

Ocultó Rosario el llanto entre las manos. Estampa de mama Domitila cuando el viejo Romero y Flores le insultaba reprochándole su origen indio. [68] Resbaló entonces el mozo por tercos prejuicios que enturbiaron trágicamente el brillo de sus pupilas:

—Nada nos une.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Debes volver a tu casa.

—No me iré.

—¡Te mando, carajo!

—¡Insúltame, pégame, mátame, pero no me iré! —insistió Rosario con testarudez infantil.

—Si insistes en quedarte, si crees poder vivir a mi lado, estás equivocada.

—¡No me iré!

---

[67] *cuadrilla*: hay que relacionar esta palabra con *cuadrillero*: «Ecdr. Persona que acostumbra juntarse con otros, para atacar a un individuo». (A. Mateus, *Riqueza de la Lengua*..., ed. cit., p. 78); según Fr. J. Santamaría, existe en Chile el vocablo *cuadrillazo*, con el mismo significado que tiene *cuadrilla* en este texto: «acometida de varias personas contra una o contra varias; ataque o embestida de una cuadrilla.» (*Diccionario general*..., ed. cit., T. I, p. 416).

[68] *Estampa de mama Domitila cuando el viejo Romero y Flores le insultaba reprochándole su origen indio*: en *Cholos*, el latifundista don Braulio Peñafiel le reprocha a su mujer mulata su origen africano; en *Media vida deslumbrados*, el cholo Serafín Oquendo desprecia a Matilde, su compañera, chola también, a causa de su ascendencia parcialmente indígena: son otros tantos exponentes de los trastornos que puede provocar una mentalidad etnocrática al nivel de las relaciones humanas más íntimas.

—¡Seré yo el que huya! ¡Yo, carajo! —chilló Romero y Flores agarrando precipitadamente el sombrero. Cuando la muchacha quiso detenerle había desaparecido dando un portazo.

En el rumor imperceptible que se filtraba desde el mundo de los sueños el chulla olfateó la hora. «Deben ser las tres. ¡Las tres! ¿A dónde ir, carajo? A la cantina del tuerto Sánchez. Amigos. Trasnochadores. El caldo de patas», se dijo. En realidad se sentía abrumado. ¿Por la fuga? No. Era por algo que no acertaba a señalar en él o fuera de él. Quizás llevaba en sí la resonancia de un dolor colectivo, remoto —angustia como para beberse media botella de aguardiente—. Era peor cuando sus sombras se retorcían en silencio: sin voces, sin maldiciones, sin quejas.

En la trastienda de la cantina del tuerto Sánchez —sala quirúrgica donde se cicatrizaba con ají, cerveza, caldo chirle, chistes libidinosos, la euforia de la embriaguez amanecida, el chuchaqui de negra depresión—, todo el desequilibrio íntimo del mozo se diluyó frente a una mesa rodeada por políticos arribistas e intelectuales de renombre provinciano.

—¡Romerito! ¡Este es Romero y Flores! ¡El famoso chulla! Ji... Ji... Ji... ¿Qué se ha hecho, pes, cholito? —interrogó un ebrio —cara redonda, párpados adiposos, vientre abultado— desde una mesa cargada de promesas —cigarrillos, licores extranjeros, mujeres.

—Ni la barba, don Aurelio.

—Venga. Cuéntenos alguna mentira sabrosa.

—¿Mentira?

—Venga... Venga... —solicitaron en coro las gentes que acompañaban al hombre de la cara redonda, de los párpados adiposos, del vientre abultado —dos latifundistas cortados en el mismo molde, dos mujeres de alquiler y una alcahueta de manta.

Más tarde, cuando el chulla —en trance de despecho y de abandono— pudo mirar por una rendija de su inconsciencia alcohólica, se dio cuenta que estaba en una habitación olor a sudadero de mula, que la luz de una lámpara de kerosén alargaba las sombras, que los honorables latifundistas, las prostitutas, la alcahueta y él mismo estaban desnudos, que los senos de las mujeres eran chirles y las caderas inexpresivas, que todos ardían en un juego de risas, manotazos, persecuciones, que el impudor se tendía en orgasmo animal por el suelo y los rincones.

Y a la noche siguiente, después de pasar casi todo el día durmiendo entre hembras cansadas y envilecidas —estropajos para fregar pisos— y latifundistas sonoros y hediondos —opulencia de sangre de indio y sol de campo—, con angustia de impertinente náusea —extraña en él—, sintió como si hubiera perdido algo noble en cada minuto, algo que le era difícil recuperar por falta de coraje y sabiduría. En un instante —luz de amargura trágica en su desequilibrio íntimo— se vio ridículo, cobarde, vacío, al abandonar a Rosario. ¿Por qué? «Tu porvenir. Eres un Romero y Flores... La vida a veces...» disculpó Majestad y Pobreza. «A la

mierda el porvenir... Ji... Ji... Ji...», chilló mama Domitila ahogándose en una especie de gruñido de cuy [69] al olor de la hierba.

—Basta, carajo —concluyó él procurando taponar su desconcierto. Y sin escrúpulos, en busca de una cerveza o una nueva borrachera que liquide el negro chuchaqui que le oprimía, entró en el billar del trompudo [70] Cañas —recinto cargado de truenos de carambola, de murmullo de feria, de humo y colillas de cigarrillos, cuyo olor, junto con el del urinario y el del aguardiente barato, se imponía a los demás olores. Felizmente dio con varios de sus compinches —el chulla poeta, el chulla matón, el chulla político, el chulla estudiante, el chulla burócrata—, que se emborrachaban a costa de la gloria del ascenso de un militar de bigotes a lo kaiser Guillermo II, de un militar que pedía el coñac por botellas y la cerveza por docenas. Desde el primer momento el intruso notó que el chulla poeta —ojos mogólicos, tez bronceada, cabellera hirsuta, actitudes lánguidas de gran señor— vestía un pijama a rayas blancas y rojas.

—¿Disfraz sin Inocentes? —interrogó pensando hacer un chiste.

—Es un nuevo sistema para ahuyentar a los acreedores —informó el aludido.

—¿Cómo es eso?

—Basta con decirles: Dejé el terno en la casa... Y la cartera...

—En la casa de préstamos —embromó alguien.

Entre risas, chistes y medias palabras, Luis Alfonso se enteró de la verdad. La concubina del chulla poeta —una prostituta de pésimos antecedentes— le había despojado de la ropa. Y al llegar el vate a la casa de sus mayores disfrazado de pijama, la indignación de la honorable familia —padre funcionario público, madre católica, hermanos arribistas, hermanas casaderas— puso al hijo corrompido y desnudo de patitas en la calle.

—Hace tres días que...

—Duerme en el cuarto del Largo Chilintomo.

«Donde duerme uno, duermen dos», se dijo Romero y Flores olfateando una perspectiva de refugio para sus noches próximas. A medida que se emborrachaba comprendió que el afecto a sus amigos —todos al hablar ocultan un porvenir de holgura personal e indiferencia para los demás— degeneraba en asco. Había perdido ese fervor de cómplice, esa solidaridad de juerga aventurera. Rosario...

---

[69] *cuy*: «Especie de conejo casero (conejillo de Indias), muy común en las serranías del Ecuador, y del que gustan en especial los indios y gente del campo. No hay choza donde no lo haya, ni festín de esos infelices en que el *cuy* no sea el primer plato». (Juan León Mera, citado por P. de Carvalho-Neto, *Diccionario del Folklore*..., ed. cit., p. 154).

El origen de esta palabra es bastante controvertido: existe en quichua del Ecuador, pero puede tratarse de una forma onomatopéyica.

Según los esposos Costales, en ciertas zonas de la Sierra ecuatoriana, los campesinos «cuidan que los niños no ingieran las extremidades sobre todo si están en la escuela, por el temor de que se les recojan los dedos. Los hombres evitan comer la cabeza del (conejillo de Indias), por la creencia de que encanecerán pronto, y las mujeres se cuidan de no comer con mucha frecuencia esta carne, porque a decir de ellas, las vuelve muy fecundas, y no pocas veces a esto atribuyen los partos dobles». (en: P. de Carvalho-Neto, *Diccionario del Folklore*..., ed. cit., p. 154).

Se utilizan a menudo *cuyes*, en ciertas zonas rurales, para el diagnóstico y la cura de enfermedades, por ejemplo.

[70] *trompudo*: adjetivo, con el sentido de «jetudo, hocicudo, que tiene los labios muy salientes» (*Americanismos*..., ed. cit., p. 593).

Rosario la única con quien... ¡Ella! ¿Por qué? Sin embargo, prendido a sus cobardes ambiciones, a sus ingenuos recursos de opereta, al desequilibrio de sus sombras tutelares, calló. Tierna su desilusión era mejor aceptar la inmundicia de los otros y envolverse en la propia.

A las cuatro de la mañana, después de que todos habían «ahogado en el licor la pena» —como si pudieran liberarse de ella—, después de que la mayoría huyó en fuga zigzagueante y unos pocos se aplastaron en dejadez de plomo derretido sobre la mesa, Romero y Flores se guardó una media botella de coñac —sobra del festín—, y con dulzura y engaños de nodriza, arrastró a la calle al mozo del pijama.

—A dormir, carajo. A dormir pronto.

—No... ¡No quiere abrirme nadie!

—El Chilintomo.

—¡Tampocooo!

—Veremos si conmigo.

—Ni mi familia... Ni mi madre... Ni mis amigos... ¡Nadie!

—Vamos, carajo.

Después de mucho vagar entraron Romero y Flores y el chulla poeta en una casa vieja, olor a chicha agria, a residuos de café. Al golpear en la primera puerta de un cuarto al zaguán, una voz interrogó desde el interior:

—¿Quién es?

—Nosotros, cholito. Queremos brindarte un trago.

—No deseo nada, carajo. ¡Nada!

—Unito no más... La puerta...

—¡Nooo!

—Está bien. Conste que hemos pedido de a buenas —intervino Romero y Flores invitando en secreto al chulla poeta a una falsa retirada. Una vez en la calle buscó al policía de servicio, y, en tono de gran señor, le dijo:

—Han sido atropellados nuestros derechos. Aquí, mi amigo, se levantó de la cama, como usted puede constatar por la ropa que lleva. Se levantó a comprar esta media botella de coñac. Dejó el cuarto sin llave. Y al volver, un intruso, un tal Chilintomo, conocido de última hora, se encierra por dentro y no quiere abrirnos la puerta. El señor, como usted ve, está en pijama. Puede pescar una pulmonía o algo por el estilo.

—Sí. Se ve clarito.

—Tómese una copa, mi querido amigo. Dispense que le molestemos tanto. Usted comprenderá...

—Gracias. Cuando Dios quiere dar.

—Así. A pico. Como en el páramo.

—He sido despojado —afirmó el chulla poeta imitando torpemente la actitud y el tono doctorales de Luis Alfonso.

—¿Y ahora qué haremos, pes, con este lío? —consultó el carabinero a Romero y Flores devolviéndole la botella.

—Obligarle al canalla a que abra la puerta. Nada más.

—Mi puerta. Mi cuarto.

—Haremos lo posible, chullitas.

Los golpes de la autoridad y las voces de los mozos despertaron al vecindario. Alumbrándose con vela de sebo, en camisa de dormir y chal de lana a los hombros, surgió por un corredor la dueña de casa. Era una vieja muy parecida a doña Encarnación Gómez. Al ser interrogada por el policía informó en tono de queja alharaquienta y verdulera:

—Ave María, mi señor. ¿Cuál también será el inquilino, pes? Arrendé a uno pero no me acuerdo la cara. Entran y salen los chullas como si fuera hotel. A este de pijama le he visto. A otros también les he visto... Pero lo peor es que tres meses enteriticos me deben del arriendo.

Al final, el policía obligó a abrir la puerta entre amenazas y empujones. Luego citó a los tres hombres ante el señor intendente para que arreglen en la mejor forma el reclamo de la dueña de casa.

—Los tres mismos deben ir. Los tres —chilló al retirarse.

El parecido de la vieja en camisa de dormir y chal de lana a los hombros con mama Encarnita despertó en Romero y Flores una especie de raro remordimiento que no le dejó dormir. Tendido junto al chulla poeta miró en su torno. Oscuridad, silencio... Agarró la botella que al acostarse dejó en el suelo. La besó con avidez tratando de ahuyentar las ganas de huir. De huir de sí mismo. De ellas —madre y amante—, que eran lo impuro, lo bastardo en el concepto presumido y aristocrático de la sombra de Majestad y Pobreza. Como un ladrón ganó la calle a los pocos minutos.

* * *

Rosario creyó que vivía un sueño o una broma cuando Luis Alfonso desapareció entre las sombras. «Le esperaré. Le esperaré hasta morir», se dijo con extraordinaria energía. Al volver al cuarto se tendió de bruces sobre el lecho. Uno, dos, cinco, diez minutos. De pronto tuvo la certeza de oir algo. ¿El? Corrió a la ventana. No... No había nadie... Muy tarde llegó para ella el sueño. Golpes y gritos a la puerta le despertaron a la mañana siguiente.

—¿Quién es? —interrogó. El sol se filtraba por todas partes.

—La dueña de casa. ¿No me conoce? Necesito hablar con el señor Romero y Flores.

—No está.

—Abrame, entonces.

—Un momentico.

Al entrar doña Encarnación y plantarse como un orador de barricada en mitad de la pieza, habló alto, muy alto para que oiga y acepte todo el mundo su disculpa:

—¡Jesús! ¡Dios mío! Yo no hubiera permitido nunca que ustedes permanezcan aquí al saber lo que he sabido. Quiero hablar con el arrendatario. ¿Dónde está? Que no se esconda. Mi casa es casa honorable.

—Señora...

—Que salga buenamente su... Su hombre... A usted y a él les voy a poner de patitas en la calle por inmorales, por mentirosos, por corrompidos. ¿Qué se ha

figurado? Vivir gratis y con el demonio a cuestas. Nadie ha sido tan audaz. En mis barbas, pes. ¡Chulla bandido! ¿Dónde está?

—No está aquí, señora —murmuró en voz baja Rosario temblando de miedo. De miedo que imprimía a sus facciones aspecto de trágica idiotez.

Tanto insistió la vieja en ver al inquilino, que la tímida y dolorosa actitud de la joven se transformó en explosión sin control, en alocado afán por hurgar los posibles refugios de su amante. Como si ella fuera la más interesada levantó la cortina que cubría y encubría el rincón de ropa sucia, removió los papeles del poyo de la ventana, abrió el baúl.

—¡No está señora! ¡No está! He buscado en todas partes. Usted ha visto. ¿Qué quiere más? ¿Quéee? —concluyó la muchacha.

—¡Jesús, María y José! —murmuró la dueña de casa creyendo observar el demonio vivito en los ojos de la inquilina.

—¡No está en ninguna parte!

—Ya veo. Ya... —dijo mama Encarnita y huyó con el rabo entre las piernas.

Rosario dio un portazo pensando con rubor en las murmuraciones envenenadas de los vecinos. Pero en realidad, la escucha se había desbordado llena de odio hacia la dueña de casa:

«Salió corriendo la vieja... Yo le vi...», «Como el diablo salió del cuarto del chulla», «Mama del diablo parecía», «Por fin hubo quien le pare el macho», [71] «Casa honorable con guarichas, con carishinas, ¡jajajay!», «Bien hechito... Para que aprenda a no entrar a los cuartos sin pedir permiso», «Para que aprenda a no maldecir a los pobres en nombre de la Ley y de Taita Dios», «Para que aprenda a no poner los palos sucios en medio de la calle cuando le aconseja la avaricia», «¿Qué pecado cometería la pobre vecina para caer en manos de la vieja? ¿Pecado de amor, será? ¿Pecado de tontera, será? Así mismo somos las mujeres cuando nos agarra la tentación», «Chulla él, chulla ella. Nuestros pobres chullas», «Debemos ayudarles contra la vieja».

A la noche, cuando todos los ruidos se apagaron en la casa, Rosario se acostó pensando dormir, pero el vigilante que había nacido en ella atisbaba sin tregua. De pronto quiso gritar, desfogarse. Abrió la boca y se quedó prendida en el ladrido de los perros, en el monótono croar de las ranas del barranco próximo, en la inquietud galopante de sus venas. A cada segundo brotaba la sospecha. ¡El! Pero al constatar el fracaso se repetía con obsesión infantil: «Le esperaré... Le esperaré hasta morir...» En un momento perdido del amanecer sintió pasos. Los que esperaba. Podría distinguirlos entre mil. «Luis Alfonso... Vuelve...», se dijo con angustia de felicidad indescriptible.

Al reconocer lo familiar y sórdido de su barrio, Luis Alfonso —trenzado en la corriente de un río de fuerzas misteriosas— sintió la necesidad de expresarse como lo había hecho el marido de Rosario. Se arrimó a una pared. Alzó los brazos como

---

[71] *pararle a uno el macho*: «expr. fig. En Colombia y Puerto Rico, pararle el carro, reprimirle, marcarle el hasta aquí». (Fr. J. Santamaria *Diccionario general...* ed. cit. T. II, p. 210). La palabra *macho* parece tener, en esta expresión (que se usa también en el Ecuador, y no sólo en Puerto Rico y Colombia), el significado clásico, en español peninsular, de «mulo, híbrido de asno y yegua o de caballo y burra» (Real Academia Española, *Diccionario de...*, ed. cit., sentido nº 2).

un náufrago. Movió los labios con apuro nervioso pero sin voz: «¿Dónde estás? Te perdono. Me da la gana, carajo. ¿Quién se opone? ¿Quién? Me duele el corazón pero me río. ¡Corrompidaaa! ¡Gran putaaa! Quiero verte. Saborear tu cuerpo. Juntos hasta morir. Una vez más... Unaaa. Unitaaa...»

Los reproches y las quejas que había preparado la mujer fueron atropellados sobre el lecho. Al final, él murmuró incorporándose como para huir de nuevo:

—Carajo... No...

—¿Qué? ¿Necesitas algo?

—Nada.

—Espera. Te desvestiré.

—No.

—Los zapatos... La ropa...

—¡No quiero! Sólo deseo morir.

—¿Morir?

—Beber hasta que se arranque el hilo de esta miserable vida.

—No hables así. Somos...

—¿Qué somos, carajo?

—Bueno... Un poco felices...

—¿Felices? Ji... Ji... Ji... ¡Somos unos desgraciados!

—Si me quisieras todo sería distinto.

Algo noble y definitivo debió hallar el borracho en la voz de Rosario que le obligó a responder:

—Yo soy el desgraciado... ¡Yo solitico!

Con ternura y paciencia maternales ella logró apaciguar al hombre. Cuando le tuvo preso —la cabeza sobre sus senos desnudos, las manos pesadas sobre su vientre, los cabellos desordenados bajo su mentón—, murmuró:

—Estoy embarazada. ¿Me oyes? Tendremos un hijo. Chiquito... Nuestro...

«Un hijo... Un hijo, carajo», repitió mentalmente Luis Alfonso y se vio que batallaba como una fiera caída en trampa, y se oyó que gritaba con gran indignación frente a Rosario —tímida y llorosa figura de mama Domitila con las manos en la cara—: «¡Jamás! ¡Nooo! ¡Tienes que arrojarlo! ¡Tienes que abortar! ¡Abortaaar! Mi porvenir... soy un Romero y Flores... ¡Pronto! ¡Prontooo!». Mas, en realidad, la borrachera, la sorpresa —dulce y agria a la vez—, la modorra que defiende y ampara —olía tan bien la piel de ella..., la piel de la madre..., la tibia carne del hijo...—, mantuvieron al mozo en beatífica inmovilidad de niño dormido.

IV

Al despertar Luis Alfonso —cerca de mediodía—, en uso y abuso de la amargura de su chuchaqui y de la sinuosa vigilancia de Rosario, destapó el proyecto criminal atorado en el sótano del alma desde que supo del embarazo de la mujer.

—¡No! ¡Eso jamás! ¿Acaso no tengo derecho? ¿Acaso nosotros? —gritó ella con furia extraña, desafiante.

—No es por nosotros... Es por esa criatura. Por esa pobre criatura. No puede venir como un...

—¿Qué?

—Un hijo del adulterio.

—¡Calla!

—Sin apellido.

—El tuyo... El mío...

—¿Y tu marido? ¿Y las gentes?

—Vendrá. Vendrá... —insistió Rosario agarrándose con desesperación el vientre. Y sin hallar razones para defender el impulso de su instinto que él, ella y todos lo tomaban como un gran pecado, como una tremenda vergüenza, escondió el rostro entre las cobijas.

Molesto y conmovido a la vez por el llanto y por la actitud de la mujer, el chulla se dijo: «Yo también nací gracias al coraje de mi madre. A la tímida pero testaruda presencia india frente al orgullo tragicómico de Majestad y Pobreza. Yo existo porque ellos...» Y con acento de amorosa intriga, la sombra de mama Domitila concluyó: «Sin compasión de shungo, * taita blanco quiso sepultarte donde los huérfanos». Aquella confirmación de la realidad ancestral —especie de calor humano que de tarde en tarde surgía ante el silencio del fantasma del padre— transformó la furia del mozo en ancha y ardiente ternura. Lleno de responsabilidad se acercó a ella, y besándole en los labios, en las mejillas, en los ojos —deseo que nunca pudo realizar con su madre—, le obligó a sonreir.

—Bueno, carajo. Si te empeñas tanto, vendrá...

Rosario se puso quejosa y reconstruyó la escena que tuvo con mama Encarnita.

—A la vieja se le apacigua con billetes. Unos cien sucres —comentó Romero y Flores.

—¿Crees?

—Claro. Conozco...

—Mi anillo y mi abrigo —ofreció Rosario.

—¡Oh! No. Eso... Eso más... —dijo él fingiendo elegante desinterés. Pero como la joven, por experiencia de otras entregas —todo lo de algún valor que trajo de casa de la madre—, sabía que al final él reclamaba sin pudor, insistió:

—El anillo es de oro, el abrigo tiene cuello de piel.

—Bien... Ya veremos...

A la noche de ese mismo día, luego de conseguir el dinero vendiendo a precio de remate lo que le dio Rosario, y después de rumiar una serie de proyectos de inusitada seriedad —¿rebuscas de ingenio y de aventuras al por mayor?, poquísimo para sus próximas necesidades de padre de familia; ¿trabajo manual de indio o cholo?, imposible; ¿empleo público?, tal vez—, Luis Alfonso se informó —en una tropa de chullas que mataba las horas pescando desde la esquina más concurrida de la plaza del Teatro Sucre la oportunidad de seguir a una mujer fácil o de enredarse en una borrachera imprevista y sin costo alguno— de la vacante de un empleo en un Ministerio.

—¿Te interesa? —interrogó el informante.

—Para un pariente que me ha recomendado le busque algo —advirtió Romero y Flores con indiferencia.

—Tu amigo, don Guachicola, es del jurado.

—¿Del jurado?

—Habrá un concurso, según dice la prensa.

—¡Ah!

«Don Guachicola... He bebido con él. Le he firmado por diez o veinte sucres recibos falsos. Timbres para la reventa. Conozco. Tiene que darme. Un empleo para mí. ¡Para míiii!», se dijo el mozo con la certidumbre de haber hallado solución a su problema. «Qué problema ni qué pendejada. Todo por un... Por un hijo adulterino... Por un hijo de puta...», protestó Majestad y Pobreza con indignación que ocultaba el temor de esclavizarse tras de un escritorio. «Guagüitico de Taita Dios. Guagüitico inocente. Acaso nosotros también... Los taitas de nuestros antepasados...», surgió en contrapunto la voz de mama Domitila trenzándose en una lucha íntima, viscosa, trágica, de culpa y penitencia al mismo tiempo, con el estirado orgullo de la sombra tutelar del viejo Romero y Flores —reforzada en la realidad por un coro infinito de frailes, beatas, latifundistas y aspirantes a caballeros—. Pero Luis Alfonso, por algo que no hubiera acertado a precisar de dónde le llegaba en ese momento, frenó la angustia que le producía la disputa de sus fantasmas y opinó por su propia cuenta: «Iré, carajo... Bueno... Por una corta temporada... Dos meses... Cinco... Nueve... Para el médico... Después... Que se jodan... ¡Oh!».

A la mañana siguiente —ceño, prosa y actitud de gran señor— Romero y Flores buscó a mama Encarnita en su departamento. Como era lógico, la vieja recibió al inquilino en su salón. Las flores de papel, los abanicos de alambre emplumados con tarjetas de felicitación onomástica, los adornos de yeso y porcelana, los divanes de postiza adustez, las repisas de madera tallada, las oleografías con mujeres antiguas — mitones, amplio sombrero de plumas de sauce llorón, orlas de encajes fruncidos, cintura de avispa, sombrilla—, el retrato del difunto usurero —cholo vestido de señor, bigotes alicaídos, frente estrecha, ojos diminutos, labios gruesos—

en el marco blasonado del bisabuelo de Majestad y Pobreza, inyectaban a la dueña de casa el valor necesario para cualquier desahucio.

—Está bien, señora. Pero le advierto que antes de irme de su casa honorable...

—¡Honorable!

—Me llevaré el escudo de mi familia.

—¿Qué escudo, pes?

—El que adorna a ese hombre —denunció el mozo apuntando con el índice el retrato del usurero.

—¿Cómo?

—Como me oye.

—¿Y lo que me debe será, pes, cutules *? —interrogó la vieja sintiendo que flaqueaba su poder.

—Le pagaré hasta el último centavo.

—¿Hasta el último?

—Sí —concluyó Luis Alfonso exhibiendo unos billetes que pasó por las narices de mama Encarnita.

El temor de perder el certificado de nobleza por un lado y la codicia por otro liquidaron a la dueña de casa. Romero y Flores dio lo que buenamente quiso y obtuvo plazo indefinido para desocupar la pieza. Los inquilinos que se hallaban atentos —emboscada de vecindario pobre—, comentaron al ver que el chulla salía de la conferencia más sereno y seguro de lo que entró:

—«¿Qué le diría?», «¿Qué le propondría?», «Le amansó suavito», «A él no le pudo atropellar. Cerró el pico. Bajó el copete», «El chulla conoce la letra colorada», «Parece mentira. A uno si...», «Algo le hizo. Algo le dio...», «El no se achola por pendejadas como nosotros. Se juega entero...», «Nuestro chulla. ¡Nuestro chullita!»

Al llegar a un barrio prendido en la falda del cerro tutelar de la ciudad, Luis Alfonso pensó en el refugio de la chola Petra donde solía emborracharse el viejo que buscaba. A esas horas, a lo largo de las calles, a la sombra de los recodos, el viento era un muchacho sucio olor a orinas, a chicha agria, a frutas podridas. Sin pedir permiso, el mozo penetró hasta la segunda trastienda de una especie de mondonguería. * A la luz de un candil que a ratos servía de reverbero, don Guachicola —figura hidrópica y un poco deforme de estampa para moralizar a los impenitentes del vicio del alcohol— compartía sobre una mesa mugrienta un raro brebaje con su compinche Jorge Farfán Rojas, alias el Mono Araña. Los dos hombres miraron al intruso con asombro que se disolvió rápidamente en sonrisas e invitaciones a sentarse.

—¡Chullita! ¿De dónde sale? Tengo una cosa buena para usted. Un negocito...

«Que no me venga con el cuento de siempre: las firmitas, la letra parecida... Yo quiero el empleo...», se dijo Romero y Flores.

—Ñaño * lindo. Venga, tómese un resucita muertos —invitó el Mono Araña agitando los brazos como tentáculos.

—¿Me decía...? —interrogó el joven dirigiéndose a don Guachicola.

—Después... Es importante pero no es urgente. Luego hablaremos... —afirmó el aludido dando a entender que el caso era confidencial.

—¡Ah!

—¿Una tacita?

—Gracias.

—¡Petraaa!

—¿Qué le duele, pes? —respondió una voz soñolienta desde la pieza contigua.

—Otra taza, mamitica.

—Voooy.

—¡Pronto!

—Voy digo, pes.

Cuando la chola —ancas pomposas, alelado mirar, cabellera empolvada de ceniza, carne amasada con tierra de monte y suavidad de tembladeras; [72] olía a sudadero de mula, a locro, * a jergón de indio; despertaba sórdidos antojos:, morderle los senos de oscuro pezón, los pómulos pronunciados, los labios gruesos, bañarle en sangre, herirle y hundirse como un cerdo en su hedionda morbidez— colocó una cuchara y una taza frente al chulla, el Mono Araña, baboso de lujuria, le aprovechó acariciándole los muslos bajo los follones. Ella no hizo caso. ¿Para qué? Se sentía tan cansada, tan ajena a su cuerpo. Hubiera preferido que se cierren sus párpados, que se doblen sus piernas. Pero la costumbre de servir, de obedecer a los clientes...

—Bueno. ¡Ya, mamitica! ¡Yaaa! —chilló don Guachicola que conocía la modorra incurable y mecánica de la chola a esas horas. Por toda respuesta, la mujer miró a los hombres como miran los muertos —sin expresión, sin brillo, desde un pozo vacío—, y, en silencio, ebria de sueño y de fatiga, volvió a su cama, tras una cortina de cabuya en un rincón. Tenía que levantarse a las seis para llenar a medias su labor cuotidiana: ir al mercado —diez cuadras abajo con canasta vacía y guagua a la espalda, diez cuadras arriba con canasta llena—; moler morocho [73] para las empanadas del domingo en la piedra grande, ají en la chiquita; lavar la ropa de los críos en el patio —cinco en siete años—; dar el seno al menor —siempre había uno que lactaba—; atender a la clientela —el aguardiente, la chicha, * la cerveza, los picantes—; soplar el fogón a la puerta de la tienda; y mil cosas más de su negocio y de sus rapaces. Pero desde el primer parto —único recuerdo de amor con el soldado que le abandonó por una carishina de la costa—, algo quedaba sin concluir en su refugio, algo quedaba en proyecto —la limpieza del estante, de la pequeña vitrina del pan; el raspado del hollín de las paredes, de la mugre de los cajones y de las mesas; los remiendos y los zurcidos en la ropa de la familia; la batalla a las telas de araña, a las ratas, a la basura—, acumulando a su alrededor suciedad y abandono de mondonguería de última clase, por un lado, y raquitismo e ignorancia de guambras miserables, por otro. Su tragedia era, en realidad, sentir que a la noche le faltaban las fuerzas, le pesaba la cabeza, le molestaba como bisagra enmohecida el dolor a la cintura, se le cerraban los ojos, obligándole a tenderse en su jergón, atenta a las exigencias y órdenes —a veces las

---

[72] *tembladera*: esta forma femenina se considera americanismo; el *tembladero* es, en español peninsular, un «terreno aguanoso que se mueve al pisarlo»; es sinónimo de *tremedal* (Real Academia Española, *Diccionario de...*, ed. cit., p. 1251).

[73] *morocho* (por *maíz morocho*): «En Sur América, una variedad del maíz común; de grano duro, de color morado». Fr. J. Santamaría, *Diccionario general...*, T. II, p. 300).

cumplía con milagroso sonambulismo, a veces no— de sus clientes nocturnos —viejos dipsómanos de la pequeña burocracia—, los cuales se congregaban allí por lo apartado, discreto y económico del lugar. Abonaban la cuenta por quincenas, saboreaban la dosis de alcohol a sus anchas, y al amanecer, el más resistente o el más audaz se acercaba con soberbia de «patrón grande, su mercé» hasta la cama hedionda, apartaba a los pequeños, y, sin escrúpulos de ninguna clase, en forma normal o viciosa, saciaba su lujuria sobre la chola dormida. Ella, atada a la inmovilidad de su cansancio, sentía el atropello. Un solo esfuerzo hubiera sido suficiente para librarse del intruso. ¡Nooo! Las gentes honorables y vigorosas no pueden comprender cómo se absorbe y degenera el pantano de una fatiga atesorada en años —es tan inevitable como el temor del vencido, como la indiferencia maquinal de la prostituta.

Habituado al brebaje de los viejos, Romero y Flores llenó su taza con aguardiente, quemó un poco de azúcar en la llama del candil, escuchó en silencio. Aquellos hombres que hablaban mal de media humanidad, al parecer no tenían nada en común. El Mono Araña, ex guerrillero alfarista, deshuesada expresión de voces y actitudes, fácil excitabilidad tropical, líneas y facciones asimétricas —frente en acordeón de arrugas, nariz ganchuda, orejas en pantalla de murciélago, comisura izquierda de la boca rasgada por la presencia constante de un «progreso de envolver» mal encendido, ojos en notorio desnivel—, parecía un santo de palo, un ratón tierno. Don Guachicola, ex alumno del Seminario, desconfianza de páramo, movimientos felinos y conventuales, opulencia de carnes —párpados hinchados de rojos ribetes, violáceo color de altura en la nariz y en los pómulos, labios gruesos—, recordaba a todo lo viscoso, estrecho y en apuros de asfixia. No obstante de aquello y a pesar de las malditas apariencias, en los dos borrachos alentaba el mismo afán venenoso, la misma venganza ciega. Hablaban a gritos sobre jefes y mandones que se dividían a su capricho las riquezas del país.

Luis Alfonso se mantuvo parco —un cuarto de dosis a pequeños sorbos—. Tenía que controlar su plan. Los viejos, en cambio, después de beberse la tercera taza de aguardiente ladraban de indignación. Don Guachicola había destapado su habitual mansedumbre para exhibir el secreto de las estafas más hábiles, de los crímenes más repugnantes, de las mentiras más solapadas de los patriotas a quienes sirvió toda la vida. Después de cada denuncia afirmaba:

—Familias enteras. Doy nombres, carajo. De acuerdo al apellido se reparten el feudo nacional: la diplomacia, los bancos, los ministerios, las finanzas, la cultura, el comercio, la tierra, el aire, el sol...

—No... No hay apellido ni pendejadas. El dinero... Eso... El dinero es el que manda, ñaño lindo. Yo he visto... Yo...

Al final —vacíos dos litros de purito [74]—, con mueca de no me importa en los labios y en los hombros —ilógica actitud para el coraje de la disputa del principio—, el Mono Araña dejó caer pesadamente su cabeza entre los brazos cruzados sobre el tablero mugriento de la mesa.

---

[74] *purito*: diminutivo de *puro*, americanismo en el sentido de «aguardiente puro» (*Americanismos...*, ed. cit., p. 518).

—Clavó el pico. Gallo runa, [75] carajo... Ji... Ji... Ji... —murmuró don Guachicola tratando de abrir los ojos, de levantar las manos, de erguir su figura más de lo que buenamente le permitía la borrachera.

—Usted es macho... ¡Macho! —intervino Luis Alfonso en tono de respeto y admiración.

—¡Aaah! Ahora le puedo decir... Tengo un negocio para usted... Un negocio regio...

—¿Para mí?

—Diez firmas. ¡Cien sucres! ¿Eh?

—¿Dónde?

—Donde están las cruces rojas... No se olvide de poner el número de la cédula. Detalles del control. La ley. Dorar la píldora... —opinó el viejo sacando un rollo de papeles del bolsillo interior de la americana.

—Veamos.

—Tome... Tome, chullita.

Al apoderarse y revisar los documentos, Romero y Flores pensó: «Son míos... Ahora o nunca... Doscientos mil sucres con timbres y sellos auténticos...» Luego dijo poniendo una cara que daba pena:

—Antes quisiera pedirle un favor.

—¿Más plata?

—No se trata de eso. Usted... Usted puede ayudarme a conseguir un empleo.

—¿Un empleo público?

—¿Me cree incapaz?

—No... Pero me hace mucha gracia... Ji... Ji... Ji... El chulla de la libertad, de la audacia, del orgullo, rogando para caer en la red del esbirrismo. ¡Del esbirrismo!

—Unos meses. No tengo otra salida.

—No tenemos otra salida... Pero serán años... Así se dice al principio.

—Si usted quisiera.

—¿Si yo quisiera?

—Podría declararme el vencedor del concurso.

—¿Qué concurso?

—Usted es jurado. Lo sé. No me niegue.

—¿Quién le avisó, carajo?

—Todos.

—Imposible. ¿Qué? ¿Qué digo al Inspector General, al señor Ministro? Me recomendaron. Me ordenaron lo que tengo que hacer... Al hermano de la concubina... Al pariente culateral... Culateral... Ji... Ji... Ji...

---

75 *runa*: *runa* es aquí adjetivo, derivado del sustantivo quichua *runa*, que significa según Luis Cordero: «Hombre. Indio. Aborigen de América». Añadía el ex Presidente de la República y gran conocedor del quichua del Ecuador: «Los blancos y los mestizos usan ordinariamente de esta palabra para insultar a los infelices de raza indígena». (L. Cordero, *Diccionario quichua-español español-quichua*, Quito, C. C. E., 1955, p. 99).

Con la colonización y el desprecio consiguiente a lo indígena, apareció una forma adjetiva de sentido peyorativo: «(...) nuestro pueblo califica de RUNA todo lo que no es de primera calidad; generalmente se aplica a los animales: *gallo* RUNA; *gallina* RUNA, aunque tambiém se aplica a los racionales: RUNA *zambo*». (Gustavo R. Lemos, cit. por Fr. J. Santamaría, *Diccionario general...*, ed. cit., T. III, p. 48).

—Pero usted... Usted es macho.

—Yo no soy nada. ¡Nada, carajo!

—¿Se niega?

—Mi jubilación. Mi puesto. Cómo se ve que no les conoce, chullita.

—Está bien. Yo tampoco firmaré —concluyó Romero y Flores doblando cuidadosamente los papeles.

—¡Son cien sucres!

—Será el empleo.

—El... El...

—Me llevo todo. ¡Todo!

—Espere... Espere, cholito.

—¡Oh!

—¡No sea bruto! —esclamó don Guachicola tratando de levantarse.

—Le devolveré mañana. Después del concurso. ¿No le parece?

—Eso no es honrado.

—La honradez es de los pendejos. Usted lo ha dicho más de una vez —afirmó burlón Romero y Flores y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

El Mono Araña, rompiendo la pausa desolada que dejó la huida del mozo, levantó la cabeza y arrugándose en mueca sarcástica que parecía sufrir de estreñimiento, dijo:

—Quien roba a un ladrón.

—No es para mi. ¡Nooo!

—¿Dónde están los apellidos, ñañito? ¡El robo, carajo! Eso es lo único bien organizado en todas las burocracias del mundo.

Con afiebrado ritmo de temor y de triunfo a la vez resonaron en la calle penumbrosa los pasos de Luis Alfonso. Iba ligero. Corría. Una prostituta apostada tras una esquina trató de descaminarle:

—Vamos. Te hago gozar, bonitico.

—Déjame, carajo —respondió el mozo apartando a la mujer con asco poco común en él.

—Chulla maricón.

* * *

Por las murmuraciones de los concursantes —acorralados en el salón de espera de la oficina donde trabajaba don Guachicola— Romero y Flores se enteró de las esperanzas de cada cual. Nadie confiaba en su saber. Había algo más definitivo y poderoso para sobresalir en la comedia de los empleados y de los funcionarios públicos.

—Nos torturan. Creen que podemos esperar hasta el día del juicio —comentó un joven de languidez y bigotito fotogénicos.

«Nos torturan», repitieron mentalmente los diez o doce aspirantes fundiéndose en un coro de ataque y defensa. Al observar Luis Alfonso al desconocido fotogénico comprendió que algo le unía a él. ¿Quizás el tic nervioso de las manos sobre el registro de los botones del chaleco? ¿O la preocupación por mostrarse acicalado y

copiar lo exitoso de la moda de extrañas latitudes? «Yo... Yo mismo... Menos afeminado, en otro tono, en diferente color... El disfraz...», se dijo saboreando la sorpresa no muy grata de sentirse sin forma propia, en desacuerdo con sus posibilidades, ridículo. Después supo que aquel bicho pertenecía a una de esas familias venidas a menos, y que además era el «pariente culateral» del señor Ministro.

—Siete concursos. Siete felicitaciones. Soy contadorcalígrafo, graduado en el Instituto. Pero siempre hay alguien que está igual. Surgen entonces las preferencias, las recomendaciones, los parentescos. Yo no tengo a nadie... Mis títulos... ¡Mis buenos certificados! —informó en alta voz, sin que le pregunten, un hombre seco, de lentes, mal vestido, exhibiendo un rollo de cartulinas que llevaba en la diestra.

«Nos quiere correr con papelitos. Pendejada...», respondió, con rápido pensamiento, el coro de concursantes —burla que ocultaba el veneno de la codicia.

—He sido dieciocho años empleado público. Me sacaron porque... Bueno... Renuncié... Mi enfermedad. ¡Ah! Pero mi experiencia es grande —advirtió un viejo tembloroso, moreno, mediana estatura, barbas en desorden.

«La experiencia... La experiencia tampoco sirve para nada cuando... Cuando...» fue el comentario general e íntimo, y cada uno pensó en su palanca oculta, poderosa.

Llenas de angustias crecieron las opiniones y las dudas. De pronto se abrió la puerta, apareció don Guachicola —chuchaqui bien lavado y bien peinado—, y aparentando incorruptibilidad de juez, interrogó:

—¿Quién es el señor Luis Alfonso Romero y Flores?

—Yo. ¡Yo! —dijo el aludido poniéndose de pie con seriedad que se hallaba a la altura de la farsa del viejo.

—Le felicito. Pediré su nombramiento. Usted ganó. Los demás pueden retirarse.

Surgió entonces en el coro defraudado un oleaje de lamentaciones:

—¿Y mis títulos?

—¿Y mi experiencia?

—¿Y mi nombre ilustre?

—¿Y mi palanca?

—¿Y mi mujer?

—¿Y mi hija?

—¿Y yo? Quien ríe al último ríe mejor. Ya veremos... —terminó altanero el joven de languidez y bigotito fotogénicos. Luego ganó la puerta de salida a la calle. Todos le siguieron como hipnotizados.

Varias personas esperaban turno cuando Romero y Flores llegó a lo que él creía la última etapa de su pequeña trampa: prestar la promesa de ley ante el Gran Jefe. El secretario del despacho, un hombre de sonrisa de bailarina de cabaret, cuyas amabilidades se hallaban en razón directa de la importancia política o económica del visitante, observó al chulla con recelo y burla —botainas, clavel al pecho, periódicos al bolsillo, corbata y prendedor, ceño y prosa de parada militar—. «Estos son peligrosos... Puede salir a patadas... O puede desplazarme... ¿A qué vendrá?», se dijo, y luego murmuró con amable reverencia:

—Me hace el favor de esperar un momentito.

Como si quisiera exhibir lo duro y laborioso de su trabajo fue hasta un gran escritorio del fondo, revolvió papeles, abrió cajones, llamó al portero que en ese instante no estaba, se arregló más de una vez un mechón de pelo que se le escurría sobre los ojos. Sin ser interrogado —actor que se disculpa anticipándose a la rechifla del público— informó en alta voz:

—Soy solo. No me alcanzo. [76] Ocho horas de esta agitación. Y el Gran Jefe, mi jefe, es tan ocupado. Ahora ha sido una suerte tenerle aquí. Le buscan para todo... Es primo del señor Ministro, amigo confidencial del señor Presidente, socio del General de las Fuerzas Armadas, paisano del señor Arzobispo.

El último en entrar en el despacho del Gran Jefe —hombre de cuello duro, facciones de pergamino, ojos negros, nariz ganchuda, orejas grandes— fue el chulla Romero y Flores. «¿Dónde he visto esa cara? Parecido a... ¿A quién?», se dijo el mozo con ese afán subconsciente de amparo, de esperanza en los momentos difíciles.

—¿Qué desea?

—¿Yo? ¡Ah! Este oficio...

«Ya sé... Se parece al Mono Araña. Debe ser como él. Chillón, bilioso, bueno en el fondo... ¡No! Este es el Mono Araña en cuero de caballero...»

—¡Absurdo! El señor Ministro me ordenó por teléfono. El cargo no existe. Se dio a otro... ¡A otro!

«Al pariente culateral... Me jodió, carajo... Después de tantas pendejadas... Alguna concubina de por medio... La madre, la mujer... O la complicidad por la rebusca...», pensó Luis Alfonso con hormigueo en los pies, con temor de mama Domitila —fuga de indio ante la injusticia—. Pero el espíritu de contradicción de Majestad y Pobreza —fecundo y oportuno entonces—, exclamó: «Defiéndete... Amenaza... No sabe nada de ti... Es un...» En trance de lucha, Romero y Flores inventó la mentira. Instintivamente acarició los viejos periódicos que llevaba en el bolsillo, miró con burla de duro cinismo —advertencia y desafío— a su interlocutor. Y, en un papel cualquiera, trató de tomar el número del oficio que había entregado.

—¿Qué hace? —interrogó con toda su autoridad el hombre que se parecía al Mono Araña.

—Tengo la copia del veredicto. Por asuntos de mi trabajo llevaré a los diarios el dato. Soy periodista.

—¡Ah!

—Daré la noticia como la he vivido. ¿No le parece?

—Usted. Un momento... Un momentito... Veremos cómo... —insinuó el Gran Jefe exhibiendo sin control el pánico de los pequeños seres al capricho cotizable de la prensa.

—Veamos, pues.

—Siéntese.

El timbre sonó congregando a cuatro o cinco esbirros que se enredaron —auto-

---

[76] *no alcanzarse uno-a*: es americanismo bastante difundido, que quiere decir «no dar abasto uno-a a todo lo que tiene que hacer».

matismo de marionetas— en órdenes, en carreras, en revisión de oficios, en meneo de cajones y legajos. Cuando el ambiente se tranquilizó de nuevo y quedaron a solas el supuesto periodista y el hombre parecido al Mono Araña, el diálogo se deslizó por una perspectiva de ofertas y cambios provisionales:

—Hemos sufrido una equivocación.

—¿Una equivocación?

—Se puede reparar, desde luego. Cosas que pasan... Usted irá a la oficina de Investigación Económica.

—¿Económica? Yo...

—No importa —dijo el Gran Jefe interpretando los posibles escrúpulos del mozo que se había declarado escritor. Luego continuó:

—Las finanzas del país están en manos de gentes que no saben nada de economía. Las oportunidades, los parentescos, las buenas familias. Usted me comprende...

—Sí. Las oportunidades.

—El sueldo no es el mismo.

—¿No?

—Sucres más, sucres menos, ¿qué importa? Mi secretario le arreglará los papeles, la recomendación a su futuro jefe... Dígale no más.

—Gracias.

—Dígale no más.

Con dulce e inesperada embriaguez, tibia en el pecho y en el vientre, el chulla Romero y Flores saboreó el efecto desconcertante que las órdenes del Gran Jefe produjeron en la tropa de burócratas de la oficina de Investigación Económica. Don Ernesto Morejón Galindo, al revisar los oficios de la «superioridad», fue el único que hizo una mueca de disgusto. No se había contado con él. Su primito quedaba desplazado, en espera de una nueva vacante. La recomendación era clara, precisa, delatora.

—Yo pedí. Pero... ¿Usted es pariente del Gran Jefe, verdad? —interrogó don Ernesto en tono de ultimátum.

Luis Alfonso comprendió entonces —recuerdo y ejemplo del joven de languidez y bigotito fotogénicos— que si decía no, estaba perdido.

—Sí. En efecto —murmuró con fingido rubor.

—¡Ah! Comprendo. Le felicito. Puede empezar hoy mismo su trabajo.

Desde el primer momento el ingenio de Romero y Flores —en ese mundo de la intriga, de la sospecha y del esbirrismo— se dedicó a cuidar su disfraz de pariente del Gran Jefe. Así, de la noche a la mañana, se convirtió en palanca y amparo de la oficina. Cuando se presentó la ocasión, fue don Ernesto quien, con grandes elogios, pidió el ascenso para Luis Alfonso y el nombramiento para su primito. Todo salió a las mil maravillas. El acontecimiento se celebró con una borrachera. Con una borrachera de raros perfiles y de inesperado final. Al terminarse el licor, el cinismo alcohólico congregó en jauría de bromas e indirectas a los empleados. Era un coro caótico, delirante, imposible:

—Viva la copa del estribo... La copa del jefe... Ya mismo caen las guambritas...

El patrón Rafico nos brindó champaña... Con una de mallorca [77] es suficiente... ¿Quién paga? Al que le toque diez... ¡Viva el jefe!

Inflado de orgullo y de sonrisas, el aludido pidió por su cuenta dos botellas. Dosis que no tardó en despertar la queja y la confianza del «tú comprendes, querido cholito».

—Tú comprendes lo que son los guaguas, la mujer, la suegra, querido cholito.

—Tú comprendes lo que son las deudas, lo que es no tener una sola palanca para que le ampare, querido cholito.

—Tú comprendes lo que significa ser un esbirro, arrastrarse hasta lo más, soportar en silencio tanta pendejada de tanto imbécil, querido cholito.

—Tú, sólo tú comprendes el temor, el miedo angustioso a quedarse sin sueldo, en la calle, querido cholito.

—Tú comprendes lo que es la vida, querido cholito.

—Tú comprendes, querido cholito.

El pequeño secretario, Humberto Toledo, que hasta entonces había festejado los chistes y ocurrencias de Morejón Galindo con grandes carcajadas y frenéticos aplausos, tornándose sombrío —alguien debía castigar a quien aplastaba injustamente con su desnivel de presupuesto, alguien debía exhibir el odio oculto en el silencio de todos, alguien debía estrellarse como un héroe, alguien debía...—, se acercó al ídolo adiposo y agigantándose en forma inusitada —esperanza de un desplante cómico en la concurrencia—, gritó:

—¡A la mierda con sus pendejadas!

—¿Eh? ¿Qué dice?

—¡A la mierda!

—¿Qué? ¿Qué murmura el gusanillo, la cucaracha? —insistió don Ernesto buscando sortear en broma la cólera del esbirro.

—¡Es en serio carajo!

—¿En serio? Ji... Ji... Ji...

—¡Carajo, tiene que oírme! ¡Cojudo! —chilló el rebelde crispando las manos en alto.

Un torrente de súplicas y comentarios amortiguó por breves segundos el escándalo:

—¿Qué es, pes?

—¡Espera, omoto!

—¿Cómo es posible?

—Ni que fuera fiesta de indios.

—Cálmate. No seas pendejo.

—¿Qué te pasa?

—¡Lo que nos pasa a todos, carajo! Yo denuncio. Ustedes se callan por maricones. Todos... Todos quisieran beberle la sangre, sacarle la mugre... Pero... —advirtió el

---

77 *mallorca*: es otra grafía de *mayorca*: «Nombre que se da en el Ecuador al anisado, licor preparado con aguardiente, azúcar y anís». (G. R. Lemos, cit. por P. de Carvalho-Neto, *Diccionario del Folklore...*, ed. cit., p. 290).

pequeño secretario temblando de rabia, encerrado en un círculo de borrachos que no cesaba de advertir:

—Es el jefe.

—Nuestro jefe, cholito.

—Pareces indio.

—Indio mismo.

—Tú eres...

—Ahora les hago ver quién soy. ¡Ahora mismo! —vociferó el aludido embistiendo con puños y cabeza hasta donde se hallaba don Ernesto.

Felizmente, el coro —sin olvidar sus consejos— que rodeaba al escandaloso empleado impidió el encuentro.

—No te hagas...

—Piensa en tu familia.

—Mañana en el chuchaqui serán las lamentaciones...

—Piensa que puedes joderte...

—¿Joderme yo? ¡Nunca! Parece que no me conocen. ¡Soy macho! ¡Quiero sacarle la mugre! —insistió Humberto Toledo.

—Suelten al piojoso. Suelten a la cucaracha para aplastarle. No se hagan los pendejos —chilló Morejón Galindo con bravuconería de chagra en toros de pueblo.

—¿A mí?

—¿Entonces a quién, carajo? ¡Esclavo! ¡Miseria humana!

Ridículo en su gordura el uno, enternecedor en su pequeñez el otro, los dos hombres, temblando de coraje criminal, trataban de alcanzarse a zarpazos, de herirse a insultos.

—Quiero que se arrodille y me pida perdón por las pendejadas que me dicta. Yo le hago todo. El no sabe nada. El se lleva las felicitaciones, la plata, las rebuscas, los trabajos extraordinarios, las plazas supuestas...

Como el escándalo había dado con la verdad —compromiso de muchos—, alguien sugirió:

—Sáquenle... ¡Que no joda más!

—¡A mí no me saca nadie, carajo! ¡Primero muerto! —gritó el pequeño secretario desafiando con sus ojos inquietos a la jauría de esbirros que se preparaba para echarle.

—¡Sáquenle!

—Donde me toquen, me mato. ¡Juro por Dios que me mato!

—¡Que se mate si es hombre! —propuso el coro en el colmo de su sádico despecho.

Ante aquella insinuación, el rebelde —floja la corbata, abierto el cuello de la camisa, en desorden los cabellos, enrojecidos de locura los ojos, temblorosos de odio los labios— dio un salto hacia atrás, muy cerca de una ventana.

—¡Sí, carajo! No soy maricón como ustedes.

—¡Que se mate!

Con impulso diabólico, con gesto de asco, Humberto Toledo se clavó en el bastidor de vidios que daba a la calle. Cayeron en pedazos los cristales. No alcanzó a pasar el héroe. Surgió el asombro fundido en una sola nota de mil voces:

—¡Bruto! ¡Imbécil! ¡Se mató! ¡Pronto! ¡Está herido! ¡Pobre! ¡Por hacerse el macho!

Rallada la cara, ensangrentadas las manos, chorreando quejas guturales, chirle como un trapo, dormida la furia, fue extraído el pequeño secretario de los escombros donde quiso morir y no pudo.

Don Ernesto Morejón Galindo y Luis Alfonso Romero y Flores, disparados por el escándalo, llegaron al hogar de Julio César Benavides. De Julio César Benavides que no cesaba de murmurar al oído del chulla:

—Quiero cambiar de oficina, cholito. Háblele por mí al Gran Jefe... Usted tiene al Gran Jefe... No he de ser su malagradecido. Es mi tragedia... No puedo más...

«¿Dónde tengo yo al Gran Jefe? ¿En los bolsillos? ¿En el sombrero? ¿En los puños? ¿En los zapatos? ¿En la bragueta? Ji... Ji... Ji...» se dijo Romero y Flores tendido como un fardo en un diván, mientras don Ernesto, a espaldas del dueño de casa, manoseaba caderas y tetas de una señora gorda. De una señora gorda que tenía actitud y mirada de retrato respetable —lo más respetable de la familia—. «Oooh... Todas las gentes de la casa se parecen a la señora gorda. ¿Por qué la señora gorda se mete en la cama con don Ernesto? No estoy dormido. Me hago no más... ¿El frío? ¿Las ganas? ¿Las ganas de qué? De meterme en lo que no me importa. Solo, solitico... Uuu... Soy un esbirro... Los esbirros siempre se quedan solos. ¿Dónde están los otros? Nadie sabe... Ni los hijos de la señora gorda, ni los criados de la señora gorda, ni el gato de la señora gorda».

* * *

A las pocas semanas de aquello —sin mayores consecuencias porque nadie recordaba una sola palabra de lo ocurrido al día siguiente—, el chulla Romero y Flores recibió de don Ernesto Morejón Galindo la orden que le puso frente a los descuidos honorables del candidato a la Presidencia de la República, al sarcasmo de la vieja cara de caballo de ajedrez, y a un sin número de crímenes y desfalcos de imposible sanción. Desconocidas circunstancias y absurdas pasiones en red de odios, de rubores, de responsabilidades, envolvieron al mozo y a sus fantasmas, agravando el orgullo de Majestad y Pobreza y la testarudez humilde de mama Domitila. Algo cambió desde entonces en él, algo más profundo que su disfraz de caballero, algo enraizado en el coraje de una naciente personalidad, de un equilibrio íntimo, algo que le aconsejó vengarse de todos aquellos que destaparon a plena luz el secreto de su origen en el salón de doña Francisca. Tanta amargura había fermentado en su alma que, con disciplina increíble, se puso a trabajar por las noches en el informe —una denuncia escalofriante contra el candidato a la Presidencia de la República y su esposa. Como sabía muy poco de cuentas, balances y liquidaciones pidió a don Guachicola le guíe por ese dédalo. El viejo fue generoso entre bromas y consejos, descubrió al joven los secretos de las partidas y de las contrapartidas, de las sumas y de las restas, del Debe y del Haber.

Seguro de aplastar a sus enemigos —él empezaba a sentirles como tales—, Luis Alfonso revisó una noche su obra— dieciséis páginas, múltiples facturas, legajo de recibos—, y pensó con orgullo en las recomendaciones de don Ernesto Morejón

Galindo: «Usted es capaz. ¡Estoy convencido! Hay obligaciones sagradas, mi querido joven. ¡Sagradas! Tenemos que frenar la corrupción de tanto pícaro, de tanto sinvergüenza a sueldo». Se frotó luego las manos saboreando la sorpresa de su poder. ¿Quizás era otro hombre? Arregló cuidadosamente los papeles de su trabajo sobre la mesa central que le servía de escritorio desde que se puso a la lucha. Debía ser muy tarde. Al acostarse junto a Rosario no pudo controlar una sonrisa de burla. Burla para su flamante importancia.

En su segunda intervención, Romero y Flores se enfrentó a un señor que olía a tabaco rubio, a corcho de champaña, a mujeres clandestinas, el cual no se dignó en el primer momento levantar la cabeza de su importantísima ocupación —firmaba cheques junto a una caja de caudales vacía. Cuando uno de los esbirros, de los muchos que le rodeaban, le anunció al oído la visita del representante de la oficina de Investigación Económica, limitóse a murmurar en todo de quien afirma déjenme con el bicho:

—Que tome asiento y espere.

Desaparecieron ayudantes, secretarios y amanuenses. El chulla, movido por lo mecánico de las circunstancias, se acomodó como pudo en un sillón.

—Diga.

—¡Ah!

—¡Diga! —insistió el personaje, que despedía aristocráticos olores.

—Soy el fiscalizador.

—El fiscalizador... Bueno... Tiene que firmar el informe y llevarse una copia. Toda está listo. Todo le tenemos en orden.

—Yo quisiera...

—Sí... Comprendo... Siempre hemos hecho lo mismo —cortó el fabricante de cheques al por mayor. Tocó un timbre. Casi en el acto, diligente y baboso, apareció uno de los secretarios. «¿Otra vez las planillas, los cuadros estadísticos, la contabilidad, los oficios, las órdenes? Todo falso...», se dijo Romero y Flores asegurando su íntima guardia de incorruptible fiscalizador. Entre tanto, el servical burócrata había colocado encima del escritorio del jefe unos papeles y un sobre de donde surgían, en abanico de baraja, cuatro billetes de a cien sucres.

—Retírese.

—Está bien, señor.

Con diabólica indiferencia —para que el pez mire, remire y pique el anzuelo—, el hombre importante y perfumado provocó una pausa. Una pausa a través de la cual el mozo supo que el dinero tirado en abanico era para él. «Para mí... Un ciento, dos cientos, tres cientos, cuatro cientos. No se ve más. Cosas buenas y malas para la vida... Los acreedores... Los antojos... Ella... El... para mí...», afirmó la codicia de Luis Alfonso, y aturdido por una especie de dignidad en la sangre —Majestad y Pobreza en trance de regateo—, apartó la vista de los billetes. «A mí no me joden con pendejadas... Las manos sucias no podrían... Pero éste no tiene nada que ver con los otros... En defensa del grupo... Los compromisos sociales... Los parientes...»

—Esto es para usted —afirmó de pronto el jefe de los cheques al por mayor poniendo la mano —cinco dedos abiertos— sobre los papeles y el dinero.

—Ah...

«¿Para mí? Lo sabía. Pero...», respondió mentalmente el aludido acercándose como un autómata al escritorio.

—Todo está en orden. Las utilidades, las inversiones, los gastos... Son dos copias. Una para usted y otra para nosotros. Así le ahorramos trabajo. ¿No le parece? Vea, examine y firme.

—¿Firmar?

—Claro.

—Yo quisiera...

—¿Qué?

—Llevarme a mi casa.

—¿Alguna sospecha? ¿Duda usted de mí?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Bueno...

—Mi contador desvanecerá cualquier duda por grande que sea. Aquí mismo. ¡Hoy!

—Yo decía...

—Puede llevarse su copia. Pero antes me firma la mía. ¿Entiende usted? —concluyó el caballero perfumado en tono de quien amenaza por las buenas o por las malas.

Era evidente la superioridad del impulso íntimo —orgullo, altanería, disfraz— que animaba al jefe de los cheques al por mayor —alguna sombra más linajuda, más cruel e inexorable que Majestad y Pobreza.

Envuelto, dirigido y ordenado por aquella presencia omnipotente, Luis Alfonso se hundió en los papeles de la cuenta. Diez, quince, veinte minutos. «Puede que me conozca como me ha conocido la vieja cara de caballo de ajedrez. Puede que sepa lo de ayer, lo de hoy, lo de mañana. Estamos solos. No declarará en público. No hay público... Ji... Ji... Ji... Pero... ¿Atreverme? Es capaz de... ¿De qué? De nada... De nada tengo que acusarle. Todo está limpio, en orden. Todo parece correcto. Ni una mancha. El texto, los números, el balance. Es una maravilla... Mi trabajo... Pasará como mi trabajo... Yo...», se dijo el chulla escondiendo tras esa pequeña ventaja su impotencia. Y aturdido, sin saber lo que hacía, legalizó con su firma de incorruptible fiscalizador una copia de la cuenta y se guardó la otra. Trató luego de huir.

—Un momento. Esto es suyo —advirtió el caballero perfumado indicando al joven el abanico de billetes.

—¿Mío? —dijo Romero y Flores con desprecio que, por desgracia, le salió en falsete —lado cómico de Majestad y Pobreza—.

—¡Suyo! —insistió el jefe de los cheques al por mayor en tono de «patrón grande, su mercé».

Ante semejante invitación —reto inapelable— Luis Alfonso sintió que la sombra de mama Domitila le obligaba a estirar el brazo hacia el dinero: «Agarra no más, guagua. Corre como longo de hacienda sin decir gracias. Como si fuera robado. Antes de que se arrepienta el patroncito...» ¡Oooh! Tenía que saltar sobre algo que

se encontraba más allá de la vergüenza humilde y del orgullo altanero de sus sombras —sin dejar de ser expresión de las mismas—, algo que era la venganza que había despertado en él la vieja cara de caballo de ajedrez. La venganza robustecida por su incorruptibilidad de fiscalizador, por su anhelo de justicia y de ascenso en la burocracia. Vaciló mientras aplastaba por su propia cuenta el consejo cobarde de mama Domitila. Imposible ser... Al final murmuró:

—¡Eso no me pertenece!

Una vez en la calle, agobiado por contradictorios sentimientos, se preguntó con cierto afán expiatorio: «¿Por qué no pude cuando...? ¿Por qué no salí a la carrera? ¡Cuatrocientos sucres! Hubiera sido mejor seguir el camino por donde van todos. ¡Todos! El mío también. Eso era antes, ahora, no... Total... Ellos me recompensarán por mi honradez. ¿Ellos? ¿Quiénes? Don... Don Carajo. ¡Son los mismos! ¿Entonces qué hacer? ¿Lo que hice? No...» Había topado con una sospecha repugnante, con una especie de pantano para ahogar sus viejos recursos. Eran las toxinas de la honradez —también las tiene cuando no hay hábito de ella—. Las amargas toxinas que daban al chulla su forma, su actitud, su contorno psicológico en el odio. Forma que tomó cuerpo y se fue ensanchando poco a poco a fuerza de hallar crímenes, robos e incorrecciones en los fiscalizados. No perdonó a nadie. No se vendió a nadie.

Sólo el doctor Juan de los Monteros —un cirujano que había colgado el bisturí por el acial [78] latifundista— pudo meter en el bolsillo de Romero y Flores un rollo de billetes, quien toleró aquel obsequio porque el caso se hallaba al margen de los números, de la evidencia aritmética, de... Al cumplirse el contrato de arrendamiento de una de las haciendas del Estado, el buen doctor había devuelto el predio con indios menos flacos pero más ociosos y más indiferentes. Una denuncia poco explícita y llena de sellos, firmas y notas de rechazo de varias oficinas de control, oscurecía y embrollaba el problema. Felizmente el acusado —chagra de mejillas como tetas de abuela, de ojos lacrimosos de viejo perro de caza, de olor a establo—, con cinismo para tomar la tragedia en broma, lo aclaraba todo:

—¿Qué más quieren, carajo? Los indios eran atrevidos, rebeldes, cuatreros. [79] Conmigo cambiaron. Por cada res que desaparecía o por cada desplante castraba a un runa. Le sacaba los huevos suavito. ¡Qué operaciones! Al cabo de un año era de verles, daba gusto: gordos, tranquilos. ¿No hablan de mejorar el mestizaje con una buena inmigración? ¿No hablan de tantas pendejadas por el estilo? ¿Entonces qué? ¡Basta! ¡Basta de semen de longo! Y que no me vengan con demandas, con indemnizaciones.

El diablo de una rara angustia se llevó aquel dinero. El diablo de una descontrolada borrachera —con prostitutas, con amigotes—, donde el chulla pudo ejercitar a grandes voces su altivez de caballero, su ansia morbosa por ocultar lo que tenía de mama Domitila.

---

[78] *el acial*: es ecuatorianismo: «Se llama así, entre nosotros, el látigo largo con que se estimula a las bestias o se castiga a las personas», escribe sin pestañear J. Tobar Donoso en su *Lenguaje rural...*, ed. cit., p. 12.

[79] *cuatrero*: Forma que equivale a *ladrón cuatrero*: «*ladrón* que hurta bestias». (Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua...*, ed. cit., p. 782).

—¡Soy Romero y Flores! ¿Quién me dice que no? ¿Quién, carajo? ¿Quién es el que me jode?

—¡Nadie, cholito!

—La vieja cara de caballo de ajedrez. La vieja desgraciada me mordió en la sangre.

—¿Dónde?

—En la sangre. En nuestra sangre, carajo. Porque todos somos... Ji... Ji... Ji... Le aplastaré como a un gusano, como a una babosa. Juro por Dios. ¡Soy un Romero y Flores! ¿Quién? ¿Quién dice que no?

La visita inesperada de Nicolás Estupiñán, el «zorro del chisme y de la calumnia», estalló como una bomba cuando sonaron unos golpes en la puerta del cuarto de Luis Alfonso. El flamante fiscalizador, entre dormido y despierto —no se levantaba aún—, se incorporó en el lecho. Rosario, que como de costumbre a esas horas —las ocho y media de la mañana—preparaba el desayuno murmurando reproches tan hinchados e impertinentes como su embarazo, interrogó:

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién yo?

—Nicolás Estupiñán.

—Estupiñán —repitió Romero y Flores con cara de acorralado.

—¿Abro?

Con desesperación tragicómica —marioneta de hilos enloquecidos en insalvable rubor— el mozo respondió que sí con la cabeza y al mismo tiempo hizo señas para que ella se apresure a poner en orden y disimule la miseria del refugio.

—Un momento. Un momentito... —dijo la mujer en alta voz mientras escondía el bacín bajo la cama, escamoteaba el reverbero, [80] los platos, los jarros en el cajón de la ropa sucia y extendía las cobijas.

—Pase no más, señor.

—Gracias. Soy de la oficina.

—¡Ah! ¿Sí?

—¿Qué milagro? —chilló Luis Alfonso tratando de restar importancia a Rosario.

—Es que...

—Venga. Siéntese.

—El jefe. Ya le conoce, cholito. Siempre tan nervioso. Quiere saber cómo van los fiscalizaciones. Quiere saber por qué no se ha presentado usted a dar el parte diario.

—¿Diario?

—Es costumbre. El reglamento.

—No sabía. Además... Bueno... Todo está listo.

—¿Listo?

—Informes, oficios, recibos, transferencias. Más de ciento cincuenta páginas

80 *reverbero*: «Nosotros denominamos *reverbero* a la *cocinilla*, aparato generalmente de hoja de lata para calentar agua y para otros usos». (Carlos R. Tobar C., *Consultas al Diccionario...*, ed. cit., p. 411). Es americanismo bastante difundido.

—advirtió el chulla en tono de quien afirma: «Trabajo que no puede hacer cualquiera». Así, por lo menos, él creía justificar sus errores y distraer la atención del visitante alejándole de los detalles y los remiendos vergonzosos del decorado de su vivienda.

—Conozco. Todo en orden, todo correcto... Ji... Ji... Ji... Los recursos de las grandes figuras...

—¡Está equivocado! Digo cuánto he visto, cuánto he descubierto.

—Imposible, cholito.

—Los robos, los atropellos, los despilfarros, las mentiras —continuó Romero y Flores exagerando un poco su rol.

—Eso... Eso... —murmuró el «zorro del chisme y de la calumnia» con interés que subrayaba su habitual expresión de rata zalamera: nariz en olfatear apetitoso, boca pronunciada en hocico, ojos preñados de pesquisas.

—Mire... Mire no más... ¡Es algo maestro! —aseguró en tono de altanero desafío el flamante fiscalizador apuntando con el índice a los legajos que reposaban sobre la mesa central.

Con avidez y sonrisa de usurero el visitante se apoderó de los papeles. Revisó luego una, dos, tres páginas. De pronto hizo una pausa de incrédula observación. Sabía —por llevar el periodismo en la sangre— que se hallaba frente a un tesoro. «Don Ramiro Paredes y Nieto es el candidato oficial, ¡oficial! a la Presidencia de la República... La esposa de don Ramiro es prima o algo por el estilo de su Excelencia... Los periódicos de oposición... El precio de la noticia... La oportunidad de ser...», pensó espiando de reojo a Romero y Flores —temor de que le quiten la presa antes de devorarla—.

—¿Qué tal?

—Bien... Ji... Ji... Ji... Pero quisiera por lo menos... No sé... No me explico todavía...

—Lea. Lea tranquilamente —concluyó Luis Alfonso creyendo que el asombro y la sonrisita viscosa del «zorro del chisme y de la calumnia» eran de admiración y respeto.

—Bueno, cholito. ¿Qué le digo al jefe? —concluyó sin más comentarios Miguel Estupiñán [81] cuando todo lo tuvo digerido. Sólo deseaba huir. Huir con su preciosa carga antes de que le descubran.

—¡Ah! El jefe. Tiene razón. Dígale que iré mañana por la mañana.

—Mañana es domingo.

—El lunes, entonces.

Cuando desapareció el recadero, Rosario, que había permanecido inmóvil en un rincón, murmuró estremecida por la sospecha de que algo importante se llevaba aquel hombre:

—Le hubiera registrado los bolsillos.

—¿Eh? No te entiendo.

—Estoy segura que ese tipo. No sé...

---

[81] *Miguel Estupiñán*: error de J. Icaza, que aparece en las tres ediciones de la novela que he consultado; el nombre exacto del personaje es Nicolás

—¡Oh!

—Un aprovechador. Un ratero... —concluyó la mujer mientras sacaba del escondite improvisado las tazas, el reverbero, los tarros.

«Yo también le hubiera registrado los bolsillos. ¿Qué podía llevarse? Nada... En la nariz, en la boca, en los ojos... Uuu... Es cobarde, tímido...», se dijo el chulla —más que decir fue impulso vago, fugaz— sintiendo hundirse [82] en la angustia del actor que ha concluido la ficción que le arrebató hasta la imprudencia de su propia desnudez.

82 *se dijo el chulla (...) sintiendo hundirse en la angustia del actor*: forma incorrecta desde el punto de vista gramatical, y que no es americanismo; Icaza debía poner algo así como: *se dijo el chulla (...) sintiendo que se hundía...*, por ejemplo.

V

Inflado por su curiosa incorruptibilidad, pensando en la dicha del triunfo —abrazos del jefe, ascenso próximo, respeto de las gentes, holgura económica, fama—, Romero y Flores entró en la oficina. Sólo el portero pudo atreverse a darle la mala noticia. En tono venenoso —chisme y honda pena de quien guarda la amargura de desprecios y humillaciones— mumuró casi al oído del flamante fiscalizador:

—¿No ha leído los periódicos? En el de ayer... En el de hoy también... Dicen que usted... ¡Ave María!

—¿Qué?

—No se haga el shunsho *. Aquí... Aquí tengo el último... Lea no más... En la primera página... ¡Qué chivo! [83]

De un vistazo el chulla se dio cuenta de todo. Correctos los números, correctas las fechas, correctos los nombres. Pero en el caso del candidato oficial a la Presidencia de la República habíanse trocado los papeles. El verdugo, el deshonesto, el atrevido, el traidor, era él, Romero y Flores. Y la víctima, el mártir, la Patria despedazada, difamada, era don Ramiro Paredes y Nieto.

—Está mal... ¡Está mal! —chilló Luis Alfonso con voz de Majestad y Pobreza.

—¿Vio? ¿No le dije?

—Sí. Pero...

—¿Cómo se ha de meter en camisa de once varas, pes? Dicen los entendidos que su denuncia es la mejor arma para los que están contra el Gobierno.

—¿Contra el Gobierno?

—Así dicen. En el periódico también está. ¿Por qué no lee todo, pes? Lea...

Maquinalmente volvió el chulla a revisar el artículo. En la burla de la bilis huyeron las palabras, se hincharon ciertas frases, giró todo. «La basura del arroyo ha manchado la tradición, el nombre, el prestigio internacional de nuestra sociedad». Estaba clara, clarísima la indirecta. No obstante él no podía. Temblaba de coraje y de temor. ¡Temor! Había surgido de pronto la angustia de mama Domitila. «La basura del arroyo... La basura que se eleva y se abate... ¿Quién puede haber denunciado mi secreto? ¿El pregón de la vieja cara de caballo de ajedrez? No. Es... Es el veneno propio de las gentes. El veneno con el cual creen orientar su destino. Saben y se callan hasta que... Tiempo de reír, tiempo de llorar, tiempo de vengarse,

[83] *chivo:* «Catuperio, chanchullo, intriga». (*Americanismos...*, ed. cit., p. 241, acepción nº 9).

tiempo de matar. [84] ¿Para qué?», se dijo el mozo con inquietud que trataba de hacerle reconocer su culpabilidad. Pero él se sentía inocente. Inocencia irreparable. Cuando terminó la lectura —desconcierto tragicómico— soltó el periódico y movió la cabeza como un demente. Avanzó luego al salón donde trabajaban sus compañeros. Ellos sabían... Ellos fueron testigos... «¡Oooh! ¿Por qué me dijo don Ernesto que yo era el único capaz? ¿Por qué me advirtió más de una vez que debía frenar la corrupción de tanto pícaro a sueldo? Me dio... Me dio las extraordinarias delante de todos...» Pero ellos, cosa rara —estúpida transformación, reverso de la zalamería y de la amistad—, le miraron con burla y con desprecio. Quiso gritar entonces: «He cumplido una orden. Una orden difícil. ¿Cuál es el que jode, carajo? He destapado el fraude... Por la oficina... Por ustedes... Cobardes... Maricones...» Los insultos y la altanería del mozo enmudecieron antes de nacer. Y lo que hubiera sido un reto y un desprecio fue a duras penas una mueca como de tedio y de disculpa.

Sin tregua, enloquecido por santa indignación, don Ernesto increpó a Romero y Flores:

—Usted. ¿Qué ha hecho?

—Yo...

—Su irresponsabilidad. Sus mentiras.

—¿Qué... qué mentiras? —se atrevió a interrogar el joven hundiéndose cada vez más en el absurdo que vivía, en el absurdo que le echaban a la cara las gentes.

—¿Cómo? ¿Pregunta?

—Claro. Aquí están los papeles, las firmas, las declaraciones, los recibos. Y la cuenta general donde usted podrá ver el fraude. El fraude que buscaba.

—¿Yo? ¡Silencio! ¡Traiga usted eso! ¡Traiga! —exclamó don Ernesto apoderándose violentamente del legajo que mostraba el empleado.

—Señor...

—¡Silencio!

—Quiero explicarle.

—¿Explicar qué? ¿La desgracia que ha caído sobre nosotros? ¿Sobre la oficina? ¿Sobre mí?

—Yo no tengo la culpa.

—¿Quién entonces?

—Usted me dijo...

—Luego es cierto. ¡Es cierto lo que dicen los periódicos!

—Pero...

—¡Basta! —chilló el jefe con indignación de manos crispadas y ojos enloquecidos.

—Todos me ordenaron —murmuró el mozo en un arranque de coraje —mezcla de disculpa servicial de mama Domitila y de protesta burlona de Majestad y Pobreza—.

---

[84] *Tiempo de reir, tiempo de llorar, tiempo de vengarse, tiempo de matar:* adaptación del *Eclesiastés* (III, 4): «Tiempo de llorar, tiempo de reir, tiempo de lamentarse y tiempo de danzar»; Icaza invierte los dos primeros elementos contrapuestos del versículo, y luego suprime el juego antitético para introducir dos elementos negativos que se prolongan en vez de oponerse; se trata por lo tanto de una «interpretación» todavía más pesimista del *Eclesiastés*, que corresponde al estado de ánimo pasajero del protagonista.

Con cinismo olímpico que trataba de escamotear su responsabilidad, don Ernesto interrogó a media voz —desentono propicio a helar la sangre del adversario—:

—¿Acaso yo? ¿Acaso el Gran Jefe, su pariente? ¡Su pariente que no sabe quién es usted!

—Mi pariente —repitió el chulla Romero y Flores sintiendo que cedía para su desgracia el resorte de la trampa armada por él.

—Usted no ha sido un caballero, un hombre veraz.

—¿Cómo?

—Nada tiene que ver usted con el Gran Jefe. Me lo dijo él mismo esta mañana ante el escándalo de la prensa, de la sociedad, de la Patria. Cuando le di su nombre como garantía, como disculpa, exclamó algo muy grosero, algo que no me atrevo a repetir. ¡Está indignadísimo! Yo confié en usted pensando que obraría de acuerdo con él. Nunca pude imaginar...

—Tal vez... —murmuró Luis Alfonso con deseo de escurrirse por una nueva mentira que sea capaz de salvarle, de sostenerle. Mas, como siempre que se sentía descubierto, acholado, sin cáscara en el rubor de sus sombras, le faltó audacia.

—Y claro, me ordenó su inmediata cancelación. [85]

—¿Eh?

—Sí. Está usted cancelado. Puede retirarse.

—No es justo.

—¡Oh! Lo justo... Lo injusto... ¿Qué?

—Usted... —alcanzó a suplicar el mozo, juguete de una gana vil de caer de rodillas, suplicando —absurdo de mama Domitila al abrazarse con amor al desprecio de Majestad y Pobreza—.

—El asunto está consumado. La orden es terminante. Váyase... Váyase no más.

Y el chulla salió como un perro de la oficina. En la calle, la primera y única evidencia que ardió en su corazón fue la venganza. Tenía en su poder muchos recibos y comprobantes, tenía también un duplicado de su trabajo. ¡Vengarse! ¿Vengarse de quién? ¡De todos! Alguien le haría justicia. Las gentes honradas. Pero quienes eran honrados para los otros no eran para él. ¿Qué hacer, entonces? ¿Declararse culpable? ¿De qué? ¿De haber denunciado el cinismo de la ratería en un mundo poblado de rateros? Movió la cabeza con violencia. Despertaron sus fantasmas. «Guagua... Guagüitico, no les hagas caso. Así mismo son. Todo para ellos. El aire, el sol, la tierra, Taita Dios. Si alguien se atreve a reclamar algo para mantener la vida con mediana dignidad le aplastan como a un piojo. Corre no más. Huye lejos...», suplicó la sombra de la madre con fervor estrangulado por la altanería de Majestad y Pobreza que ordenaba a la vez: «No es de caballeros pedir poco. Eres un Romero y Flores. Exige lo más alto, carajo. Desprecia. El desprecio engrandece... No debes preocuparte por un miserable empleo...» Aquel desequilibrio íntimo que hundía por costumbre al mozo en desesperanza y soledad infecundas, en ese instante —calor del fermento venenoso que puso la vieja cara de caballo de ajedrez en él— se desangró en anhelo feroz de rebeldía. Rebeldía común a todos los suyos —voz de la intuición. ¿Por qué? ¡Oh! No quiso o no pudo meditar sobre

---

85 *cancelación:* de *cancelar* que puede significar, en Hispanoamérica, «destituir (a una persona)».

quiénes eran los suyos. Pasó por encima de ellos, por encima de sí mismo. Pasó ciego de venganza. Había algo nuevo en él. Su valor era otro. Se desbordaba en lucha por la integridad de su ser —en fantasmas y en gentes—. Del ser que aparecía minuto a minuto bajo el disfraz de chulla aventurero, inofensivo, gracioso. Se llevó la mano a la cara en afán subconsciente de arrancarse algo. Hubiera preferido beber, ir por calles distintas, gritar. Pero al asomarse a la esquina de la cuadra de la casa de mama Encarnita, miró con extraño afecto a la ventana de su cuarto.

Ante Rosario no pudo mentir. A la primera pregunta de ella bajó los ojos, se turbó como un niño y contó lo sucedido en la oficina.

—Alguien nos hará justicia —consoló la mujer buscando ayuda en el tono cálido de su voz, en la ternura de su cuerpo maduro —vientre deforme, párpados hinchados, sobre la nuca recogido el pelo, pálido el rostro—.

—¿Alguien? ¡Oh! Pero conmigo se han puesto —afirmó el mozo recobrando su actitud altanera.

Ella murmuró entonces en voz baja:

—Cálmate. Es mejor...

—No me conoces.

—¿Después de tanto tiempo de vivir juntos?

—De tanto tiempo —repitió Romero y Flores al comprobar que Rosario se hallaba metida en él —los ojos muy abiertos, las manos muy suaves, los labios y los oídos muy pegados al pulso de la sangre—, y que debía defenderla.

—Debemos...

—Debemos denunciar. Exigir, carajo.

—Lo que buenamente nos den.

—¡Tontería! Ahora es otra cosa. ¡Otra cosa! —exclamó el chulla desbordando coraje sin dobleces.

Ella —miedo a la muerte y a la soledad en la fatiga del embarazo— advirtió algo raro y definitivo en él. Algo que le obligó a suplicar:

—No quiero quedarme sola. ¿Entiendes? ¡No! Pueden destruirnos... Pueden separarnos...

—¿Quién, carajo?

La angustia de no saber en realidad quién y un impulso ciego de defensa —por ella y por él— obligaron a Rosario a prenderse del pecho del hombre, del hombre que despedía un extraño olor a venganza.

—Nadie. Juntos expiaremos nuestra culpa. ¡Júrame! —exigió entre lágrimas la mujer.

—¡Qué culpa ni que pendejada!

—Nos acorralan las gentes, nos miran con odio, nos desprecian.

—Eso crees tú.

—¿Y la miseria del barrio?

—Pasará.

—¿Y los cerros que rodean a la ciudad, que cortan todos los caminos?

—¿Los caminos? ¿Para qué?

—Para huir.

—Huir...
—¿Y la muerte? Siento que...
—¿Otra vez? No debes atormentarte con eso. El día de morir se muere.
—¡Oh!
—Todos... Todos lo mismo.

Sin respuesta que justifique su morboso temor, la deforme figura de Rosario se acurrucó sobre la cama. Instintivamente él pensó en el hijo. Debía defenderle. ¡Defenderle! ¿Por qué? ¿Cómo? Se acercó a ella y mientras le acariciaba paternalmente la cabeza, opinó:

—Primero debemos pensar en las cosas estúpidas de la vida.

Aquella escena velada por silencios y por medias palabras que ninguno de los dos podía o quería aclarar, terminó con la fuga del mozo.

—¿Te vas?
—Volveré pronto. Tengo que ver a un amigo.
—¿A un amigo?

Nadie le esperaba. Era la inquietud —las sombras tutelares amordazadas a ratos por la rebeldía desbordante, furiosa— de su venganza en busca de aliados, en busca de quien le entienda. ¿Los suyos? ¿Quiénes eran en realidad los suyos? ¿Acaso los indios en harapos de miseria y timidez de esclavitud? ¡Absurdo! ¿Acaso el cholerío del campo o de la ciudad en eterna transición de forma y sentimiento? ¡Imposible! ¿Acaso las gentes humildes del barrio? ¡Al carajo! ¿Acaso los caballeros y funcionarios a quienes había admirado y en quienes pensaba echar su veneno de última hora? Ellos... ¡No! Antes... Cuando... Le pareció tan fácil explotarles. Por desgracia desconocía su condición de hombre peligroso en ese momento.

Morejón Galindo, al disculparse ante el señor Ministro, ante el Gran Jefe, ante las víctimas del atropello, había exclamado: «Juro por Dios que soy inocente. Me engañó. Confieso que me engañó. Nunca pude imaginar que se trataba de un feroz revolucionario». «¡Un feroz revolucionario!», repitieron el Señor Ministro, el Gran Jefe y las víctimas del atropello al recurrir a la policía en demanda de amparo. También la gran prensa —después de cobrar a precio de oro la pulgada de remitidos y declaraciones— insistió sobre la necesidad de eliminar de la mente de la juventud las ideas disolventes de último cuño, de eliminar la audacia, el atrevimiento.

Mal caracterizado, con desplantes y exigencias de cómico de la legua, ignorando el rol poderosísimo de la comparsa [86] donde trataba de pasar por listo, Luis Alfonso se aventuró en su primer chantaje. Cayó en un decorado nada propicio. Olor a velorio en las cortinas de terciopelo. Incomodidad de anémicas formas en los muebles Luis XV. Somnolencia de gato en las alfombras. Hediondez de bayeta de güiñachishca bajo los divanes. Olvidada inquietud de arte en el piano de cola. Modas de principios de siglo en óleos y fotografías: caballeros de chistera, levita, bastón de puño de oro; damas de sombrero de plumas en catarata sobre el

---

[86] *comparsa:* «Grupo de máscaras vestidas con trajes iguales o formando un grupo de personajes de cierto significado.» (M. Moliner, *Diccionario de uso...*, ed. cit., T. I, p. 692). La palabra designa aquí a los pudientes del país, mentirosos, enmascarados, sobre los que Luis Alfonso quiere ejercer un chantaje.

hombro, de mitones, de sombrilla de encajes, de talle estrecho. El diálogo a su vez resbaló —a pesar de los esfuerzos del mozo— por caminos desconocidos. Con voz campanuda y gesto olímpico —curioso patrón desprendido de los retratos— le echaron de escena sin ninguna consideración.

Uno a uno se sucedieron los fracasos. El último —en casa del jefe de los cheques al por mayor— extremó su ritmo tragicómico. Ante la solicitud del chulla desapareció el alto funcionario dejando segura la puerta con llave. «Va por el dinero... Ji... Ji... Ji... Mi dinero en abanico de billetes de banco... ¿Cuánto me dará? Cuatrocientos... Ochocientos... Bajo llave... ¿Por qué? Un preso... Un hombre peligroso... ¡Mamitica!», se dijo el chantajista sintiéndose atrapado. En puntillas se acercó a la puerta. Quería cerciorarse, oir. ¡Una trampa! Imperceptibles —eco en el fondo de un pozo— llegaron las palabras de la traición: «La policía... Pronto... ¿Cómo dice? En mi casa... El mismo... Bueno... Gracias...» Mama Domitila, con voz de indio fugitivo, aconsejó de inmediato: «Corre, guagua, guagüitico. Corre antes de que...» «¿Antes de qué, carajo?», respondió la rebeldía del mozo. No obstante miró en su torno: cuadros, divanes, espejos, cortinas, ventanas. ¡Una ventana! Saltó por ella con habilidad de acróbata hasta unos arbustos de hortensias —jardín de barrio residencial—. Ganó luego la calle deslizándose por un portillo de la verja. Al sentirse libre creyó que se elevaba sobre un mundo destrozado para reclamar justicia. ¿A quién? ¿A qué mundo se refería? Siempre vagó solo. ¿Y sus fantasmas? Para desgarrarle entre el sí y el no de su ancestro. Regido por ellos, por ese caos —a ratos maldito, a ratos glorioso— que le obligaba a fingir, a jugar con su vida sin vivirla, había llegado a la exaltación de una venganza devoradora. Era mucho para él, para su disfraz, para sus temores, para sus remordimientos...

—Carajo —murmuró a media voz evocando con amargura la vileza de las gentes que fueron para su respeto y su admiración como Taita Diosito. Al mismo tiempo se creyó obligado a comentar: «Pueden echarme en la cárcel si les da la gana... Descubrí su corazón podrido... Ahora... He visto, he constatado... Trafican sin pudor con la ignorancia, con el hambre, con las lágrimas de los demás... Ratas del tesoro público... Delincuentes sin juez... Sabios de almanaque... Pero yo... Yo sabré...»

* * *

Repuesto de su fracaso y con febril inquietud que delataba su rebeldía —nostalgia, contrapunto de un bien imposible—, Romero y Flores ordenó cuidadosamente las copias de los recibos, de los informes, de las transferencias que había detenido de su trabajo de incorruptible fiscalizador. Sin consultar a nadie —violencia de su transformación— se entrevistó con el director de un periódico —«patrón grande, su mercé» de la publicidad—. Aquel poderoso personaje, cuya pulcritud en actitudes y ofertas contrastaba con lo agresivo y repugnante de su cabellera en cepillo de zapatos, de su boca de dientes salidos, de sus ojos pequeños en somnolencia mogólica tras gruesos lentes de ancho cerco de carey —cabeza de puerco hornado con espejuelos de gringo— aceptó gustoso documentos y propuestas. Sólo

hizo una pequeñísima objeción al despedir a su informante, a su desinteresado colaborador:

—No saldrá mañana. Tenemos el material completo. Saldrá... Bueno... Ya veremos... Es nuestro deber.

Verdaderamente emocionado por lo que él creía un triunfo, buen éxito de su gestión, Romero y Flores tropezó en la puerta de la calle del edificio donde funcionaba la empresa periodística con un hombre que monologaba como un poseso —maldiciones, reproches y mímica de biliosa factura—, con un hombre que al sentirse observado elevó el tono de la voz en franca confidencia:

—Tres veces he traído la carta para que la publiquen. Tres copias. Siempre el mismo pretexto. Que le pusieron en la canastilla, que le vio el fulano, que le tomó el mengano, que le guardó el zutano...

—¿La carta?

—Donde refutaba las calumnias que me llevaron a la quiebra. Las calumnias que estos infames publicaron en primera página. ¿Rectificar? ¿Para qué? ¿Qué vale un pobre hombre de la calle, solo, jodido?

—Pero la verdad...

—¿Qué les importa? La única verdad que defienden es la verdad de sus intereses.

—Usted puede —continuó el mozo dando esperanzas de otros caminos a su interlocutor.

—No hay caso. Estamos atrapados [87] en una red invisible de codicia que se conecta en las altas esferas.

—Sin embargo...

—Atrapados. Y tenemos que aceptar lo inaceptable y atenernos a lo que nos otorguen o nos hagan. Todo en beneficio de nuestro orgullo de libres.

—Eso repugna... Sería como... Preferible... —murmuró el chulla crispando las manos en actitud de desafío.

—Sí. Comprendo. Usted propone la lucha. Claro. Es joven. ¿Con quién? ¿Contra ellos? ¡Al carajo! —concluyó el desconocido, y sin esperar respuesta se alejó en la corriente de la calle.

«Soy... Soy un hombre... Si estrangulo a la venganza que alimenta este renacer de mi rebeldía, volveré a vagar al capricho de...», se dijo Romero y Flores con fiereza que cortó de un tajo su pensamiento, aconsejándole en cambio ir en auxilio de su denuncia, de sus papeles —esparcidos, en visión subconsciente, por diabólico huracán—. Mas, al trazar el itinerario del rescate —gradería resbalosa de mármol bruñido, porteros de intriga barata, turno de cola sin apelación, razones para...—, desechó la duda y procuró aferrarse a la oferta normal del caballero de cabeza de puerco hornado con especjuelos de gringo.

Ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles, ni nunca, apareció en la gran prensa la pequeña verdad del mozo. Después, mucho después, supo que el silencio —celo patriótico en defensa del prestigio nacional e internacional del país— había tenido

---

[87] *atrapados*: véase más arriba el pasaje de la novela que remite a la N. 26, con el contenido de ésta.

su precio. Precio que no cobró él. Precio que cobraron los intermediarios y dueños de la libertad de expresión.

Hizo por ese entonces el chulla cuanto estuvo a su alcance para satisfacer su sentimiento de rebeldía —murmuró, chilló, amenazó por cantinas, bodegones, trastiendas y plazas—. El fracaso del chantaje a los altos funcionarios y el silencio profundo de la prensa sobre su denuncia no lograron aplastarle. Ciego de amarga furia intrigó entre los enemigos políticos de don Ramiro Paredes y Nieto. Pero al establecer en su verdad la existencia de cómplices a quienes se debía sancionar, halló con asombro que la enemistad entre esas gentes era de barniz, de superficie. Que un interés burocrático les unía, les encadenaba.

Algo pasajero y normal llegó de pronto a cambiarlo todo. Un amanecer, antes del cuotidiano escándalo de la carretilla del indio guangudo al pasar bajo la ventana, Rosario se quejó suavemente:

—Me duele.

—¿Dónde?

—Aquí. Aquí mismo.

—¿Pasó?

—Un poco. Pero...

A pesar de la inquietud que le produjo aquella queja, Romero y Flores no quiso hurgar en el asunto. Permaneció en silencio fingiendo dormir. Se abrió una pausa de turbia claridad en las rendijas. Una pausa que no tardó en romperse con el ladrido lastimero de un perro vagabundo. Herida por aquel mal presagio —terror a los anuncios de ultratumba—, y aferrándose al cuerpo desnudo del hombre, ella anunció:

—Es por mí. ¡Por mí!

—Otra vez la queja. Otra vez...

—Tengo miedo.

—¿De qué? ¿De parir? Todas... Todas las mujeres en el mundo dan a luz sin tanta pendejada.

—Me siento mal.

—No parece.

—¿Y si me muero?

—¡Oh!

—Sola. En pecado.

—La eterna historia —comenzó el mozo tratando de evitar el calofrío enervante que a él también le producía aquella superstición de origen campesino: «Si el chushi * [88] llora, si el perro ladra, el indio muere... Será verdad, será mentira, pero sucede...»

—Ay... Ay... Ay... —volvió a quejarse Rosario al cabo de un buen rato. Los dos comprendieron entonces que se acercaba la hora del parto. Luis Alfonso dejó la cama y con diligencia casi femenina hizo lo posible por reemplazar a la mujer:

---

88 *chushi:* la forma normal, en quichua del Ecuador, es *chushig,* como aparece en el *Diccionario quichua-español y español-quichua* de L. Cordero, ed. cit., pp. 33 y 230

arregló unas ropas que se hallaban esparcidas por el suelo, abrió la ventana, trató de encender el reverbero para el desayuno.

—Espera. Ya me pasó. Son los primeros síntomas... Me han asegurado que a veces duran todo un día... A veces más... —afirmó ella mientras se levantaba en busca de sus obligaciones.

—Hoy... Puede ser hoy... —concluyó él como si hablase a solas. Siempre supo esquivar aquellos malos momentos con la indiferencia aristocrática de Majestad y Pobreza: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Mas, el coraje de su venganza —espíritu de rebelión— que había equilibrado y silenciado un poco a sus sombras ancestrales, le aconsejó obrar en favor de Rosario. ¿Cómo? En el primer momento no vio claro. Pero cuando los dolores de la mujer se hicieron más frecuentes —pasadas las diez de la mañana—, sacó un cheque oficial de la cartera. Le conservaba como curioso recuerdo que escamoteó una tarde a don Ernesto Morejón Galindo. Había resistido más de una vez a la tentación de ponerlo en marcha. «Ponerlo en marcha o dejar que la hembra... Tal vez a otra... ¿Cuántas en el mundo mueren en una hora, en un minuto? A las indias no les pasa nada. Sueltan el crío en el páramo, en el monte, en el huasipungo. ¡Yo soy el taita del guagua!», se dijo el mozo saboreando diabólico placer mientras falsificaba la firma de su ex jefe en el cheque.

—Tenías dinero y no me diste para los pañales —comentó Rosario.

—Tengo ahora.

—¿Me comprarás unas franelas? [89]

—Desde luego.

—Y una camisa de dormir...

—Primero veré al médico.

—El médico no puede atenderme así... Desnuda... En harapos...

—Bueno. Tenemos para todo —concluyó Luis Alfonso volviendo a su vieja importancia de chulla aventurero.

—¿Para todo? —interrogó ella acercándose a él. Trataba de estar segura —búsqueda angustiosa de la verdad en la farsa cuotidiana—.

—Si la suerte nos ayuda. A veces... —rectificó el mozo un poco acholado.

En el primer momento, toda la importancia y todos los desplantes de Romero y Flores para cambiar el cheque fracasaron en forma lamentable. A la actitud rumbosa de alto financiero añadió entonces —consejo acholado de mama Domitila— una sonrisita de humilde gratitud y la disculpa de la mala suerte por los bancos cerrados a esas horas. Cerca de mediodía, impulsado siempre por el capricho de su afán, tropezó con la vidriera del hotel de don Julio Batista donde se anunciaba para la tarde pasteles de cóctel a cinco centavos. La observación de la cifra falsificada obligó al mozo a pensar: «Quinientos por cinco, veinticinco sucres... Es mi amigo... No sabe que salí del empleo...»

Don Julio Batista —provinciana figura de guardián y hombre de club— tenía la costumbre de observar la vida de la calle fumándose un cigarro a la puerta de su negocio, como quien dice a los transeúntes: «Estoy libre. ¿Me proponen algo? Algo

---

[89] *franela:* significa aquí «camiseta»; en este sentido es americanismo.

suculento como mi panza, como mis rubicundas mejillas... Usted, amigo, que sabe del secreto de ser importante, a fuerza de pregonarlo a los cuatro vientos... Usted, compadre, tahúr de vieja escuela en la alta sociedad... Usted, caballero del diez por ciento sobre ventas y compras del presupuesto del Estado... Usted, noble figura que maneja en propiedad seis mil indios y catorce haciendas sin importarle un carajo las leyes escritas por la cultura cristiana... Usted, señora, olor a sacristía y sangre azul... ¡Uuuuf, mamitica! Usted, simple hombre de la calle. ¡No! Usted es un pendejo... Usted no entiende a los patriotas. ¡No sirve para nada! ¡Para nada!»

—¡Ah! ¿Era usted? —murmuró en alta voz el hotelero al notar que tenía frente a sus narices al chulla Romero y Flores.

—Sí, don Julio. Quiero comprarle unos pastelitos.

—Pida en el bar.

—Quiero unos quinientos, poco más o menos.

—¿Quinientos?

—Un bautizo. Estoy de compadre.

—Bien... Muy bien... Pero por el momento no hay tantos. Será para después de una hora.

—Le pagaré a que me los guarde. ¿Acepta un cheque?

—¿Un cheque? —repitió el hotelero poniéndose en guardia. El también en sus buenos tiempos de juventud hizo girar cosas parecidas.

—Un cheque de mi jefe. Un cheque oficial. Mire...

«¿No será de revuelta?», [90] se dijo el hombre del cigarro disculpándose hábilmente:

—Es que... Hace un momento mandé el dinero al banco.

—Me da lo que tenga. Ciento... Doscientos... Trescientos... El resto cuando retire la compra. ¿No le parece?

«Lagarto no come lagarto», [91] se advirtió íntimamente don Julio Batista dispuesto a no ceder por nada del mundo. En un chispazo diabólico murmuró:

—Don Aurelio Cifuentes puede cambiarle. El vecino...

—Don... —repitió Romero y Flores mirando hacia la cristalería que señalaba afanosamente su interlocutor.

—Hace unos minutos le hice vender dos lámparas y un jarrón en ochocientos sucres de contado.

«Me torea. Se escurre. Sabe. ¿Qué puede saber? Necesito. Ella espera. Será mi

---

[90] *cheque de revuelta:* «talón falsificado»; nótese que *revuelta* es sinónimo en ciertos países hispanoamericanos de *tallullo*, «masa hecha de maíz con algunos pedazos de carne de puerco, tomate y ají, envuelta en hojas de plátano y cocida» y que *tallullo* es también, «en sentido figurado, chivo, gatuperio, lío, intriga» (*Americanismos...*, ed. cit., pp. 538, y 569).

[91] *lagarto:* americanismo muy difundido, por «caimán»: «LAGARTO simplemente o caimán, y no *lagarto de Indias* llamamos en el Ecuador al enorme saurio *Crocodilus occidentalis*. Por esta vez, hemos rebajado a un animal respecto de la denominación; pues nosotros que llamamos *lobo* a una pobre animalia *(sic)* inofensiva, (...), denominamos *lagarto*, casi *lagartija*, al gigantesco anfibio que tiene hasta seis metros de longitud, y devora un ternero como una gragea. Dignos de verse son los lagartos tendidos al sol a *(sic)* las márgenes del primoroso río Guayas; tan valerosos algunos, que no se lanzan al agua cuando pasan cerca los vapores fluviales que transitan incesantemente por el límpido cristal, donde se reproducen las palmeras, naranjos, cafetos y demás árboles de las orillas», escribía pintorescamente, a fines del siglo XIX, Carlos R. Tobar Guarderas, en su ya citada obra *Consultas al Diccionario...*, ed. cit., p. 290.

palanca, carajo. ¿Cómo? Le hizo vender. Favor por favor se paga. Me aseguraré...», pensó Luis Alfonso debatiéndose en una red de posibilidades fugaces que partían del mismo punto: la complicidad hipócrita que le brindaba el hotelero para librarse de él.

—Pero los pasteles me son indispensables. Quinientos, ¿eh? Le dejaré una señal.

—¿Cuánto?

—A ver. Sólo he tenido un billete de a cinco. ¿Gusta?

—Como señal...

—Naturalmente.

—Si dentro de una o dos horas no viene, dispongo de todo.

—Convenido.

Sin prisa, frenando la inquietud que amenazaba denunciarle, Romero y Flores ganó la otra vereda. Don Aurelio Cifuentes —desconfianza mal cubierta por reverencias y zalamerías—, después de observar al posible cliente, interrogó:

—¿En qué podemos servirle?

—Don Julio Batista, nuestro común amigo...

—¡Ah! Don Julio.

—Me ha indicado y recomendado que aquí podía comprar unos pequeños obsequios.

—¿Como para qué?

—Con don Julio tenemos esta noche un bautizo.

—¿Un bautizo? No sabía.

—Es que... ¿Usted comprende? Unas chullitas. Hemos organizado algo de lo mejor.

—Vea lo que guste, entonces.

El comerciante en cristales, por gratitud a su vecino, ofreció al cliente lo mejor y más económico de su mercadería. El mozo separó una docena de figurillas de porcelana. No hubo regateo. Afuera había empezado a llover.

—¿Cuánto es todo?

—Diez... Ciento... Dos cientos sucres para ustedes.

—Gracias. Muchas gracias —murmuró Romero y Flores en falsete medroso de «Dios se lo pague» —presencia inoportuna de mama Domitila—. Pero al entregar el cheque —reacción de acholada violencia— ordenó en tono duro y altanero de Majestad y Pobreza:

—Cóbrese.

—¿De a quinientos? Imposible...

—¿Es muy pequeño? Don Julio me contó lo de las lámparas y lo del jarrón. Venta de contado.

—El sabe que no recibo cheques.

—¿Y si él me garantiza?

—Es distinto.

—Magnífico.

—Sólo que...

—Le hablaremos.

—Hablarle.

—Sí. Debe... —dijo el mozo asomándose a la puerta de la cristalería seguido por el dueño, quien a pesar de intuir el peligro dejó que las cosas corran sin oponer mayor resistencia. En realidad, la gratitud, el bautizo clandestino, el cheque dudoso, las lámparas, la cínica insistencia del desconocido le empujaron por una pendiente oscura.

La lluvia y el tránsito armaron un diálogo de vereda a vereda. Un diálogo sordo, erizado de gestos.

—Don Julio. ¡Don Julio! —gritó el chulla Romero y Flores.

—¿Qué hubo? —respondió el aludido desde su habitual observatorio.

—Quiero pedirle un favor.

—¿Eh?

—De los quinientos que tiene que entregarme dentro de una hora, le da trescientos aquí, al señor.

—¡Hable más alto! ¡No le entiendo!

—¡Digo que de los quinientos que tiene que entregarme dentro de una hora, le dé trescientos aquí, al señor!

—¿Trescientos?

—¡Sí!

—Bueno.

—Sin falta.

—Dentro de una hora.

—¿Entendido? ¡Trescientos para mí! ¡Para mí! —intervino el comerciante en cristales agitando las manos como un náufrago.

—Bien. Bien —concluyó el hotelero un poco molesto al intuir vagamente la torpeza del vecino.

—¡Una hora!

—Comprendido.

—¿Palabra?

—Palabra.

Sin esperar nuevos comentarios, Romero y Flores hizo un gesto amistoso a la víctima y fue en busca de la compra.

—¡Un momentico! —chilló Cifuentes.

—¿Todavía? —murmuró el chulla con voz tensa y actitud retadora de caballero herido por inaudita desconfianza.

—Hemos arreglado lo de los trescientos. Eso puedo darle. Pero faltan los doscientos de las porcelanas.

—¡Oh! Parece mentira. Pero bueno... Dejaré en su poder la compra y el cheque... Volveré más tarde. Déme los trescientos. Don Julio no tiene dinero suelto. Necesita. Mandó todo al banco. ¿Conformes?

—Conformes —mumuró el comerciante perdido en ese dédalo de urgencias y compromisos. Entregó el dinero.

Desde la puerta, Romero y Flores encaró a la tempestad con fingido mal humor.

—Espere un ratito. Llueve mucho —propuso Cifuentes con la esperanza de que algo podía pasar.

—Gracias. Tengo mi automóvil en la esquina. A media cuadra —dijo el mozo y se lanzó a la calle. Una gana de correr como un prófugo que huye de una culpa que lleva en sí le atacó de pronto. No era un sueño. ¡No! Muchísimas veces consiguió dinero en igual forma, pero nunca le fue tan necesario. Por lo menos... «Tiene derecho a parir. Es hembra, carajo. Hembra como todas las hembras». La lluvia le obligó a refugiarse en una puerta de calle, donde varias gentes olor a perro mojado escampaban [92] en silencio... Allí tropezó Romero y Flores con un amigo al cual había perdido de vista durante algunos años. Se saludaron con esa cordialidad que exalta el encuentro casual.

—Es un milagro.

—No nos hemos visto desde... —comentó Luis Alfonso mientras observaba de pies a cabeza al viejo camarada.

—Desde que me casé.

—¿Cuántos guaguas, cholito?

—Tres.

—¿Tres? —repitió Romero y Flores inflándose de diabólica alegría. Era algo que le elevaba en forma inconsciente sobre su interlocutor —resto ajado y triste de antiguas prosas y anecdóticos desplantes—, algo que le obligaba al mismo tiempo a ser gentil y dadivoso como un patrón grande en día de gracia y socorros [93] en el latifundio. Pero... ¿Acaso él era libre? ¿Acaso no se hallaba jodido? «¡No! Lo mío es... Un accidente... Un mal paso de juventud», se dijo desechando con violencia el círculo sentimental que se estrechaba en su torno.

—Mujeres.

—Eso más.

Luego de una pausa, Romero y Flores concluyó:

—Vamos a tomarnos una copa. Hace mucho frío. Yo invito.

—¿Dónde?

—Donde el Chivo. Está cerca.

Una vez instalados en la cantina —negocio con ambiciones de bar, de refugio clandestino, de abacería—, el anfitrión pidió canelazos, algo de comer y unas cervezas. Se escaparon veloces los minutos, las horas. Mas, en lo mejor del diálogo que se enredaba entre copa y copa, surgió —hormigueo de mordisco y puñalada— en la sangre y en los nervios de Luis Alfonso la queja de Rosario. Era como una voz, como un impulso. Pagó la cuenta.

—Nos quedamos a medias —se quejó el invitado.

—En otra oportunidad será. Desgraciadamente ahora tengo una conferencia urgentísima. Me esperan —informó el chulla despidiéndose con elegante importancia.

La tempestad había degenerado en fina garúa, y la tarde —cerca de las cuatro—, bajo el peso de un cielo gris que envolvía a los cerros, adelantaba el

---

92 *escampar*, o *escamparse el agua* o *del agua:* con el sentido de «guarecerse del agua, de la lluvia», es americanismo (véase, de Fr. J. Santamaría, el *Diccionario general...*, ed. cit., T. I, p. 616).

93 *socorros:* esta palabra tiene aquí un sentido típico de la Sierra ecuatoriana; se trata de adelantos en especie que el latifundista solía conceder a sus *huasipungueros* hambrientos (un buen ejemplo figura en la novela *Huasipungo* de J. Icaza, en: *Obras Escogidas*, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 190-195).

crepúsculo. Un crepúsculo de sombras húmedas, de lodo, de afiebrado pulso de goteras, de caminos imposibles, de dolores reumáticos.

Luego de cumplir los encargos de Rosario —la camisa, las franelas—, el mozo buscó al médico. Tuvo que hacer larga antesala. En la entrevista con el facultativo —hombre alto, seco, de pocas palabras e inesperados recursos— se dio cuenta que tenía que trasladar a la enferma a una clínica.

—¿A una clínica?

—O a la Maternidad —concluyó el médico al comprender por el asombro de su interlocutor que aquello le era imposible.

—Pero...

—No tenga cuidado. Hay tiempo. Las primerizas sufren mucho antes de soltar la prenda.

Una especie de alegre seguridad por haber compartido con alguien aquello de: «Tiene derecho a parir... Es hembra, carajo... Hembra como todas las hembras...», embargó al mozo al abandonar el consultorio. ¿Quién podía privarle del recurso de ir bajo la lluvia dando voces? Nadie.

Al final de la primera cuesta, tres cuadras antes de llegar a la casa, tropezó Romero y Flores con el guambra Juan, hijo de la fondera Carmen Recalde. Desorbitados los ojos, anhelosa la voz, moviendo la diestra como para subrayar una tragedia inminente, el muchacho informó:

—No vaya, señor. Regrese breve. ¡Los pesquisas! [94]

—¿Los pesquisas?

—Llegaron cinco en automóvil. El automóvil ya se fue. Temprano mismo. Después del aguacero fuerte. Entraron a su cuarto a registrar todo... Toditico... La señorita lloraba... Lloraba... Entonces mi mama me dijo: «Córrete no más a espiar al vecino. Obra de caridad es. Córrete guambra. Que no se deje trincar * de la policía. De los bandidos enemigos del pobre».

—Pero...

—Quieren llevarle, señor. Créame. Le buscan. De un cheque hablan. De unos papeles también...

—No entiendo.

—¡No vaya, por Dios! Yo sé por qué le digo. La señorita me hizo señas... Cinco grandotes son... Están en la puerta de la calle... En la puerta del cuarto también... No dejan que nadie se acerque... Esperándole están... —insistió el pequeño con voz asustada, con voz que despertó el pánico de mama Domitila en el corazón del mozo.

—¡Ah!

—Si viera cómo registraron... Se metieron hasta debajo de la cama... Orden superior, dicen... Llevarle vivo o muerto... Llevarle a la capacha *...

—Carajo.

Por el tono temeroso, vacilante, el pequeño comprendió que su misión había terminado. Miró en su torno y huyó calle arriba.

---

94 *pesquisa:* «Agente de la policía de investigación». (*Americanismos...*, ed. cit., p. 493).

VI

Al descubrir la pequeña ratería del chulla don Aurelio Cifuentes se puso desesperado. En verdad no era mucho para las utilidades de ese día, pero la avaricia —compañera de los buenos negocios—, seca en los labios, pálida en la piel, temblorosa en las manos, irritada en los ojos, buscó venganza y reparación inmediatas. Al hotelero en cambio le hizo mucha gracia. No obstante —burla de buen vecino— sugirió medidas drásticas:

—La cárcel... La cárcel para el ladrón, para el atrevido.

—¿Usted cree?

—Recurra a sus amigos: gentes de la policía, gentes de la justicia, gentes de la prensa.

—¡Más plata! —chilló el comerciante en cristales en memoria de amargas experiencias.

—Puede hablar con el Jefe de Seguridad Pública. Me dijo que era su pariente.

—El papeleo. Los timbres. Las declaraciones. Los testigos. Las propinas.

—Cuando quieren...

«Cuando quieren», se dijo mentalmente don Aurelio transformando su despecho en esperanza. Agarró el teléfono. «En la oficina... En la casa... En el bar del club... Donde la moza...», pensó.

Al oir el nombre del estafador, el Jefe de Seguridad Pública —caballero con buena dosis de indio en la piel cobriza, en los pelos cerdosos, en los pómulos salientes, en las uñas sucias— frunció el entrecejo, lanzó una maldición olor a tabaco y a dientes podridos, y consultó una lista de nombres que llevaba en la cartera. Pocos funcionarios conocían aquel secreto, aquella clave para encerrar revolucionarios, aquel registro de todos los enemigos de la paz de la República.

Como de costumbre la inspiración llegó de lo más alto. El Jefe de Seguridad Pública se rascó la cabeza, maldijo de su suerte, y, como en casos análogos, algo dudosos, dio parte al Jefe Provincial —su inmediato superior—. El Jefe Provincial conferenció a su vez con el señor Ministro. Y el señor Ministro habló con el señor Presidente. Luego de ascender la noticia —una hora máximo—, rodó la orden hacia abajo:

—¿Qué espera la policía para ser eficaz? Ha robado el mozo. Debe ir a la cárcel, a la... ¿Comprendido? La ley ordena... Un honrado comerciante lo pide y está en su derecho. Nosotros tenemos que obedecer. Tenemos que gobernar. Es urgente, urgentísimo que se le desplume al ladrón de todo documento, de todo

papel, de todo comprobante que bien pudiera engañar al público o armar de calumnias a nuestros enemigos... El trabajo debe ser nítido para que la gente crea, para que la gente nos dé la razón. ¡Pronto! Antes de que... Esta vez podemos descubrir grandes cosas.

Al recibir la orden, el Jefe de Seguridad Pública tuvo la certeza de que el asunto marcharía sobre rieles. Como en los casos mayores —rapto con premeditación y alevosía al político peligroso, allanamiento de la casa del militar del cuartelazo abortado, garrote sin testigos al juez incorruptible o al periodista veraz—, fueron despachados cinco agentes de pesquisas: El «Palanqueta» [95] Buenaño, el «Chaguarquero» Tipán [96], el «Mapagüira» Durango, [97] el «Chaguarmishqui» Robayo [98] y el «Sapo» Benítez. Al parecer eran diferentes aquellos hombres: en estatura, en volumen, en color, en perfil, en voz —sombrero de ala gacha, saco de casimir a la moda, corbata chillona, zapatos hediondos, diente de oro, anillo de acero contra el hechizo—, pero al observarles con atención —sedimento de infancia delincuente, acholada crueldad en los impulsos, amargo sabor en las ideas, felina actitud de poca franqueza en las manos, mueca tiñosa en los labios, hielo de reptil en las preguntas—, algo había en ellos como de venganza inconfesable, como de pecado original, como de lucha íntima, que se mostraba delator en su trabajo, algo que tomó cuerpo cuando la autoridad con buena dosis de indio en la piel cobriza, en los pelos cerdosos, en los pómulos salientes, en las uñas sucias, concluyó su larga explicación sobre los motivos, los agravantes y la técnica de la captura.

---

[95] *«Palanqueta»* es un apodo que se puede interpretar a partir de dos hipótesis que —es una casualidad— resultan convergentes: la *palanqueta* es en efecto, en español peninsular, una «barreta de hierro que sirve para forzar las puertas o las cerraduras» (Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua...*, ed. cit., p. 962). Pero aquí, me parece que se trata más bien de un ecuatorianismo: según Darío C. Guevara (citado por P. de Carvalho-Neto en su *Diccionario del Folklore...*, ed. cit., p. 327), una *palanqueta* es un «pan de trigo, grande y alargado, caracterizado por su masa de harina, agua y levadura; es preferido para las emparedados». Prefiero esta última interpretación, por figurar la palabra en un texto de Icaza, y porque dos de los cuatro apodos siguientes se relacionan también con la alimentación (véanse más abajo las notas 97 y 98). Sea lo que fuere, según ambas hipótesis, el «Palanqueta» Buenaño sería un hombre alto, delgado y recio.

[96] *el «Chaguarquero Tipán»*: he corregido el evidente error de Icaza o/y de las ediciones anteriores, que ponían *Tirán* en vez de *Tipán*; el apellido *Tipán* aparece en la segunda secuencia del capítulo VI, donde se trata del mismo individuo. Además, *Tirán* no es apellido típicamente ecuatoriano, mientras que *Tipán* sí lo es: en el cuento «Mama Pacha» de Icaza, por ejemplo, un prestamista se llama *Rogelio Tipán* (J. Icaza, *Obras Escogidas*, ed. cit., p. 946).

En cuanto al apodo *«Chaguarquero»*, procede del ecuatorianismo *chaguarquero*, que designa «la espata del *penco*, *maguey* o *ágave*, que sirve para construcciones.» (J. Tobar Donoso, *El lenguaje rural...*, ed. cit., p. 88).

[97] *«Mapagüira»*: según Darío C. Guevara (citado por P. de Carvalho-Neto en su *Diccionario del Folklore...*, ed. cit. p. 280), este vocablo designa «pedacitos de *fritada* o fritadillas que se asientan en el fondo de la manteca enfriada». P. de Carvalho-Neto nos da (ibídem) la etimología de este ecuatorianismo, que procede del quichua *mapa*, sucio y *huira*, manteca: *mapahuira* o *mapagüira* significa así «manteca sucia», evocando a un personaje más bien gordo y de piel grasienta.

[98] El *chaguarmishqui*, o *chahuarmishque* es «dulce de cabuya», «dulce de maguey», según el *Diccionario del Folklore ecuatoriano* de P. de Carvalho-Neto (ed. cit., p. 158), quien cita a continuación a Darío C. Guevara: «no es precisamente el pulque mexicano, por más que ambos se obtienen del maguey llamado cabuya en el Ecuador. El pulque es bebida alcohólica. El chahuarmishque es el jugo dulce que se obtiene del tronco de la planta que ha llegado a su media madurez. Su nombre es terminante, del *quichua*: *chahuar*, maguey y *mishqui*, dulce. Se sirve como curativo del reumatismo; pero más comúnmente como endulzante de las comidas indígenas y de los campesinos de la Sierra.»

—En resumen... Tienen que registrar hasta el último rincón. Tienen que apoderarse de todos los papeles sospechosos. Tienen que traer al tipo sea como sea. Aquí le haremos cantar. ¡Es importantísimo! ¿Entendido, muchachos?

—Entendido, Jefe.

Bajo la lluvia llegaron en un automóvil los cinco hombres frente a la casa de mama Encarnita. Cruzaron el zaguán. Golpearon en el cuarto del chulla.

—¿Quién es? —interrogó Rosario con voz temerosa que parecía abrirse paso entre quejas agudas.

—Queremos hablar.

—No puedo.

—¡Un momentito no más!

—¿Para qué?

—Somos de la policía.

—¿De la policía?

—¡Pronto! —advirtieron los agentes empujando con violencia la puerta. Saltó la aldaba.

Asustada al ver frente a ella a cinco desconocidos, Rosario no pudo gritar. Le faltó la voz. No pudo moverse. Le temblaban las piernas. Enloquecida por el miedo, agotada por los dolores que a esas alturas eran más frecuentes, pensando en lo peor —la traición o la desgracia del amante—, sin oír bien ni poder decir otra cosa que «Mamitica... Mamitica...», cayó en el diván.

—Somos de la policía. Buscamos a su... Bueno, a su marido o lo que sea. No es gran cosa. Unas declaraciones —informó el «Palanqueta» Buenaño con aires de mandón y sonrisa tenebrosa.

—Y unos papeles también. Unos papeles que tenemos que llevarnos —concluyeron en coro los otros.

—Mamitica...

—Tenemos que cumplir órdenes, señora.

—Mamitica...

—Hasta que llegue el pájaro sería bueno...

—Recoger todo lo sospechoso.

—A buscar, entonces.

Sin tomar en cuenta la angustia temblorosa y muda de la mujer que miraba en éxtasis de ojos desesperados, se lanzaron los cinco pesquisas como ratas enloquecidas por los rincones, se metieron debajo de la cama, revolvieron las cosas del baúl, escarbaron en la ropa sucia, en los palos viejos, olfatearon la almohada. Al final, echaron sobre la mesa del centro lo que ellos creían el cuerpo del delito: una colección de recibos inútiles, de copias sin importancia, de cartas familiares, de recortes de periódicos. «Tienen que apoderarse de todos los papeles sospechosos», había gritado el Jefe de Seguridad Pública. Luego...

—¿Quién lleva esto a la oficina? —interrogó, ladino y desafiante, el «Palanqueta» Buenaño, excitando con habilidad sinuosa el esbirrismo de sus compañeros.

—¡Yo! ¿Difícil será, pes? —murmuró el «Mapagüira» Durango apoderándose del montón de papeles, dispuesto a recibir cualquier orden con tal de no abandonar la presa que bien podía darle el ascenso.

—Bueno. Si quiere llevar, recoja, pes.
—¿Todito?
—Nosotros nos quedamos hasta que caiga el joven. Tiene que regresar al nido. Dos en el corredor para vigilar que no salga la señorita o señora que sea. Dos en la puerta de calle. En cuanto asome se jode. Hechos los pendejos hemos de estar. Como que nada. Ahora que me acuerdo, llevaráse no más el automóvil. El Jefe se pone caliente cuando le falta su movilidad.
—Sí, pes.
—Ojalá nos desocupemos temprano.
—¿Temprano? Será a la noche.
—A la medianoche.
—Tengo que quedarme porque conozco al chulla —concluyó el «Palanqueta» Buenaño dándose importancia.
—Yo también, pes.
—Más conocido que la ruda. Adefesio.
—Ojo chiquito, vivo. Gran puñete. Chivista [99] un diablo. Recién no más estaba encamotado * con una vaga del barrio del Cebollar.
Rosario, que hasta entonces había permanecido en silencio, mirando con idiota indiferencia el trabajo vil de los hombres sobre su pequeño refugio, estalló en llanto histérico al notar que el «Mapagüira» Durango cargaba con todo lo que bien podía ser el cadáver de la fortuna de su amante.
—Ay... Ay... Ay...
—Nosotros cumplimos órdenes, señora. Calle no más.
—No le ha de pasar nada. Estando como está, ¿quién, pes?
—Semejante bombo. Imposible aprovechar el ricurishca. Lástima de barriga.
—Lástima de piernas.
—Lástima de cuerpo.
—De todo mismo. Chulla bandido. No dejar nada para el prójimo.
—Para el cristiano sufrido.
El sarcasmo libidinoso de los cholos pesquisas agravó la desesperación de la mujer. Pero los dolores del parto sustituyeron a la algazara de las lágrimas por una pausa de palidez cadavérica, de queja gutural, de manos crispadas sobre el vientre:
—Oooh...
—Creo que va a parir.
—¿Parir? Se hace no más. Defensa de hembra mañosa.
—No creo. Salgamos.
—Dos aquí y dos afuera.
—Todos afuera.
—Como en guerrilla.
A pesar de la lluvia —sólo había disminuido en el escándalo de los truenos, de los chorros, de los desagües— algunos vecinos de la casa y también del barrio, congregados en el patio, husmeaban sin rubor los motivos y detalles del atropello al cuarto del chulla. Espectáculo que a fuerza de experiencias en carne propia

[99] *chivista*: palabra derivada de *chivo*, en el sentido de «intriga» etc., véase más arriba la N. 83.

—desalojo por alquileres impagos, allanamiento por raterías colectivas, embargo por viejas deudas, persecución por pecados propios y ajenos—, les ardía en la sangre y les unía en un diálogo de odio sin palabras. Un diálogo en el cual el deseo de golpear a los verdugos, el ansia de gritar en favor del caído, se expresaba en taimado juego de gestos al parecer intrascendentes:

«Ave María lo que pasa», «¿Será por la carishina que quiere parir?», «¿Será por el chulla que quiere con su mal natural tirar prosa?», «¿Será por nosotros, carajo? Con el chulla, con la carishina y con todos...», «Nos quitan el honor. Nos quitan la sangre. Nos quitan el centavo», «Así fue conmigo. Así fue con el Tomás. Así fue con el herrero del barrio de la Tola. Así con el shuro * Maldonado. Así con el compadre de la imprenta que quiso hacerse caballero de purito negocio», «Ganas dan de morder. Ganas dan de matar. Ganas dan... ¡Jesús me ampare! Un montón de huesos y de carne para los perros».

Por contagio virulento —veneno en el alma del chisme, de la maldición, del comentario, de la queja— la amargura de los testigos se regó por el barrio en diversas formas:

—En el cuarto del chulla fue.

—Solitica estaba la carishina.

—Cinco pesquisas llegaron.

—Cinco grandotes.

—Cinco sin corazón.

—Buscaron como en casa propia, pes.

—A la cansada [100] uno se fue con el cuerpo del delito.

—¿Qué estás diciendo, guambra?

—Yo le vi lo que llevaba. Papeles viejos. Hasta periódicos. Crimen ha sido guardar basura.

—Un cheque dicen que ha falsificado, pes. Pero eso es pendejada. Los documentos, las cuentas, los recibos de la oficina donde trabajaba. Eso es lo principal. Eso es lo que dicen que no puede conocer cualquiera.

—Secretos de los de arriba no conocen los de abajo. Es pecado, crimen, ¡traición!

—El chulla es un cualquiera.

—La carishina es una cualquiera.

—Nosotros somos unos cualquieras. [101]

—¿Para qué se metería el vecino en cosas de mayores?

—Por echar pulso. [102]

—A que sufra la pobre. Estando preñada.

—A lo peor suelta el crío. Sobre los bandidos. Que carguen con todo.

—Quejándose estaba. Llorando también. Sería de ayudarle.

---

[100] *a la cansada*: corrupción del americanismo *a las cansadas*: «a las mil y quinientas, muy tarde» (en: *Americanismos...*, ed. cit. p. 141).

[101] *cualquieras*: corrupción popular por *cualesquiera*, que se puede oír también en España.

[102] *echar pulso* es aquí un americanismo que quiere decir «presumir», o más precisamente, «echárselas de valiente»; expresa la tendencia a la vanidad del chulla.

—¿Cómo, pes? No dejan ni acercarse al cuarto.
—La señora Mariquita les hizo pendejos. Entró por la quebrada.
—Si pudiéramos curiosear.
—No se metan en pleito ajeno.
—Usted qué sabe, abuela. ¿Ajeno? Nuestro también es.
—Nada es nuestro sobre la tierra.
—Usted mismo nos ha dicho que las penas.
—Nuestras penas.
—Esta nos duele como propia. Sería de avisar al chulla.
—Ya corrió el hijo de la fondera.

Cuando doña Encarnación Gómez supo lo que pasaba habló con los pesquisas para evitar el escándalo en su casa honorable. Todo fue inútil. Ellos cumplían órdenes superiores.

«He amparado a un criminal. La Justicia. La Justicia con los ojos vendados le busca, le persigue. Tendrá que interrogar la pobrecita para saber a dónde va, a quién golpea. Palo de ciego no más es. Yo diré la verdad. ¿Pero cuál será la verdad preferida? ¿Cuál la que han recogido para hundir al chulla? ¡Virgen Milagrosa, ilumíname! ¿La del marco tallado será? ¿La del marido de la carishina será? ¡Que fuera la de los arriendos! Verán no más lo que pasa. Impuestos... Impuestos...», pensó la vieja a la noche. Y a medida que le daban vueltas en la cabeza aquellas confusas interrogaciones se le agigantaba el temor de perder algo íntimo. Encendió una vela a los santos del altar de la cabecera de su cama y se encerró a dormir recomendando a la tropa de güiñaschishcas alejarse de la posible tragedia.

* * *

«Llevarme vivo o muerto. Llevarme a la capacha», repitió mentalmente Romero y Flores contemplando atónito cómo se alejaba la figura escurridiza —gris de sucio en el vestido, desorden en la cabellera al viento, humedad y lodo en los pies descalzos— del muchacho que le trajo la mala noticia. Con verdadero asco se pasó la mano por la cara y pensó huir, zafarse de aquel estúpido compromiso que le obligaba a chapotear en un fango de contradicciones sentimentales. Pero a la indignación febril que puso en su sangre Majestad y Pobreza cuando supo que cinco cholos atacaron a Rosario —erguida postura de caballero listo a desigual combate—, se mezcló la prudencia sinuosa de mama Domitila —terror del indio a la crueldad del rey blanco—. Mas, ni el miedo morboso, ni el coraje desorbitado, decidieron entonces. Había en él algo superior a sus sombras, algo suyo y amargo que evocaba a su amante en medio de otros hombres —allí estarían ellos con su mirada bovina, con su odio acholado entre los dientes, esperando robar algo de valor o saciar su lujuria, con su docilidad para cumplir lo que les han ordenado, sea bueno o malo, legal o ilegal—. «No puedo... Solo... Esperaré hasta la noche... La oscuridad... El dinero, la camisa, las franelas... ¡Carajo! Conmigo se han puesto... Cinco... Esperar... ¿Dónde?», se dijo.

—Aquicito no más —se respondió a media voz y entró en una cantina de aspecto miserable. En la trastienda echó el paquete que llevaba —camisa y franela—

sobre una mesa de tablero prieto por el uso. Al sentarse y oir el crujido de la silla —vejez envuelta en sogas de cabuya— creyó haber caído en una trampa, en una trampa entre indios, cholos, chagras y tahúres, pero ante aquel paredón rocoso de adversas circunstancias que se le presentaba, tras del cual presentía el pulso omnipotente de algo superior a su ingenio, a su disfraz, a sus mentiras, a su nombre, escurríasele el coraje, la rebeldía. ¡Su flamante rebeldía! ¿Qué hacer? Bebió una copa de aguardiente. Surgió como de ordinario la voz de mama Domitila: «Corre, guagua. Corre lejos... Son malos, poderosos, crueles...», y el impulso altanero de Majestad y Pobreza: «Ataca sin mirar... El heroísmo... Los cojones... Si son gigantes, mejor...» Vieja disputa que al ser envuelta por los tentáculos de la obsesión de lucha que embargaba por ese entonces al mozo se transformó en una especie de alarido íntimo: «Ella tiene que parir. Parir como todas las mujeres. ¡Es mi hijo! La noche... La noche para luchar. ¡Mi hijo! Ayer era una palabra... Hoy una angustia... Mañana una realidad pequeña... Tengo que ampararle... Mi guagua... Guagua es de indio, de cholo... Mi hijo es de caballero... ¿Caballero? Me esperan... ¿Dónde? ¿Por qué a mí precisamente? Ahora o nunca... No soy un cobarde... Soy un padre en peligro... Ji... Ji... Ji...»

Al tomar la segunda copa de aguardiente Romero y Flores creyó hallarse frente a Rosario, frente a Rosario que le miraba con ojos llenos de lágrimas, con respiración de súplica y temor, con gritos estrangulados en la garganta. Echó sobre la mesa unas monedas, agarró su paquete y ganó la calle. La noche, desvencijada por el viento del páramo, por la garúa pertinaz, por el alumbrado tuberculoso de las esquinas, mostrábase propicia a la fuga clandestina. Con cautela y olfato de perro vagabundo, el mozo saltó por un portillo de la tapia del solar que daba a la quebrada —potrero común a las necesidades campesinas del vecindario—. Mientras avanzaba a tientas, abriéndose paso por una vegetación húmeda, envuelto en olores a desagüe y desperdicios de cocina, resbalando en el lodo, murmuraba:

—Llegaré... Llegaré...

De pronto se detuvo perdido en las tinieblas. Con mágica intuición supo que había dado con la propiedad de mama Encarnita. Era demasiado temprano como para aventurarse invisible por patios y corredores. Esperó arrimando su desconcierto a la peña. Su mano que vagaba nerviosa entre los hierbajos tropezó con algo que podía... —una piedra de aristas de cuchillo—. «Me servirá de arma. Podré defenderme... Atacar...», se dijo. Y sin escrúpulos de ninguna especie, fuera de toda responsabilidad, a pesar suyo, se apoderó de ella con sádico deleite.

—Ahora que me jodan, carajo —advirtió estirándose en ingenua actitud de desafío.

Al desembocar en el patio principal —área de su refugio— Luis Alfonso observó con ojos de rata asustada. La oscuridad, el silencio y la garúa le alentaron. «Cholos no más son...», pensó apretando la piedra que llevaba en la diestra. Y al amparo de la balaustrada de ese lado del corredor, casi en cuatro, con cautela felina, avanzó unos pasos. «Le dejaré la camisa, las franelas, la plata para el médico, y... ¡Imposible, carajo! Yo pensé que estaban en la puerta de calle... Así me dijo el guambra... Así le entendí yo... Le entendí mal... Dos... Dos sombras... Primero el uno... Después el otro... Preferible que algún vecino le diga... ¿Confiar en

ellos? ¿Pedirles un favor? ¿Desnudarse? ¡No! Nunca... ¿Entonces qué? Esperar que se duerman, que se alejen, que... Volver...» A los pies del mozo sonó imprudente una lata. Las sombras centinelas olfatearon de inmediato hacia el ruido:

—¿Qué fue, pes?

—La linterna, cholito.

—¿Quién es?

—¡Hable!

—¡Si no contesta disparo, carajo!

El estupor petrificó al mozo en tímida posición uterina. Con vuelo alocado, brujo, una mancha redonda de luz rubricó en la página enlutada del patio, recorrió inquieta las paredes, hurgó por los rincones, saltó al tejado para caer con mano de arpista sobre las cuerdas mudas de la baranda del otro lado del corredor —hacia la derecha, hacia la izquierda—, se metió cautelosamente... Inmóvil, con la luz a los talones, Romero y Flores se sintió perdido... Tenía que hacer algo. ¿Qué? No era un sueño. Con violencia impuesta por la desesperación se estiró como pudo y lanzó hacia el punto luminoso su única arma, la piedra. De nuevo se hizo la oscuridad. El orgullo con el cual se infló momentáneamente por haber dado en el blanco le retuvo por breves segundos. Segundos fatales a la posible fuga. Entre maldiciones y palabrotas sonó un disparo.

—¡Pronto!

—¡Corran al pasillo de atrás!

—¡Me dio en los dedos, carajo!

—¡Es él! ¡Le vi... le vi...!

—¡El chulla!

—¡El chulla bandido!

Los cuatro pesquisas —reunidos por el escándalo— corcharon en un abrir y cerrar de ojos los posibles escapes. Romero y Flores, al comprender que había fracasado en la retirada, se deslizó como un gato hacia lo más penumbroso del corredor, ocultándose en el hueco de una puerta, de una puerta cerrada. Un grito en torrente sentimental, en lazo que apretaba la garganta, surgió de pronto. Era Rosario. Rosario que había escuchado e intuido cuanto pasaba.

—¡No, por Dios! ¡Huye! ¡No vengas! ¡Esperaré con mi dolor! Con mi... Ay... Ay... Ay... ¡No puedo! Te odian porque dijiste la verdad. Es gente que no perdona. ¡Quieren matarte! ¡Lo sé! ¡Huye... Huye...! —suplicó oteando en las tinieblas con voz de estrangulado coraje.

¿Quién era la que le hablaba en semejante circunstancia? ¿Era acaso la pasión desenfrenada de una mujer? ¿Era la queja humilde y persistente de mama Domitila? ¿Eran las dos cosas al mismo tiempo? Inmóvil junto a la puerta, mirando sin que le miren, el mozo no pudo refrenar una maldición gutural. Síntesis de lo que nunca se atrevió a decir, de lo que muchas veces apuntó su sangre con vergüenza y amor: «Te quiero porque recibiste mi deseo de hombre, porque fuiste cómplice para mis prosas de gran señor en los días de miseria y en las noches de inmundos jergones... Porque te pareces a mi madre... Te quiero por tu loco afán de parir... Por tu horror a la muerte... Porque me da la gana...» Luego, ciego de cólera, con recia y ceñuda

voz lanzó un carajo al observar que una de las sombras —cholo atrevido— empujaba a Rosario hacia el cuarto.

—Vaya no más... No se ponga a gritar como carishina.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritaron dos pesquisas acercándose a su presa.

Instintivamente Romero y Flores trató de incrustarse en las tablas que obstaculizaban su fuga. ¿Quién era capaz de ayudarle? Estaba solo. Solo. ¿Taita Dios? Siempre fue para él la sombra de Majestad y Pobreza en tamaño gigante. ¿Y los hombres? ¡Absurdo! Le acosaban como a fiera peligrosa, querían matarle. De pronto sintió que alguien abría a sus espaldas, con sabia cautela, con pulso de socorro, una rendija en la puerta. Alguien que... «No estoy solo», se dijo. Y alentado por la generosa ayuda concibió un atrevido plan. A fuerza de maña y coraje separó un poco a las sombras que le detenían y saltó hacia adelante —entre ellas— echando los brazos atrás. La habilidad y la violencia le permitieron escurrirse de su americana como un misterioso pez que deja la piel en el anzuelo.

—¡Uuuy!

—¡Ve pes, carajo!

—¡Diablo resbaloso!

—¡Chulla bandido!

—¡Por ese lado!

—Nos dejó con el saco entre las manos.

—Así mismo son éstos.

—Chullas mal amansados. Sin oficio... Sin beneficio...

—¡Agárrenle!

—¡Corran!

—¡Pronto!

A pesar del número, de la experiencia y de los comentarios de los pesquisas, Romero y Flores logró ganar y entrar en el refugio que misteriosamente descubrió a sus espaldas.

—¿Qué fue, pes?

—Desapareció. Aquí mismo, cholito.

—Cosa del diablo parece.

—Pendejada. Le abrieron la puerta.

—¡Golpeen no más, carajo!

Alguien que respiraba como fuelle roto cerró desde el interior el generoso escape —llaves, trancas, muebles—, mientras una mano pequeña, áspera —mujer de cocina y fregadero—, apoderándose a tientas del fugitivo le dirigió entre la oscuridad.

—¡Abran, carajo! ¡Somos de la policía!

—¡De la policía!

Dominado por la extraña emoción de encontrarse momentáneamente a salvo, Romero y Flores sintió una especie de gratitud melosa. No era el cansancio físico de la fuga, ni era tampoco el miedo a la ley que aullaba a sus espaldas. No. Aspiraba quizás a hermanarse con la gente que tanto había despreciado. Existía nobleza en ellos. Nobleza de complicidad en el pecado que se rebela, en la culpa

que nos ata al grupo humano del que procedemos, a la sombra del techo bajo el cual hemos nacido.

—¡Abran!

—¡Echamos la puerta!

—¡Somos de la policía!

—¿No entienden?

Al desembocar en un cuarto mal alumbrado por una vela, la mujer de manos pequeñas y ásperas —brazos flacos, manchas y arrugas en la cara, venda de media negra en la frente con hojas de chilca * en las sienes, impuros remiendos en la ropa de dormir, pañolón a los hombros— hizo señas al hombre que respiraba como fuelle roto —sarmentosa figura en paños menores, hálito al apagarse de cansancio, ojos negros, vivos, único rastro brillante en amargura de pergamino— para que no responda. «Es el amanuense de las escribanías y su mujer... Buenos, desinteresados... ¿Por qué? Soy un carajo... Un bicho pequeño, vil, en mangas de camisa, con el agua al cuello...», se dijo el mozo.

—¿Qué pasa? ¿No responden?

—Pronto.

—¡Empujen entonces a todo meter, cholitos!

—¡Ahora verán, carajo!

—¡A la una, a las dos, a las tres!

Ante la violencia inapelable de los pesquisas —crujió la puerta, se estremeció la casa—, el amanuense de las escribanías, con voz inocente de quien acaba de despertarse, interrogó:

—¿Qué pasa, pes?

—¡La policía! ¡Abran!

—¿La policía?

—¡Sí!

—Voy. Un momentito.

Antes de atender a la impaciencia de los representantes de la ley, el hombre que respiraba como fuelle roto ordenó en señas a la esposa que indique al fugitivo la trampa de la pared del fondo —bastidor de cáñamo.

—Está mojado. Le voy a prestar... —opinó ella. Y echó sobre los hombros del chulla un saco viejo del marido. Luego alzó una esquina del tabique disfrazado de pared e invitó a Romero y Flores a pasar al otro lado.

El chulla, a pesar del vértigo en el cual se debatía, no dejó de observar con pena el ambiente que en otras circunstancias le hubiera producido asco: la hamaca percudida de orinas y excrementos de guagua tierno sobre el lecho miserable del matrimonio; la vela moribunda en candelero de botella vacía; el jergón de la chola güiñachishca en el suelo —montículo informe de malos olores y sueño de piedra—; la mesa cargada de frascos, tarros de lata, periódicos viejos —revoltijo de chucherías—; la cama de la prole —cuatro rapaces, dos hembras y dos muchachos, que observaban el espectáculo con audacia y burla de gente mayor en los ojos, mientras se acariciaban en pecado bajo las cobijas— hecha de tablas y de adobes; el altar de la Virgen de ingenua factura fetichista —habilidades de crochet, papel dorado en flores, en tiras, en penachos— cubriendo una esquina; los bacines hediondos a

sarro —el grande para el papá y la mamá, el chico para los niños, la chola al patio cuando le urge—; el gato familiar —presencia diabólica por la penumbra de los rincones—; el baúl desvencijado como banca y la banca como ropero nocturno. Total sumido en aire y estrechez de tibieza nauseabunda.

Al entrar los pesquisas —tres, uno se quedó de guardia en el patio—, Romero y Flores había desaparecido por la trampa.

—¿Dónde está? Nosotros le vimos.

—¡Ustedes responden! Esto no es aquí puse y no parece.

—¿Dónde? Si no hablan chupan las consecuencias.

—Van a la capacha con guaguas y todo.

El registro aleteó debajo de las camas, dentro del baúl, detrás de las cortinas, entre las ropas; retiró la banca, la mesa, el cajón que servía de velador; levantó las cobijas, los papeles, el costal del piso; despertó a la güiñachishca a patadas; palpó en las paredes...

Entre tanto, en la habitación contigua, a la luz que llegaba de la vecindad, el chulla halló un nuevo cómplice, un amigo incondicional, don Mariano Chabascango, el «militar retirado sin suerte» —bajo de cuerpo, ancho de hombros, piel de bronce sucio, pómulos salientes, bigote ralo, paletó raído en vez de bata de casa, altanera la actitud de brazos y cabeza, andar cimbreante de actor novato en rol de caballero forrado en cuero de indio—, el cual, sin perder un segundo, esforzado a pesar de la edad, llevó a Romero y Flores hasta la puerta, y, escondiéndole tras de sus espaldas, murmuró en voz baja:

—Espere no más, cholito. Hay un esbirro en el patio. Verá... A dos pasos de nosotros está la bodega de los fruteros. La puerta que sigue. Se abre tirando una armella. Una armella grande, vieja. De la bodega se pasa al dormitorio donde encontrará a los chagras... Del dormitorio se pasa al segundo patio. Tiene que ganar la quebrada a toda costa, cholito.

—Sí. Eso he pensado. Pero si no me ayudan los otros vecinos...

—¿Por qué no? Está en nuestro juego. Hay algo que nos une, algo más fuerte que nosotros. Le digo por experiencia. Yo también... Pendejadas donde uno se mete... Sé que todos los vecinos estarán listos en su favor. Contra los otros que representan en este instante... Odio, destino... Bueno... No podría explicarle...Ya verá...

Desde el cuarto del hombre que respiraba como fuelle roto llegó la voz victoriosa del «Palanqueta» Buenaño:

—¡Esto ha sido tabique no más, pes! ¡Por aquí! ¡Traigan un cuchillo para romper!

La amenaza del pesquisa exaltó la heroica altanería de Don Mariano Chabascango. Ciego de furia agarró su espada de un rincón entre trapos y palos viejos, y, desenvainándola con melodramático esfuerzo, retó a duelo a los posibles violadores de domicilio:

—¡Al primero que se atreva le clavo en el corazón! ¡Soy un militar!

—¡Ah! Nosotros no sabíamos, jefe. Somos de la policía.

—No tienen derecho para abusar así.

—Es orden... Mi... Mi...

—Teniente en retiro. De los antiguos.

—¡Oh! Teniente en retiro —repitieron los pesquisas con desilusión y burla de quien afirma: «La pendejada que ha sido».

—¡Vengan pronto! ¡Se escapa... Se escapa...! ¡Corre como diablo! ¡Vengan, carajo! —chilló el pesquisa que se hallaba de guardia en el patio. Pero cuando asomaron los otros —dejando al heroico militar espada en mano frente al tabique—, el chulla había desaparecido de nuevo.

—¿Dónde se metió?

—¡Aquí!

—¡Golpeen!

—Está abierto.

—Entremos entonces...

El olor —fruta madura, podrida—, las formas —pilas de plátano en cabezas, montones de naranjas, de piñas—, y una rendija casi imperceptible de luz en el fondo del recinto, aseguraron a Romero y Flores: «La bodega... De la bodega se pasa al dormitorio. Del dormitorio al segundo patio...» Sólo en ese instante se dio cuenta que había perdido el sombrero, el paquete de los encargos de Rosario, que llevaba un saco ajeno sobre los hombros, un saco flojo, sucio.

—Así está mejor para huir —murmuró entre dientes el chulla con la clara visión de estar frente a un espejo de cuerpo entero. Le perseguían. ¿Por qué? «Porque dijiste la verdad. Es gente que no perdona. ¡Quieren matarte! ¡Huye! Usted... Usted está en nuestro juego. Hay algo que nos une, algo más fuerte que nosotros... Los vecinos estarán listos en su favor».

Con movimiento de afiebrado coraje —siempre a tientas—, Luis Alfonso apartó obstáculos a su paso —naranjas, piñas, cabezas de plátano—, y abrió de un empellón la rendija de luz que tenía a su alcance. Dos hombres miraron con reproche al intruso. Eran los chagras de la fruta. El uno más alto, el otro más gordo. El uno junto a la mesa de las cuentas —contabilidad de montoncitos de granos de maíz: rojos, amarillos, blancos—, el otro en el centro de la habitación armado de un garrote. El uno pálido, piel estirada sobre los pómulos salientes, labios gruesos, nariz chata; el otro rubicundo, pecoso, baba bonachona en la boca entreabierta. Ambos vestidos de casinete [103] —arrugado en las solapas, deshilado en las rodillas, parchado en el culo—. Ambos de hediondez y suciedad de miel, sebo y tierra —pelos pegados a la frente bajo el sombrero capacho; * zapatos de becerro en jugo de mortecina, uñas negras.

—¿Qué pasa pes, carajo? —interrogó el más alto que era el del garrote.

—Soy el vecino del zaguán. Me persiguen.

—¡Ah! ¡El vecino! —advirtió una chola incorporándose a medias en una cama revuelta. En la única cama que, según las malas lenguas, la compartía amigablemente con los dos chagras.

—Creí que era uno de los pesquisas, pes.

---

[103] *casinete:* ecuatorianismo, que designa «una especie de paño ordinario y de poca duración, que de antiguo (1650) se ha tejido y se teje aún en Quito». (A. Mateus, *Riqueza de...*, ed. cit., p. 51). La palabra procede sin duda de la forma francesa *cassinette*, que era un paño de fabricación inglesa, y de poco valor.

—Ya llegan. ¡Sáquenle! —advirtió la mujer —esposa y concubina— mirando a la puerta de la bodega.

Pero el mozo desapareció en el mismo instante que surgieron en el dormitorio de los negociantes en fruta los cuatro hombres de la policía. El «Palanqueta» Buenaño, que iba a la cabeza, gritó:

—¡Síganle, carajo!

Y volviéndose hacia los chagras que trataban de fingir sorpresa por el escándalo, dijo:

—Irán a la cárcel por no cooperar con la justicia, por esconder al criminal.

—¿Criminal? ¿A cuántos ha matado? —exclamó la hembra de la cama estirándose con inocencia que dejaba ver brazos y senos desnudos.

—A... A... —tartamudeó el pesquisa, y acholado de indignación salió dando un bufido.

Afuera, entre tanto, una mujer —menuda escucha entre las sombras—, al ser descubierta por la luz del dormitorio de los chagras, se escondió precipitadamente. Con ella fue Luis Alfonso. Imposible otra solución. Los esbirros le pisaban los talones. A los pocos segundos empujaban la puerta, tras de la cual, la «menuda escucha femenina» puso su cuerpo de tranca —rígidas en puntal las piernas, los tacos metidos en una abertura del entablado, los ojos rebosando coraje, los brazos en cruz, la cabeza hundida entre los hombros, sobre el descote de la bata temblando una joya contra el hechizo.

—¡Carajo!

—¡Ahora! ¡Empujen!

—Abusan porque no está aquí mi marido. Es sargento de caballería. Ya mismito llega... ¡A medianoche! Yo le espero... ¡Siempre! —chilló la mujer. Y comprendiendo que sus fuerzas decaían poco a poco, se dirigió al fugitivo para indicarle:

—Al corredor del zapatero. Vuele no más. Por la ventana de la cocina. Apague primero la luz. Cuidado la mesa. Más allá del catre. Bien... Bien...

Como el pestillo no cedió al primer impulso, el chulla tuvo que romper los vidrios para saltar por la ventana. Diez o quince pasos atrás quedaban las voces. ¿Dónde meterse? ¿Por dónde avanzar? Conocía muy poco ese lado de la casa. Inopinadamente —círculos concéntricos dilatándose a través del reproche de Majestad y Pobreza y del rubor de mama Domitila— recordó haber oído que la «menuda escuha femenina» chillaba en el suelo: «Cobardes. Yo guaricha he peleado junto a mi marido. Dándole el rancho, pasándole las balas, curándole las heridas... Para que ustedes roben la plata. La plata de los pobres. ¡Maricones!» Recordó haber oído que los pesquisas, entre amenazas y palabrotas, maltrataban a la hembra. Recordó asimismo cómo él, a pesar de todo, no tuvo valor para defender a la que con tanta generosidad...

—Venga no más, señor... Vecinito... Muévase, pes... Ya mismo... Nosotros... —surgió de la oscuridad la voz de otra chola.

Roto en el corazón del mozo el remordimiento apenas iniciado, fue tras de la amable invitación que se le ofrecía. Se abrió una puerta. De nuevo, a la luz de un

candil que parpadeaba entre clavos de mangle [104], tarro de engrudo, retazos de suela, piolines, hormas, cuchillos, el fugitivo pudo observar a las gentes que le ayudaban. Un cholo menudo —sucio muñeco de trapo: pelos revueltos sobre las orejas, boca hedionda a chuchaqui de guarapo, * [105] ojos a veces esquivos, a veces desafiantes, manos temblorosas, rodillas de tenaza para la obra de apuro, parches a lo largo del vestido— sentado frente a su pequeño depósito de herramientas. Un muchacho —aprendiz de remendón: gorra metida hasta las cejas, catarro sin pañuelo, camisa y saco sin botones, zapatos sin medias, trabajo sin sueldo—, tan aburrido y soñoliento como el gallo de pelea preso con traba a la pata de la mesa. Tres rapaces en camisa —cuatro, cinco, seis años: ternura de anemia en las mejillas, vientre hinchado, piernas flacas, más mocos que nariz, sarna de piojo en la cabeza— espiando tras un tabique de cáñamo tapizado con recortes de ilustraciones de revistas y periódicos —escenas de guerra, vampiresas de cine en paños menores, toreros célebres, campeones de varios deportes, retratos del Santo Padre y de los «patrones grandes» de la política nacional e internacional—, especie de biombo que trataba de ocultar a medias la miseria del jergón tendido sobre poyo de adobes, con cueros de chivo, ponchos viejos, esteras podridas. Y junto a la puerta, temblando de frío, de sueño, en alelada espera, la mujer —algo de agónico en la mirada, de trágico en los labios, de chirle en los senos, de negligente en la figura—, chola madre de casa.

—Que salga por el hueco de la cocina. Yo les detengo a estos desgraciados. Conmigo se han puesto, carajo. En peores me he visto. ¡Mi cuarto! ¡Mi taller! —chilló con voz aguardentosa el zapatero remendón como si todo lo tuviera resuelto de antemano. Luego se levantó y tomó un cuchillo. Un pequeño cuchillo de cortar suela —más cabo que hoja—. Ante semejante actitud los rapaces huyeron al jergón cual bandada de gorriones desplumados. El aprendiz de zapatero dejó el trabajo para ayudar a su maestro.

—No sea bruto. Chumado, pes.

—¿Cómo?

—Han de oir —advirtió la hembra exaltándose con ese histerismo que busca atacar antes de que le ataquen.

---

104 *clavos de mangle:* algo desorientado por esta asociación de palabras, le pedí una aclaración al escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, que en carta fechada el 8 de enero de 1987, me contestó que se trataba de clavos de forma cuadrada, hechos de madera de mangle, y que recordaba haberlos visto en los talleres de los zapateros de su infancia. Le agradezco la información, que con su amable autorización, incluyo en estas Notas explicativas.

105 *guarapo, o huarapo:* «Jugo de caña de azúcar fermentado», escribe P. de Carvalho-Neto, que indica que existe la palabra por lo menos desde fines del siglo XVI. El conocido folklorista cita a continuación un pasaje del magnífico estudio de Gonzalo Rubio Orbe, *Punyaro, Estudio de antropología social y cultural de una comunidad indígena y mestiza* (Quito), C. C. E., 1956, p. 258), donde el gran etnógrafo enumera lo encontrado en guarapos en plena fermentación de la comunidad de Punyaro: había «lagartijas amarillas secas, llamadas *guagsas*, hasta de una tercia de vara de largo, ácido sulfúrico en pequeñas dosis; *chimbalos* en pleno fermento —son unos frutos silvestres, ácidos y agrios de natural—, tallos tiernos con hojas y flores de chamico machacado, bagazo de caña golpeado; huesos de canillas y calaveras humanas; ortiga con cal y pedazos de hojas de agave negro, soasado y golpeado». (P. de Carvalho-Neto, *Diccionario del Folklore...*, ed. cit., pp. 227-228). Véase también, más abajo, el pasaje de la novela que remite a la N. 113, así como el contenido de ésta.

—¿A mí carajo? ¿Al Mediasuela? Soy un hombre libre. ¡Libre! Me gano la vida sudando tieso. ¡No soy un esbirro! Ellos...

—¡Ave María! Le salió el diablo. Buenamente no más estaba. El diablo del guarapo que se pega, pes. Venga, vecinito. Por aquí —murmuró la mujer metiéndose por una puerta en la penumbra de la habitación.

Los gritos dieron de nuevo a los pesquisas la pista del fugitivo. Pero a esas alturas del escándalo, los vecinos de la casa y algunos del barrio, emboscados en las sombras, acechaban con inmovilidad felina el momento de poder tirarse al suelo para saborear con deleite diabólico la caída y confusión de la carrera de los esbirros. Los más audaces —muchachos y mujeres especialmente—, salían de improviso a recoger noticias o a dar paso al fugitivo hacia el lugar que consideraban menos peligroso. Alguien —desde una ventana, o desde un hueco de la tierra, o desde una gotera del techo, o desde el infierno— silbaba burlón, muy bajito, «La Cucaracha».

También mama Encarnita, sentada en la cama, las piernas cruzadas bajo las cobijas, el gato en la falda, de espaldas al altar de sus devociones, se pasó rezando, rosario tras rosario, atenta a los ruidos y a las pausas que marcaban la fuga. Le era doloroso e insufrible pensar que su propiedad podía mancharse con la sangre del «chulla desgraciado, mala fe, mala conciencia». ¿Qué hacer? ¿Qué decir? De rato en rato, entre credos y avemarías, exaltada por impulso de lacerante desesperación, volvía la cabeza hacia el altar, y en tono infantil, y con gesto de ruego y blasfemia a la vez, murmuraba:

—Taitiquito mío, Mamitica milagrosa. Yo... Yo no he sido tan mala con las cosas de la Santa Madre Iglesia para que me castiguen así. Que no le maten al chulla en mi casa. ¡Sólo eso pido! Casa caritativa, casa honorable, casa decente. Que le maten en la calle, en la cárcel, donde quiera... Que corra hasta que pueda salir...

«Taitiquito» y «Mamitica» escucharon a la vieja. Después de la intervención heroica de las «Carishinas» —sin clientes esa noche—, que ocultaron al mozo en la cama de la madre postrada y de los hermanos menores que alimentaban con su trabajo; del ingenio de la «Planchadora», que hizo pequeñas reformas en el disfraz de Romero y Flores con una gorra y una bufanda de uno de sus hijos; de la buena voluntad del «Tuerto Pacho» para barajar al mozo entre tablas y herramientas; de la audacia de la «Bruja» que, murmurando frases de una cábala que nadie entendía, sacó al fugitivo por el hueco del tejado, y echó luego en las candelas donde oficiaba sus hechicerías un puñado de polvos hediondos que al estallar en luz vivísima nubló [106] de humo —sinapismo para los ojos entrometidos—, Luis Alfonso pudo ganar el último patio donde le aconsejaron que se arrastre como un gusano por una especie de desagüe. Así llegó hasta el barranco.

—Esperen un ratito. Esperen no más, carajo. Yo le sentí. Se fue por la quebrada —advirtió el «Palanqueta» Buenaño congregando en su torno a los

[106] *nublar*: este verbo es, normalmente, transitivo; Icaza lo emplea aquí intransitivamente, con el sentido de «echar una nube de humo».

compañeros. Y limpiándose con la mano libre —en la otra llevaba el revólver y el dolor de los dedos magullados— la cara empapada en sudor, concluyó:

—No me hace pendejo. Quiere volver al redil. Hablar con la moza. Sacarle donde algún vecino. ¡No, carajo! Vos, Tipán, y vos, Benítez, corran a la puerta de calle. Quiere darse la vuelta. Estoy seguro. Que nadie entre en el cuarto del chulla. ¿Me entienden?

—Y si ella...

—¡Nadie! No vamos a llegar con las manos vacías ante el Jefe. Yo y el Robayo nos encargamos de agarrarle vivo o muerto al desgraciado —observó el «Palanqueta» Buenaño descendiendo a toda prisa por la ladera del barranco. Algo más fuerte que el deber, algo que se agigantaba minuto a minuto en su cólera y en su odio había surgido en él. Su heroica hoja de servicios. A él fue a quien encomendaron, con tres acólitos presidiarios, propinarle una paliza al juez que se negó a obedecer las órdenes políticas de su Excelencia. Teatral escándalo que dejó un moribundo en el suelo. El cumplió con igual eficacia la orden de castigar al orador parlamentario de la oposición. Rapto misterioso del rebelde en la noche. Camino abandonado. Una letrina en la cuneta. Cuatro hombres sobre la cabeza de la víctima. La boca atrevida hundiéndose, una, dos, tres veces, en orinas, en lodo, en excrementos. Por donde se peca se paga. A él y al Jefe se les ocurrió también encerrarle como simple contraventor —veinte y cuatro horas— al revolucionario profesional —altanero e incorruptible— con tres homosexuales activos. El dio más de una vez garrote a periodistas y estudiantes. Era un excelente pesquisa, loado y defendido por las más altas autoridades del país. No iba a perder su prestigio por un chulla aventurero. Le agarraría sea como sea... Hasta aplastarle... Hasta...

Romero y Flores, entretanto, había salido de nuevo a la calle —solitaria, oscura, hedionda. Respiró a gusto. Pero de pronto le pareció imposible ir a ninguna parte con ese saco de héroe en desgracia, con esa gorra de muchacho plazuela, * con esa bufanda de chagra, con... Se sentía otro. Por primera vez era el que en realidad debía ser: un mozo del vecindario pobre con ganas de unirse a las gentes que le ayudaron —extraño despertar de una fuerza individual y colectiva a la vez. El recuerdo de su pequeña proeza le envolvió en un afán de reintegrarse... ¿A quién? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Por que me da la gana, carajo —murmuró a media voz. Luego se dijo: «Soy un hombre... ¡Un hombre! Ella me necesita... Es mi mujer... Mientras los pesquisas hurgan en la basura le hablaré desde la ventana. Le daré... He perdido todo... Bueno... La plata... Los vecinos podrán... Soy un bruto».

Avanzó lentamente. A medio camino de su plan le asaltó la duda, el temor, algo que le puso en acecho de los mil ruidos que mezclaba y traía el viento entre la garúa. Era la desconfianza de mama Domitila, murmurándole: «Cuidado, guagua. Guagüitico... ¡Cuidado! Son traicioneros...» Saltó entonces a la otra vereda hasta distinguir el hueco del postigo abierto. Todo parecía tranquilo. Sin embargo —ardid de indio para descubrir pájaros y alimañas entre hojarascas y matorrales—, hizo rodar una piedra frente a la casa. Como por encanto surgieron dos sombras desde el zaguán. Olfatearon sin tino, alocadamente. Por un segundo, él creyó haber caído

en la trampa. Se le contrajo el abdomen y dejó de respirar. Pero reaccionó a tiempo emprendiendo veloz carrera calle abajo y dejando a sus espaldas voces y comentarios:

—Salió no más.

—Corriendo.

—Como un aparecido.

—Tenía razón el Buenaño.

—Quiso entrar.

—Chulla bandido.

* * *

Pocos minutos más tarde, un silencio hipócrita se extendía a lo largo y a lo ancho del barrio, se extendía llenando los patios de la casa de mama Encarnita. Sólo los dos hombres encargados de vigilar que nadie entre en el cuarto de Rosario, trataban en voz baja de dividirse el paquete que perdió el chulla:

—¿No será el cuerpo del delito?

—¿Qué es, pes? Los papeles eran...

—A veces resulta.

—Nada, cholito. Ganado en buena lid. La camisa para mí... La franela para vos...

—Cuando Dios quiere dar.

—Algo por la mala noche.

—Una rebusquita [107] que llaman.

Al principio creyeron los pesquisas que la mujer callaría pronto. Desgraciadamente no fue así. La queja angustiosa, cáustica, creció poco a poco. Creció sin control.

Mientras él estuvo al amparo de los vecinos, muy cerca de ella, Rosario pudo resistir mordiendo las cobijas, las sábanas, apretando los dientes y los puños, estrangulando el llanto. Pero después, cuando a la desesperación de no saber del fugitivo y al recelo a los hombres que conversaban en la puerta, se unió el tormento físico —las caderas abriéndose en los huesos, en los tendones, en los nervios; el vientre latiendo en los riñones, en el corazón, en la garganta, en las sienes; el sudor frío empapando los muslos, la espalda, la frente—, no pudo detener el lamento gutural, clamoroso, que le obligaba a abrir la boca en ansia de alivio, a cerrar los ojos en mueca trágica, a crispar los dedos.

—Aaay... ¡Aaay!

A corto plazo, toda ella no fue sino un vasto clamor jadeante que golpeaba en la compasión del vecindario y que, al pensar en su cuerpo, lo hacía en tercera persona: «Pobrecito... Hinchado. Deforme. Ojos ensombrecidos. Manos y pies hidrópicos. Temblando como un pájaro prisionero. Débil. Blando. Aplaza al final de

---

107 *rebusquita:* americanismo, diminutivo de *rebusca* que, en ciertos países de Hispanoamérica, corresponde a «provecho accesorio», y a «negocio ilícito llevado cautelosamente» (*Americanismos...*, ed. cit., p. 531).

cada grito la gana de morir. ¿Por qué no se rebela? Toda pasión, todo sentimiento, toda fe, todo ideal, todo placer, todo vicio, soporta macerándose cruelmente».

—Aaay... ¡Aaay!

Al impulso de una especie de solidaridad sin palabras se fueron congregando en silencio los vecinos frente al cuarto de la parturienta. A nadie se le ocurrió en el primer momento avanzar más allá de donde se podía observar sin ser visto por los pesquisas:

«¿Será de pena por el chulla?» «¿Será de cólera?», «Así mismo chillan las hembras por cualquier pendejada», «Sólo al parir chillan así», «Ruge como borracho con dolor de patada en los huevos», «Parece que las entrañas se le desgarran», «Todas las mujeres tenemos... Es nuestro destino...», «A veces Taita Dios priva de hijos a las carishinas», «Tantas pendejadas para no más de morir», «Parece que se ahoga», «Soledad y desamparo».

—Aaay... ¡Aaay!

Rosario cerró los ojos y arrimándose a uno de los pilares de la cama trató de recobrar el aliento. Se sentía terriblemente sola. Hizo un gesto desesperado para ocultar la cabeza entre los brazos como si estuviera defendiéndose de un animal feroz, y se quedó así sometida al martirio de su realidad. «Nadie... Yo sabía que él... Yo le dije...», pensó con lacerante angustia de náufrago que se hunde sin testigos, que se hunde ante la indiferencia de una noche impenetrable. Entre tanto afuera, su grito, retorciéndose y golpeando en la ayuda indecisa del vecindario, había canalizado las dispersas opiniones del primer momento en un plan atrevido:

«Ahora carajo», «¿Qué hacemos aquí parados como fantasmas?», «Hemos venido por nuestra propia voluntad», «Tiene que parir», «Como las indias entre la maleza del monte, a la orilla del algún río, en la soledad de la choza», «Como animal», «¡No! Debe parir como gente blanca», «Su grito me duele en el vientre, en la cadera, en lo que tengo de mujer», «Hay que socorrerle», «Puede torcer el pico la pobre», «Tenemos que pasar sobre los hombres que le cuidan», «Podemos... Somos muchos... Somos fuertes... Estamos unidos...», «Ahora, carajo».

—Aaay... ¡Aaay!

Sin darse cuenta, arrastrados por una fuerza de compasión y desafío, los vecinos de la escucha avanzaron unos pasos hacia el patio.

—¿Qué quieren? ¿Qué buscan? Nosotros estamos aquí para cuidar... Para que no entre nadie —advirtió con voz alterada por la sorpresa uno de los pesquisas.

En respuesta, surgieron de la pequeña tropa que avanzaba, palabras rotas, deformes, incomprensibles.

—¿Qué dicen? ¡Hablen claro!

Desde un rincón, alguien, en tono cavernoso de vieja experiencia, opinó:

—No puede parir así no más, pes. Sólo los animales... Sólo las indias... Queremos ayudarle... Debemos ayudarle...

En afán de disculpa, cínicamente, ocultando temores y vilezas, los dos centinelas respondieron, cada cual por su cuenta:

—No se puede. Cumplimos órdenes.

—Nuestra responsabilidad es grande. Nos han dicho... Ustedes de gana se meten en cosa ajena.

—Cada uno es cada uno. Por algo hemos de estar nosotros aquí. El chulla es un bandido.

—¡Retírense, carajo!

Al oir la disputa —las manos extendidas en urgente ruego, los ojos desorbitados mirando hacia la puerta— Rosario comprendió que no estaba sola, que los vecinos lucharían por ella como lucharon por Luis Alfonso.

—Aaay... ¡Aaay!

Hábilmente, deslizándose como ratas en la sombra, hombres y mujeres del vecindario, anunciaron:

—Tiene derecho a parir.

—Conozco. Por el grito ya está coronando el guagua.

—No hay nadie con ella.

—Es terrible.

—No tienen corazón.

—Una que ha parido sabe... Sabe que se ve palpablito la muerte, pes.

—Ya mismo es el grito grande.

—Y nosotros aquí esperando.

—¡Queremos ayudar!

—¡Cuidado, carajo! —gritaron los pesquisas pensando que su amenaza era suficiente para detener a esa tropa informe. Mas, en un abrir y cerrar de ojos, se vieron rodeados y desarmados, mientras las mujeres se instalaban —ayes, órdenes, consejos y comentarios— en el cuarto de la parturienta.

—Pobre vecina.

—Pongan a calentar agua.

—Que se acueste prontito.

—Que camine, mejor.

—Ya no es hora.

—Sin ánimo parece.

—Veremos... —dijo una vieja de follones, pelo entrecano, manos sarmentosas, párpados enrojecidos de legañas.

—¡Cierto! Mama Gregoria sabe —opinaron en coro las mujeres que rodeaban a Rosario, dando paso a la vieja que tenía fama de buena comadrona.

Afuera, entre tanto, dominados los agentes, reinaba una especie de discusión en voz baja:

—Si nos hubieran dicho de a buenas.

—De a buenas mismo les dijimos, cholitos.

—¿Cuándo, pes?

—Queríamos ayudar a la vecina. La pobre... Es hembra y tiene derecho a parir.

—Todos tenemos derecho a algo.

—Ustedes no comprenden. Somos de los mismos.

—De los mismos... Ji...Ji...Ji...

—¿Acaso nosotros no tenemos derecho a trabajar en lo que nos dio la suerte?

—Nadie dice que no.

—Cumplimos órdenes.

—Ordenes sin corazón, pes.

—No es nuestro gusto.

—Gusto de la plata será.

—Bueno... Pero ahora...

A cada opinión de los pesquisas y de los vecinos surgía el comentario íntimo, inconfesable, de cada uno:

«¿Entonces cómo te parió tu mama?»

«Jodidos pero con honra».

«¿Los mismos? Cholos del carajo».

«No somos de los mismos. Somos caballeros de la policía con autoridad».

«La prosa de los pendejos. Culo verde no más...»

«Desgraciados... Cuando estén en el calabozo... Cuando tengamos que hacerles declarar lo que es y lo que no es...»

«¿Derecho? Derecho para perseguir a la gente, para robarle, para matarle».

«Suerte... Rascándose la barriga y las bolsas...»

«Cholos brutos. Espiar es difícil. Dar palo es difícil. Matar sin que nadie se entere es difícil».

«Piensan que nos llenamos de plata. Para lo que pagan».

«Silencio asquerosos».

Después de examinar entre rezos y bendiciones a la enferma, la vieja de follones, pelo entrecano, manos sarmentosas, párpados enrojecidos de legañas, meneó la cabeza como quien dice: «Mala está la pobre». Luego ordenó sahumar el cuarto quemando alhucema, cáscaras de naranja, romero bendito. Había que ahuyentar al demonio que estrechaba cruelmente el útero de la concubina del chulla. Pero todo fue inútil.

Ante el fracaso de la anciana, la mujer del zapatero remendón, que había permanecido inactiva y silenciosa hasta entonces, observando el dolor de aquel cuerpo débil, pálido, tembloroso, sugirió:

—A mama Ricardina Contreras, pes. Como la mano de Taita Dios es. A ella sería bueno llamarle. No ha de cobrar. En la casa de la esquina vive. Que vayan a verle los guambras.

—¡Cierto! A mama Ricardina. Que vayan los guambras —repitieron en coro las mujeres.

La habilidad de mama Ricardina —expresión de un carácter práctico, de un ingenio innato, de una madurez física que había superado complejos y presunciones de chola aseñorada— pudo más que las brujerías y los rezos de la vieja de follones, pelo entrecano, manos sarmentosas, párpados enrojecidos de legañas.

En las primeras horas del amanecer —pálida la oscuridad, cansada la garúa— se escuchó el vagido de un niño.

—¡Ya! —murmuró un pequeño grupo de cholas jóvenes que había seguido con la imaginación el desarrollo del parto —la hembra en la cama, las piernas abiertas, el sexo dilatándose bárbaramente, el feto resbaloso, arrugado, sanguinolento.

—Llora —comentó alguien.

—Lloran al nacer, lloran al morir —dijo una vieja.

—La pena que llega con lágrimas y se va con lágrimas.

—Así mismo es.

—Hijo de chulla, chulla ha de ser.
—No creo, vecina.
—A lo mejor se hace de los futres de arriba.
—Taita cura... O militar... O patrón grande... O señor de oficina...
—Todos queremos ser algo. Algunos alcanzan mismo. Otros nos quedamos no más.
—Sentirnos alguien.
—Por fin calló la pobre.
—En cambio el guagua.
—Chilla como diablo.

En ese mismo instante, Rosario —placidez de alivio físico— percibió que el feto al escurrírsele se llevaba consigo y compartía fatalmente el pulso ancestral del dolor desollado de la carne, de la inseguridad de la vida, del miedo a morir...

—Es varoncito.
—Flaco está.
—Cuidado se resbale. Se resbalan no más.
—Lo que somos. Un adefesio, pes.
—Después santos o demonios. Todo mezclado.
—Mezcla de Taita Dios.
—O de uno mismo.
—¡Bañen breve al guagua!
—Breve estamos haciendo.

«Indefenso. Pequeño. Amarrado a la pobreza, a las lágrimas, a las enfermedades, al destino. ¿Por qué? ¿Qué motivo dio? ¿De qué se le acusa? La culpa es nuestra. Yo... ¡Corrompidaaa! Un día se quedará solo... Está solo en este instante», se dijo Rosario sintiendo infinita compasión hacia el pequeño. Algo le obligó a cerrar los ojos, a crispar las manos entre las cobijas, a respirar profundamente para no asfixiarse.

—No sufra. Lindo está el guagua. Espérese. No se mueva. Todavía le baja un poquito de sangre —murmuró en tono de consuelo mama Ricardina casi al oído de la parturienta.

—Aaah.
—Espérese. Espérese, veamos...

Aquel «poquito de sangre» incesante —tibia, viscosa— fue cobrando contornos de pesadilla en el saber de la comadrona y en la tranquilidad de las vecinas:

—Fregada está la pobre.
—Más de una hora ha de ser que no le para.
—Que no le para la hemorragia.
—Parece cosa del diablo.
—Mi sobrina murió así, pes.
—Mi cuñada también...
—¿Qué haremos?
—¿Qué también haremos?
—Dicen que es de anemia.
—De los desmanes en el embarazo.

—Del corazón dicen otros.

—¿No será cosa de brujería?

—¿Qué haremos mamiticas?

—Que le vea la vecina del segundo patio. La zambita, pes.

—¡Que le vea pronto!

Antes de que las cosas se agraven, y tomen por su cuenta a la enferma las brujas del vecindario, mama Ricardina —fiel a su experiencia, que chocaba de ordinario con lo sórdido y supersticioso del medio— gritó:

—¡Lo que necesita es un médico!

—¿Un médico?

—Hice todo lo que sabía. Hice todo lo que pude. Pero cuando Taita Dios...

—¿Y la plata para el médico de dónde sacamos, pes?

—Cada cual pudiera dar algo.

—¿Después de tantos sustos?

—¿Después de tantos apuros?

—¿Después de la mala noche?

—Con plata y persona...

—Yo tengo tres sucres. ¡Aquí están! —concluyó mama Ricardina ofreciendo a las gentes que le rodeaban tres monedas sobre la palma de su mano enrojecida por el trabajo. Aquel gesto generoso convenció a todos. Cada cual dio lo poco que podía. Algunos hombres y algunos muchachos fueron en busca del médico.

VII

Mientras corría hacia abajo Luis Alfonso, pensaba: «La ciudad está libre. Rosario, en cambio me espera. Tiene que esperarme. Confía en mí. ¡En mí! Me lo advirtió llorando. ¡Sus ojos! Siempre... Volveré a ella, sea como sea, carajo». Al llegar al final de la calle se detuvo, respiró con fatiga, miró en su torno y se dio cuenta —claridad ardiente— de cuál era su situación. Sabía que bajo toda esa farsa palpitante se hallaba oculta la orden de doña Francisca, la venganza de la vieja cara de caballo de ajedrez. Sólo ella podía poner en movimiento a las fuerzas de la ley, de la justicia. Al levantar los hombros y bajar la cabeza para defenderse del viento y de la garúa descubrió en la penunbra de una puerta de calle, acurrucado como un perro, a un policía —guardián del servicio público—, el cual le observó con ojos de aburrido cansancio. «Imposible volver por aquí. Está él. La piedra. El abismo. Me delatará, carajo. Quizás por la otra calle. Más lejos...», se dijo. Al llegar a la esquina siguiente desde donde pensaba trepar de nuevo —esa era su obsesión, su gana de última hora, su sentimiento incontrolable—, sonó un silbato. Tras él surgieron cien perseguidores. A favor de la oscuridad avanzó. Con nerviosismo y diligencia de rata pudo meterse en el dédalo de un edificio en construcción. Cerró los ojos esforzándose por recobrar el aliento. Inclinó la cabeza e hizo una mueca que expresaba su desconcierto. Sentíase culpable. No de la estafa. ¡No! Culpable de su vida, de su... El miedo le advirtió que la inactividad y las paredes que le rodeaban le traicionarían en el momento preciso obstaculizándole su única salvación: huir. Se lanzó de nuevo a la calle.

—¡Por ese lado, carajo!

—¡Asomó no más!

—¡Corran... Corran...!

—¡El bandido!

Más rápido que sus perseguidores, Romero y Flores ganó la primera cuesta de otro barrio y después de muchas vueltas y revueltas —con sigilo felino unas veces, violento otras—, llegó a la última barrera. Imposible retroceder. Por todas partes surgían como perros de caza pesquisas y policías. Miró hacia abajo, hacia el oleaje de techos y luces mortecinas que se estrellaban, arrastrándole a él, en el acantilado de una peña cortada a pico. ¿Arañar el muro? ¿Trepar por algún chaquiñán? ¡Absurdo! Conocía de memoria aquel sector. Vivió algunos años en él. «A la quebrada donde termina el cerro», se dijo. A la quebrada donde jugó de muchacho a «ladrones y detectives». En esa noche él era un ladrón. Un ladrón perseguido. Un

ladrón cuyo destino era correr. ¿Hacia dónde? ¿Qué importa eso? Tampoco se sabe hacia dónde va la vida, y sin embargo la humanidad, la humanidad sigue... El también siguió adelante como un potro desbocado, como una bala perdida. Seguro en sus recuerdos saltó por el portillo de una pared de adobes casi deshecha por los inviernos. [108] Resbaló luego por un desagüe lleno de barro. Quiso esconderse en un corredor del traspatio de la primera casa que tropezó, pero alguien... Alguien que había sorpendido su maniobra, gritó con voz de mando.

—¡Aquí! ¡Aquicito a la derecha! Que no salga.

Enloquecido por lo inoportuno de la denuncia —brujo contacto en la nuca—, se metió por la quebrada. Con diabólica intuición avanzó por un sendero. Sudoroso —el corazón golpeándole en la garganta, detenido el pensamiento en el pulso afiebrado de las sienes—, trepó por la cuesta de tierra floja del relleno de una plaza. De nuevo las calles tortuosas, el alumbrado delator, los policías surgiendo de las esquinas, el escándalo de los pasos en el silencio de la hora. Por el olor —perro mojado, basura, orinas—, por la penunbra —pequeñas luces que agonizan distantes las unas de las otras—, por la arquitectura —casas chatas como vegetación enana de páramo, tiendas desde donde acecha el crimen, la prostitución, la mendicidad—, por el piso —viejo empedrado, charcos, lodo—, se dio cuenta que se hallaba en el último recodo de un barrio. ¿Cuál? Cualquiera. Todos se parecen. Huelen a matadero, a jergón de indio. Todos tratan de hundir su miseria y su vergüenza en el campo. «El campo para correr sin testigos. Para evadirme de la ciudad y de sus gentes. ¿De todas? ¡No! Rosario debe estar en este momento sola... Parirás con dolor. ¿Por qué? Sudarás con dolor. ¿Por qué? ¡Todo con dolor! Ojalá los vecinos. Ella es así... Debe saber... ¿Qué? Que yo... Si pudiera escaparme. ¡Mi hijo! Ayer, hoy, mañana. Lívido, silencioso... Llegaré, carajo», pensó. Más allá. Una, dos cuadras. Los pies y el cuerpo empezaron a pesarle. La respiración como fuelle... ¡Un hombre entre las sombras! No era un hombre. Era una planta, un arbusto, algo que se movía con el viento al borde del barranco. «Otra quebrada. Imposible seguir. De nuevo el grito negro, fétido, listo a devorarme», observó. ¿Y la ciudad? Rodeada. Presa entre cimas que apuntan al cielo. Presa entre simas que se abren en la tierra. El aire, los pequeños ruidos, las quejas de las gentes que duermen, los buenos y malos olores, lo fecundo de la pasión, lo turbio de la culpa, las torres de las iglesias como castillos feudales, las viviendas como chozas, las calles tendidas en hamaca de cerro a cerro, todo preso. ¿Y él? Chulla de anécdota barata, encadenado a ese paisaje, a ese paisaje querido unas veces, odiado otras.

Arrastró el fugitivo instintivamente su cuerpo por un chaquiñán. Su cuerpo al cual hubiera olvidado con placer en algún rincón. Pero el miedo patológico de mama Domitila por un lado y la desesperación teatral de Majestad y Pobreza por otro —jinetes de látigo y espuela sobre el alma—, impedían... Al pasar bajo un puente —pequeño túnel olor a excrementos, a orinas, a boca de borracho—, el ruido de un camión que cruzaba la calle alta aplacó en parte el desconcierto del mozo. Debía aprovechar el tiempo, esconderse en algún hueco, descansar. Notó con

---

[108] El *invierno* designa, en zonas tropicales e intertropicales de América, la «época lluviosa» del año (Fr. J. Santamaría, *Diccionario general...*, ed. cit., T. II, p. 124).

agradable sorpresa que se hallaba a pocos pasos de una casa de citas muy frecuentada por él —sórdido edificio de tres pisos, ventanas distribuidas en desorden sobre un muro blanco de cal y viejo de arrugas, puerta de calle chata y hundida en la vereda. Golpeó con discreción roedora y mientras murmuraba:

—Soy yo.

—¿Quién, pes? —interrogó una voz gangosa.

—Yo...

—Todo está lleno.

—Quiero entrar, cholito.

—No hay, digo.

—Es que...

—Sólo que espere un rato. Voy a ver si alguien se ha desocupado.

—Quiero entrar. Quiero entrar, primero.

Pegado a la puerta, esforzándose por recobrar el aliento, escuchó Romero y Flores cómo se alejaban los pasos del hombre de la voz gangosa: por el patio húmedo, por las escaleras crujientes, por el corredor... No podía gritar. No podía echar la puerta a patadas. Una profunda sensación de fracaso le anunció el poco valor de su audacia habitual. ¿Hacia dónde ir entonces? Miró a la calle. Solitaria, estrecha. Reliquia de la colonia. Cuatro varas de ancho entre los tejados para mirar el cielo. Casas viejas cargadas de lepra, de telarañas, de recuerdos y de carcoma, bajo el tedio de la humedad y del viento. Casas viejas de zaguán que desciende con violencia de hipo en el lado de la quebrada y que asciende con fatiga cardíaca en el lado de la ciudad. Casas viejas de alero de ala gacha para disimular la ingenuidad y la miseria de sus ventanas de reja, de sus ventanas de pecho, de sus ventanas de corredor. Pero... Voces y pasos en la noche. Corrió de nuevo. Casi al final de la calle, junto a un puente —más alto y nuevo que el anterior—, tropezó con dos borrachos —el uno con guitarra bajo el brazo, el otro con botella a la mano.

—Una cancioncita no más queremos. Aquí vive mi guambra.

—¡Oh!

—Espere, pes, No corra. Tome un traguito siquiera.

La estrechez de la callejuela se abrió de pronto en larga y ancha avenida. Luces rielando en el espejo negro del pavimento mojado. Arboles raquíticos. ¿Entregarse? ¿Volver atrás? ¿Pedir perdón de rodillas? ¿De quién es la culpa? ¿Acaso todo aquello no era una trampa de la que debía salir, librarse? Ante los ojos nublados del fugitivo surgieron como orillas... Allí, muy cerca, junto al equilibrio, a la esbeltez y a la gracia de cuatro o cinco edificios modernos, una tropa de casas viejas, hundidas unas, erguidas otras, en absurdos desniveles. En pocos segundos dio el chulla con una construcción —especie de corral que servía hasta las siete de la noche de comedor de indios, chagras y pordioseros—, ubicada en la penumbra de una pequeña plaza, remanso de lodo y basura. Saltó entre unos cajones vacíos. Al amarillento fulgor de la luz de la esquina más próxima pudo observar que a sus pies, en el suelo húmedo , muy cerca de desperdicios y de barro, bajo un ancho alero de hojas de cinc, dormían cinco, diez, doce personas —bultos liados en ponchos, en costales, en periódicos. Ante el escándalo del intruso sacaron la cabeza bajo su concha de harapos y echaron mano a la almohada —trapos envueltos al

apuro con nudos de grueso calibre y cordones de cabuya— donde escondían su tesoro —maíz tostado, harina de cebada, ropas viejas, pingullo * de carrizo para la música mendiga, pilches, tarros de lata, hueso de muerto o piedra de río contra el hechizo. Romero y Flores siempre había observado con indiferencia y asco a esa gente: indios que atrapó la ciudad, pordioseros que degeneró [109] la miseria, niños vagabundos —durmiendo a la puerta de una iglesia, al abrigo de un portal, entre costales de algún mercado al aire libre. Olor a cadáver, viscosidad de lodo podrido, comezón de sarna y de piojos, retorcidos gestos petrificados por la vejez, por la suciedad, por un cínico mirar —mezcla de maldición, de pena y de ternura. Cínico mirar donde Luis Alfonso sintió esa noche que se hundía como en un pantano. Saltó de nuevo sobre los cajones, hacia atrás... En ese mismo instante, voces sin aliento pero de exagerada altanería, indagaron sobre el mozo:

—¿No vieron a un chulla bandido?

—¡Por aquí se metió!

—¡Hablen, carajo!

Gritos y órdenes que no hallaron respuesta, que se ahogaron en la fingida idiotez de unos ojos donde la legalidad de pesquisas y policías era sólo cruel obstáculo para ganar y mendigar el pan, para dormir a gusto bajo techo, para usar el agua, el sol, el aire, los frutos de los campos de Taita Dios. No podían delatar al fugitivo. Al fugitivo que salió disparado de su escondite.

—¡Ya!

—¡Corran!

En la mancha de luz del alumbrado público a donde se aproximaba, Luis Alfonso alcanzó a divisar a dos policías. Tomó una transversal. Una transversal que, a pesar de la hora, se hallaba poblada de cholos e indios borrachos. «Las guaraperías... Las guaraperías...», se dijo mientras distinguía a medias —sombras de pesadilla— gentes tendidas en el suelo, revolcándose en el lodo y en sus propios excrementos —por los rincones, arrimados a cualquier muro, parejas enlazadas a puñetazos, a mordiscos, con ganas de matar, de morir—: cholos de queja animal y carcajada idiota, indios —acurrucados bajo el poncho— de llanto y sanjuanito [110] de velorio. Todos al ritmo de una fatiga de criminal locura, como si estuvieran luchando con un demonio invencible, con una fiera gigante, en ellos y fuera de ellos.

Romero y Flores entró a la primera casa abierta —fachada de amplio corredor, poyos de zócalo en las paredes, poyos de mostrador entre los pilares, viejo enlucido de cal, tejado de renegrido arabesco de musgo y liquen. También allí las gentes borrachas se estiraban y retorcían como en una gusanera. Cruzó el mozo aquella especie de tienda o galpón. Los guaraperos más resistentes —resistencia de los últimos en llegar— que seguían embriagándose, se encogieron como pájaros asustados al paso del intruso —indios en el suelo frente a una cazuela a medio llenar de líquido amarillento, turbio, donde nadaba un pilche que a ratos se perdía de mano

---

109 *pordioseros que degeneró la miseria:* empleo transitivo, algo incorrecto, de un verbo intransitivo.

110 El *sanjuanito* es, según el propio Icaza, una «tonada típica ecuatoriana», véase el «Vocabulario» que puso al final de su novela *Huairapamushcas* (en: *Obras Escogidas*, ed. cit., p. 643).

en mano; cholos de miserable catadura en torno a una mesa larga, sucia, bebiendo en jarros de lata.

Al final de un cuarto oscuro se detuvo Luis Alfonso. Unas mujeres hablaban en la cocina:

—De suerte hemos estado. No han venido los chapas [111] a joder.

—Es que el Telmo está de servicio por este lado. El pobre tiene que hacerse patas con [112] los jefes. Toditos quieren algo, exigen algo. A Dios gracias el negocio es socorrido.

—Sólo así, comadrita.

—La otra semana me costó más de doscientos sucres...

—¿Tanto?

—Por lo del indio bandido que amaneció muerto en el corredor, pes.

—Cierto. Pero esa noche ni mucho fermento pusimos. A más de lo ordinario, un poquito de orinas. [113]

—También la vecina Pitimucha [114] tuvo que mandar buenos billetes.

—¿Con el padre de sus guaguas mandaría, pes?

—Y con quién más. Mi pobre Telmo. Mañana le toca franco. [115] ¿Y qué fue del suyo?

—No volvió. Dicen que está con otra carishina.

«Guarichas... Guarichas...», pensó el mozo mientras observaba sin ser visto por las mujeres. La una, la que se refería con amor y ternura a su «pobre Telmo» —de pollera oscura, de cabellos atados con cintas, de chal otavaleño sobre los hombros—, se limitaba a probar de vez en vez el brebaje de una enorme paila de bronce donde la otra —chola de follón desteñido y sucio, de blusa llena de parches y zurcidos, de lazos y nudos de pabilo en las trenzas— echaba a grandes puñados un picadillo repugnante. Un picadillo sazonado —por el olor y por los restos que se alcanzaba a distinguir sobre una mesa— con plátanos podridos, cadáveres de ratas, zapatos viejos.

En ese instante sonaron en la calle las voces y los pasos de los perseguidores.

---

111 El *chapa* es, en el Ecuador, un policía; procede este vocablo de la forma popular *chapar*: «atisbar, espiar»; ambas formas se derivan a su vez del verbo quichua *chapana*, que tiene el sentido de «atisbar, observar; servir de vigía o centinela» (L. Cordero, *Diccionario quichua-español...*, ed. cit., p. 25).

112 *hacerse patas con*, o *hacer la pata a:* americanismo que significa «adular, lisonjear» (*Americanismos...*, ed. cit., p. 473); es expresión figurada y familiar.

113 *pusimos (para acelerar la fermentación del guarapo) un poco de orinas:* J. Icaza denunció varias veces esa manera totalmente ilegal y antihigiénica de preparar el guarapo, véanse por ejemplo su cuento «Sed» (en *Obras Escogidas*, ed. cit., p. 871, donde una chola echa un «tarro de orinas» en un pondo de guarapo para agilizar las cosas), y su novela *Huasipungo (Obras Escogidas...*, ed. cit., p. 161, que nos describe el método similar utilizado por la chola Juana: «En cuanto al guarapo para los indios echó en unos pondos olvidados que tenía en el galpón del traspatio buena dosis de agua, dulce prieto y orinas, carne podrida y zapatos viejos del marido para la rápida fermentación del brebaje».)

Varios etnógrafos denunciaron también este procedimiento, y precisaron que podía provocar crisis de demencia en quienes solían ingerir tales bebidas.

114 *Pitimucha:* apodo humorístico que procede del quichua *piti*, «pedazo; pequeña porción; fragmento», y *mucha*, «beso» (L. Cordero, *Diccionario quichua-español...*, ed. cit., pp. 86 y 70).

115 *le toca franco:* expresión popular, por *le toca día franco*, o sea día libre, en el que no ha de trabajar.

Sin ningún reparo, Luis Alfonso entró en la cocina de la guarapería e interrogó a las cholas que preparaban el brebaje señalando hacia el fondo:

—¿A dónde da esa puerta?

—¡Jesús! A la otra calle, pes.

—A la calle del cementerio —confirmó la hembra del follón desteñido y sucio.

Un tufillo a cadáver —creado por el vivo recuerdo del negocio de guarapo— obligó al mozo a pensar en los muertos: «Un día se tendieron, se estiraron. Les fue imposible correr más, moverse más, odiar más, respirar más... Yo en cambio...» Se paró de pronto con las manos sobre la cara. Se sentía cansado, profundamente cansado, pero... «¡Carajo! Me obligarán a decir, a declarar todo lo que a ellos les dé la gana. Soy indispensable. Soy necesario al disfraz de su infamia. ¡Su infamia!», pensó en un arranque de cólera reconfortante, de rebeldía diabólica. La rebeldía que en vez de apagarse en su corazón se había encendido más y más.

Por referencias de amigos, por pequeños y ocasionales datos de prensa, por lo que le contó una noche un ratero, una noche que cayó de borracho en un calabozo de la policía —puerta de barrotes, paredes sucias, luz pecosa de caca de moscas, letrina repleta de vómito, excrementos, orinas, piso húmedo, retablo de contraventores: figuras deterioradas, torcidas, en máscara de pesadilla—, el chulla sabía que... «Al principio parece grande, invencible nuestra voluntad para hablar o para callar, pero después de que le meten a uno en la máquina, después de que le torturan, después de que le amenazan con la muerte, y uno cree morir... Después de que le gritan, cien, mil veces, lo que ellos quieren que uno diga, las cosas cambian en el alma, las palabras surgen ajenas, malditas...» Algo poderoso, pesado, le aplastaba. Levantó la cabeza, alzó los puños al cielo —al infinito, a la nada— exhaló una queja gutural de maldición. Luego trepó por una calle en gradas. Pasó junto a un mercado —desde el interior echaban basura y agua lodosa. Pasó frente a una iglesia —puerta cerrada de gruesos aldabones, mudo campanario, talla barroca en piedra a lo alto y a lo ancho de la fachada. Pasó por la portería de un convento —quiso golpear, refugiarse en la casa de Taita Dios, como lo hicieron espadachines y caballeros endemoniados en viejos tiempos, pero recordó que frailes, militares y funcionarios públicos andaban a la sazón en complicidad de leyes, tratados y operaciones para engordar la panza. Pasó por una callejuela, entre mugrosos burdeles —tiendas en penumbra, en hediondez, en disimulo, en agobio de pecado que ofrece poco placer y mucho riesgo. Pasó por todas partes...

Un viento cortante, cargado de humedad de páramo, le anunció el amanecer. Seguro de que todo ocurriría como hasta entonces, el mozo trató de orientarse, de olfatear. El rumor de la vida urbana fluía desde abajo hacia la bóveda del cielo que empezaba a tornarse opalescente. Con rara angustia de abandono, se dio cuenta que habían desaparecido los pasos y las voces de sus perseguidores. Constató que iba por un camino peligroso, lleno de curvas, solitario —a la izquierda la muralla de la montaña, a la derecha el despeñadero por donde trepaban corrales, techos, tapias, en anarquía de enredadera—. El silencio —pulso palúdico que agitaba en la sangre sospechas de emboscadas y traiciones— le infundió un pavor extraño, un pavor de carne de gallina. Varias veces fue el viento que andaba como lagartija

entre los matorrales de las cunetas. Varias veces creyó ver lo que presentía —sombras que se estiraban para agarrarle, brazos esqueléticos, figuras venenosas por el suelo—. Mas el crepúsculo del alba ahuyentó a los fantasmas. De pronto —explosión de sorpresa mortal—, por un recodo del camino, en tropa de aparecidos, surgieron algunas gentes capitaneadas por el «Palanqueta» Buenaño.

—¿Y ahora, carajo? ¡Creyó burlarse de nosotros! ¡De la autoridad! —gritó el pesquisa.

El fugitivo, por toda respuesta, miró hacia atrás pensando con desesperación: «No me agarrarán por nada del mundo. ¡Lo juro! Mi poder... Mi orgullo... Mi...» Pero también por la retaguardia avanzaban tres policías y un cholo. Perdido, sin gritos —al parecer todo inútil en tales circunstancias—, Luis Alfonso ganó de un salto el filo del barranco. Observó con furia de desafío a los hombres que se le acercaban. «Desgraciados. Si se atreven, me tiro. ¿No contaron con eso, verdad? ¿Me creen incapaz? Ahora es distinto», pensó. Estaba dispuesto a arriesgar lo único que tenía, su vida. Incrédulos, cautelosos como si fueran en busca de una bestia arisca, trataron de aproximarse los perseguidores.

—¡Cuidado! —gritó el chulla sintiendo que también sus voces ancestrales estaban con él. Misteriosamente su rebeldía les había cambiado, les había transformado, fundiéndolas en apoyo del coraje de su libertad para... Majestad y Pobreza, en tono de orden sin dobleces: «¡Salta, carajo! Necesitan gente acoquinada por el temor, por el hambre, por la ignorancia, por la vergüenza de raza esclava,. para justificar sus infamias. Necesitan verdugos y víctimas a la vez. Niegan lo que afirman o tratan de afirmar... El futuro... ¡Salta, hijo!» Y mama Domitila, en grito salvaje, cargado de amargas venganzas: «Por la pendiente. Pegado a la peña. Los ojos cerrados. Búrlate de ellos. De sus torturas, de su injusticia, de su poder. No permitas que siempre.. Como hicieron con los abuelos de nuestros abuelos... Vos eres otra cosa, guagüitico... Vos eres lo que debes ser... La tierra está suave y lodosa por la tempestad... La tierra es buena... ¡Nuestra mama!» Y antes de que las manos de la autoridad le atrapen, el chulla Romero y Flores, a pesar de sus músculos cansados, a pesar de sus recuerdos y de sus ambiciones, ciego de furia, exaltada su libertad para vencer aun a costa de la vida, saltó por la pendiente con un carajo al viento.

—¡Ve, pes!

—¡Qué bruto!

—¡No era para tanto!

—Valiente, el bandido.

—Se fregó.

—A mí que no me busquen como testigo.

—A mí tampoco.

—A lo peor nos hacen declarar.

—Eso es fijo, cholito.

—Alguien tiene que cargar con la chaucha. [116]

—¿Quién lo empujó? ¿Quién le siguió? ¿Quién lo obligó?

«Vivo o muerto. Vivo o muerto le llevo a la cárcel, carajo. No se burla de mí. ¡Nadie se ha burlado!», se dijo el «Palanqueta» Buenaño y ordenó a la gente que le rodeaba:

—Iremos por la otra calle. Ya sé dónde está el pendejo. Conmigo se ha puesto.

—Y si a lo peor...

—¿Qué, pes?

—Se ha jodido.

—Hierba mala nunca muere. Vamos.

* * *

Al llegar el médico, Rosario respiraba con dificultad.

—Aquí, doctor. Aquicito.

—Véale no más. No le para la sangre desde que parió.

—La sangre. La sangre...

Mientras los vecinos hablaban a media voz, el facultativo, hombre maduro, sereno y prolijo, auscultó a la enferma. Al mirar al desconocido y sentir sus manos Rosario lanzó una queja.

—No es nada. Veremos... Veremos... —dijo el médico al terminar el examen, y con sonrisa amable —mecánica y forzada— consoló a la parida. Mas, al platicar junto a la puerta del cuarto con mama Ricardina y un coro de mujeres, les manifestó la gravedad del caso.

—¿Entonces?

—¿Ustedes son parientes?

—No. Vecinas no más. Comedidas, pes. ¿Morirá, doctorcito?

—Creo que sí.

—¿Sí?

—Está mal. Me llamaron muy tarde.

—¿Y ahora el chulla? ¿Le agarrarían? ¿Estará preso?

—Dios nos guarde.

—Que me traigan esta inyección. ¡Pronto! —concluyó el médico entregando una receta. Una receta que, al pasar de mano en mano con la noticia trágica de la gravedad de Rosario, produjo en el remanso bisbiseante y soñoliento en el cual había caído la murmuración del vecindario, un despertar como de protesta y amenaza:

—La culpa es de ellos, carajo.

---

[116] *chaucha:* este americanismo puede tener aquí cualquiera de sus dos sentidos habituales, aunque ambos pueden combinarse —dado el contexto de la frase. La *chaucha* es en efecto, «en nuestro lenguaje popular, (una) ganancia ocasional e inesperada por un trabajo eventual». (J. Tobar Donoso, *El lenguaje*..., ed. cit., p. 91); J. Icaza registra este sentido en el «Vocabulario» de su novela *Huairapamushcas* (en : *Obras Escogidas*, ed. cit., p. 641); la palabra tendría, en este caso, un matiz irónico.

Pero la *chaucha* es también, en el habla coloquial de varios países hispanoamericanos, una «inocentada», una «tontería»; este significado que encerraría también una connotación irónica, cuadra asimismo con el contexto —sin excluir por eso la acepción precedente.

—¿De ellos? ¿Quiénes?
—¡Ellos!
—¡Ah! Los que no son pobres como nosotros.
—Pero la culpa también es nuestra, cholito.
—¿Por qué, pes?
—Eso nos preguntamos siempre.
—Siempre.
—Morir. Morir la vecina.
—No es justo.
—Ni injusto tampoco, pes.
—¿Qué esta diciendo? Medio raro le noto.
—Ella descansará.
—Todos descansaremos.
—El alma del pobre no descansa ni bajo tierra.
—¿Cómo ha de descansar dejando al guagua solitico?
—Guagcho. *
—Para los huérfanos de San Carlos.
—Si nosotros... Si nosotros pudiéramos...
—¿Qué, pes? ¿Criarle? Con los nuestros no sabemos qué hacer, dónde meterles, dónde olvidarles.
—Mamitica. No diga así.
—El chulla es siempre el chulla, vecinita. Tiene primero que hacerse hombre para criar al hijo.
—Hombre para enterrar a la conviviente.
—¿No les dará remordimiento a los esbirros de todo esto?
—¿No les quemará las entrañas?
—Se hacen los que no oyen.
—Sería de matar.
—Sería de echarles a la calle.
—¡A la calle, carajo! —chilló un viejo mirando descaradamente a los pesquisas.
—Se hacen los buenos.
—Los humildes.
—Hasta que nos calentemos no más.
—Hasta que nos pongamos de a malas.
—Hasta que olvidemos el cristiano de adentro.
—Hasta que nos salga el indio.

El «Chaguarquero» Tipán y el «Sapo» Benítez, fingiendo indiferencia —la vista baja, la bondad chorreando de la jeta—, hicieron como que no oían, como que no era con ellos. Y aprovechando un instante de descuido, huyeron en silencio.

—Salimos a tiempo —comentó el uno al torcer la primera esquina.
—Yo sudaba.
—¿Y quién no sintiéndose en las delgaditas? [117]

---

117 *sentirse en las delgaditas:* expresión figurada y familiar, que corresponde a «no tenerlas todas consigo».

—Todo era contra nosotros, pes.
—Nos vieron la cara.
—La cara de pendejos.
—Capaces de achacarnos el muerto.
—Porque la hembra ya mismo...
—Ya mismo tuerce el pico.
—¡Carajo! Así tenemos que decir al Jefe.
—Sin pendejadas.
—¿Estará en la oficina?
—No creo. Las siete no más han de ser.
—Podemos verle en la casa, entonces.
—¿En la casa de la moza?
—En cualquiera. Yo conozco ambas.
—Yo también, pes.

* * *

Al abrir los ojos —lenta y brumosa evaporación de la inconsciencia—, lo primero que alcanzó a distinguir Romero y Flores fue el techo —manchas de viejas goteras, almácigo de moscas—. Luego, en la pared, un cuadro pudorosamente cubierto con velo sucio —corneta y alas de San Vicente—, fotografías ampliadas de mujeres desnudas dentro de círculos de inscripciones y dibujos pornográficos a lápiz —rúbrica espontánea y sicalíptica [118] de la clientela—, un irrigador renegrido por el uso. En el piso de costal descolorido: colillas, corchos, algodones. En el aire, olor a engrudo, a ostras guardadas, a tabaco, a hombre borracho, a pantano, a selva. El mozo creyó reconocer a las gentes que le miraban. Tres mujeres mal cubiertas —exhibiendo por la abertura normal o por los desgarrones anormales en lo que ellas usaban como bata de casa, el chuchaqui ascendente e incurable de unos senos chirles, de unas carnes flojas, de unas piernas esqueléticas, de un sexo húmedo de inmundicias viscosas como ojo de pordiosero—, y un hombre joven en mangas de camisa. Una de ellas podía ser —hechizo de excitante angustia en el recuerdo de nauseabundos contagios—. ¿Quién? La «Bellahilacha». ¿Y las otras? La «Capulí» [119] y la «Pondosiqui». [120] ¿Y el mozo? El mozo era Víctor Londoño, el chulla tahúr. «Estoy vivo. Vivo después de todo. ¿Por qué? Quise morir... La pendiente... El lodo... Las ramas....», recordó Luis Alfonso entre sombras que se

---

118 *sicalíptico-a:* según M. Moliner, esta palabra «creada para anunciar una obra pornográfica» viene del griego *sykon*, «vulva», y *aleiptikós*, «excitante»; tiene el sentido de 'escabroso-a'; esta forma «sexualmente maliciosa», «se usó, sin conocer exactamente su significado literal, hace treinta o cuarenta años; ahora es desusada».M. Moliner, *Diccionario de uso...*, ed. cit., t. II, p. 1160).

119 *«Capulí»:* apodo femenino que procede del nombre de una «especie de cerezo» (J. Tobar Donoso, *El lenguaje...*, ed. cit., p. 62).

120 *«Pondosiqui»:* otro apodo femenino, que contrasta humorísticamente con el precedente; viene del quichua *siqui* o *siki* «Nalga. Orificio; culo». (L. Cordero, *Diccionario quichua-español...*, ed; cit., p. 105), y de la conocida forma *pundu* «tinaja»; según P. de Carvalho-Neto, *pondo* en el lenguaje popular, «ha sido usado como apodo de los gordos» (*Diccionario del Folklore...*, ed. cit., p. 345). *La «Pondosiqui»* significa por lo tanto «la del trasero gordo».

iban diluyendo. Y cuando se despejó totalmente su conciencia percibió una dulce complicidad, un doloroso recuerdo —definitivo y mayor que otras veces— entre sus fantasmas ancestrales. Su tragedia íntima —candentes rubores por un pecado original donde no intervino, cobardes anhelos de caballero adinerado, estúpidas imitaciones— era en verdad cosa primitiva e ingenua ante el riesgo que acababa de pasar, ante las urgencias dolorosas de Rosario, ante la esperanza de un hijo. Extraña prudencia afianzábase minuto a minuto en su espíritu procurándole un perfil nuevo, auténtico. ¿Y el disfraz de chulla de porvenir, pulcro, decente? Se lo llevaron los vecinos de la casa de mama Encarnita, la generosidad de las gentes pobres, la gana de morir frente al atropello, al engaño, al abuso. Vio claro. Tenía que luchar contra un mundo absurdo. Estaba luchando. ¿Cómo? Trató de levantarse. Un dolor agudo en todo el cuerpo le retuvo tendido en el diván donde durmió más de una vez —noches de sucia cabronería a las que él llamaba con orgullo: «de bohemia galante»— la borrachera costeada por cualquier tipo en ascenso legal o ilegal. En el diván donde muchas ocasiones, al amanecer, se unió a la prostituta que decía quererle, gozar sólo con él, después de su trabajo mecánico, asqueroso, con latifundistas hediondos, militares pesados y comerciantes exigentes.

Ante los esfuerzos del fugitivo por levantarse, la «Bellahilacha», con devoción maternal, murmuró acercándose a Romero y Flores:

—No te muevas. A lo peor tienes algo roto en el esqueleto. ¿Qué te pasó? ¿Qué hiciste? ¿Estabas borracho? ¿Rodaste desde el cerro? Como un muerto te encontramos en el patio. Felizmente habías caído en el lodo, en la basura.

La «Capulí», la «Pondosoqui» y el chulla tahúr, intervinieron a su vez.

—Queremos ayudarte. Somos tus amigas. Habla.

El aludido movió la cabeza, y en pocas palabras explicó los detalles de su fuga. Luego concluyó:

—Ella me necesita. Está sola. Le dejé sola. Debe parir.

—¡Ah!

—Los policías, los pesquisas, las gentes... Ustedes saben. Les he dicho todo...

—Sí, en efecto —mumuró la «Bellahilacha» bajo la acción de un generoso proyecto que brillaba en sus ojos mirando y remirando al chulla tahúr.

En ese mismo instante, una criada de trenzas flojas, abotagada de sueño, zapatos de segundo pie —tacos torcidos, dos números más grandes—, anunció desde el corredor en tono de chisme y en mímica de escándalo:

—Unos hombres están golpeando en la puerta de calle. Yo les vi clarito por la rendija. De la policía parecen.

—¡Ellos! —chilló Luis Alfonso buscando la forma de levantarse. Había perdido la fuerza, la agilidad. Le pesaba todo el cuerpo.

Antes de verse frente a los policías, la «Capulí» y la «Pondosiqui», como de costumbre en tales casos, trataron de escabullirse. Víctor Londoño, menos expansivo y alharaquiento —por aquello de «bien macho»— ocultó sus recelos, y estirándose en un bostezo lento, profundo, indiferente, se dijo: «Ya nos jodimos, carajo». Pero la dueña del burdel, reaccionando favorablemente, ordenó a la criada con voz de amenaza y reproche para todos:

—No les abras.

—Y lo que...

—A estas horas no se abre a nadie.

—Van a romper la puerta, pes.

—Que rompan carajo.

De inmediato tranquilizó a las prostitutas que cacareaban en su torno, y dirigiéndose al chulla tahúr, con mimos de hembra doctorada en zalamerías, sugirió:

—Vos, cholito. Tan bueno siempre, tan generoso, puedes ayudarnos a resolver esta pendejada.

—¿Eh? —exclamó Víctor Londoño dando un paso hacia atrás.

—Si le agarran aquí iremos todos a parar en la cárcel.

—Carajo. ¿Pero qué puedo hacer yo?

—Sustituirle. ¿Me entiendes? Engañar a estos cojudos. Huir como si fueras él.

—¡Oh! ¿Así? ¿En mangas de camisa? —dijo el posible héroe buscando sacar provecho de la aventura. Sus papeles, su cartera, su americana, su chaleco, su sombrero, que se hallaban desde la víspera en manos de una de las prostitutas del burdel, la «Caicapishco», [121] a quien quiso hacerle perro muerto. [122]

—Te disfrazaremos con la ropa del pobre Luchito. La gorra, el saco, la bufanda.

—Imposible.

—Por tu culpa... El, nosotros, la infeliz que está pariendo, nos veremos...

Convencidas y emocionadas la «Capulí» y la «Pondosiqui», corearon al ritmo del juego audaz que poponía la «Bellahilacha»:

—Son parecidos.

—Nadie notará el cambio.

—El mismo cuerpo.

—La misma pinta.

—Mamitico.

—¿Y qué provecho saco yo de tanto riesgo?

—Bueno... Le ordenaré a la «Caicapishco» que te devuelva tus cosas.

—¿El sombrero, el chaleco, la cartera, los papeles...?

—Todo. Apúrate. Ya entran. ¿No oyes? —advirtió la «Bellahilacha». Y con ayuda de las otras mujeres despojó a Luis Alfonso de sus prendas de vestir.

—¿Y si me agarran, carajo? —murmuró el chulla tahúr una vez transformado.

—No tengas miedo. Soy amiga del Jefe. Tengo negocios con él. Puedo cantar.

En tropel inconsciente, endemoniado, entraron pesquisas y policías a la casa.

---

121 *«Caicapishco»*: apodo femenino obsceno que se deriva del quichua *cayca*, o *kayka*, interjección que significa «coge esto, toma esto, recibe esto» (Manuel Moreno Mora, *Diccionario etimológico y comparado del Kichua del Ecuador*, Cuenca, C. C. E. —Núcleo del Azuay—, 1967, T. II, p. 234), y *pishcu* o *pishku*, «pájaro», pero también «pene, miembro viril» (L. Cordero, *Diccionario quichua-español...*, ed. cit., p. 85, y M. Moreno Mora, *Diccionario etimológico...*, ed. cit., t. II, p. 234).

122 *hacerle perro muerto a uno-a* o *darle perro muerto a uno-a*: «fr. Hacer alguna burla o engaño bastante pesado, como ofrecer dinero y no darlo» Real Academia Española, *Diccionario de la lengua...*, ed. cit. p. 1012). Se trata de una expresión popular y muy española —empleada por Quevedo, por ejemplo.

Con mágica voz a la cual todos obedecieron sin chistar, la dueña del burdel distribuyó a su antojo a los personajes de la escena que había preparado.

—Vos, Víctor, en el momento que entren estos desgraciados, cruzas a la carrera por la puerta del fondo. Por ésa que está abierta. Que te vean bien. Eso es lo principal. Después corres al patio. Huyes por el portillo de la tapia a la calle... Vos, «Pondosiqui», quítate la bata. Desnúdate. Así. Echate sobre él. Pronto. No te pasa nada, pendeja. Lo importante es cubrirle, esconderle. Que ellos crean que están en lo mejor del gusto... Bien... Vos, «Capulí», ven conmigo.

Al ingresar en el primer cuarto el «Palanqueta» Buenaño y el «Chaguarmishqui» Robayo seguidos por dos policías, apartaron con violencia a las protitutas que inspiradas en su rol de súplica y de protesta se enfrentaron a ellos.

—¡Esperen! No pueden interrumpir el trabajo de una pobre mujer. De una infeliz mujer que se gana el pan con la vergüenza de su cuerpo —chilló la «Bellahilacha» desde el suelo a donde había ido a parar de los empellones de los intrusos, señalando con manos crispadas la impúdica unión de la hembra desnuda y del mozo al parecer borracho, que se alcanzaba a distinguir claramente en la pieza contigua.

—Por Dios. Están ocupados. ¿No ven? —coreó histéricamente la «Capulí».

En aparición superpuesta, robando todo interés, surgió detrás de una cortina el chulla tahúr disfrazado de fugitivo. Aquella presencia atrapó la atención de todos en pausa de hipo. Sin sospechar que caían en un engaño, policías y pesquisas se lanzaron a la carrera en persecución de aquella sombra. Cada cual comentó a su modo:

—Tengo que agarrarle de buenas o de malas —afirmó el «Palanqueta» Buenaño, desesperado a esas alturas del fracaso.

—Toditica la noche en esto.

—Aplastarle como a cuy.

—Asoma como diablo.

—Desaparece como diablo.

—Por el portillo, carajo.

—Se resbaló no más.

—¡Ahora!

—¡Vivito!

—¡Otra vez!

No tardó mucho Víctor Londoño en darse cuenta de lo difícil y arriesgado de la farsa en la cual se debatía. «Aquí estoy. ¿Qué quieren conmigo? ¡Mírenme bien! El que ustedes buscan se quedó atrás... Ji... Ji... Ji...», pensó al doblar una esquina. Pero las perspectivas de un atropello sin testigos en el posible encuentro por la furia salvaje de los perseguidores, le aconsejó entregarse a quien pudiera, por su autoridad y por su jerarquía, controlar legalmente el asunto. «Al Jefe de estos cojudos, de estos esbirros... Le conozco... Cholo cobrizo, pómulos de Rumiñahui... ¿El nombre? El nombre es lo de menos. Le conozco y basta... Conozco la oficina donde trabaja... Es hora del palanqueo, de los reclamos, de las denuncias».

No tuvo que desplegar mucha audacia el chulla tahúr para llegar a donde se

había propuesto. Bien entrada la mañana cayó como un escándalo inaudito frente al escritorio del gran burócrata de la soplonería y de los recursos clandestinos.

—Me persiguen de pura gana, señor. ¿Por qué? Quieren matarme. Soy inocente. Mi nombre... Mi nombre es Víctor Londoño. Todo el mundo me conoce. Usted también... Estaba en la casa de unas amigas. De unas amigas...

Antes de que el mozo termine su informe entraron en el recinto de la máxima autoridad de pesquisas y policías, el «Palanqueta» Buenaño y el «Chaguarmishqui» Robayo. Con violencia mecánica se lanzaron contra la presa.

—¡Un momento! ¿Qué hacen? —protestó el hombre cobrizo de pómulos de Rumiñahui poniéndose de pie. Por el «Sapo» Benítez y por el «Chaguarquero» Tipán conocía los detalles de la fuga de Romero y Flores, la actitud del vecindario de la casa de mama Encarnita, la gravedad de la concubina del fugitivo. Además, los papeles que le entregó el «Mapagüira» Durango, fruto del registro, eran poca cosa. ¡Ah! Pero lo más importante, la política, lo que él llamaba «la alta política» —pasiones e intrigas de burócratas—, había cambiado totalmente en las últimas veinte y cuatro horas. Su Excelencia, los señores Ministros, algunos Jefes Provinciales, indignados y recelosos porque su «candidato» —Ramiro Paredes y Nieto— tardaba en ofrecer para el futuro —descuido de «patrón grande, su mercé»— el respaldo de impunidad necesaria a crímenes, robos, atropellos, resolvieron actuar —declaraciones públicas, remitidos a la prensa, juramentos, discursos, la Patria por testigo— con imparcialidad democrática en las elecciones que se avecinaban. «¡Ningún apoyo a nadie! ¡A nadie! Que no se diga más tarde... Que la historia... Nuestra inmaculada honradez...» En tales circunstancias las órdenes de la víspera —podridas de un día para otro— debían ser olvidadas, rotas sin escándalo. Pero el odio crecido en el fracaso, en la pesadilla de la sombra que se escurre del «Palanqueta» Buenaño se hallaba fuera de todo control. Agarró al falso fugitivo de donde pudo, mientras pensaba: «De mí no se burla nadie. ¡Nadie, carajo! ¡Aquí está, muerto o vivo! He cumplido mi deber. ¡Soy bueno! ¡El mejor! ¿Quién dice lo contrario?»

—¡Aquííí!

—¡Espere! ¡He dicho que espere! ¿No me oye? ¿No ve dónde está? —advirtió en tono olímpico el Jefe de Seguridad Pública metiendo mano atlética de mayordomo en la furia del subalterno.

Al separar a la víctima de las garras del «Palanqueta» Buenaño, el hombre cobrizo con pómulos de Rumiñahui murmuró tratando de evitar complicaciones:

—¿Usted como se llama, jovencito?

—Ya le dije, señor. Víctor Londoño.

—Pero él... ¡El! —insistió el pesquisa desconcertado sin saber lo que pasaba.

—No soy... ¡No soy!

—Claro que no es. Claro que hemos cometido una tremenda equivocación. Pero usted se puso en nuestro camino. En el camino de la justicia, de la ley... Eso, mi querido joven, es muy peligroso. Muy peligroso. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

—¡Se va! —comentó el «Palanqueta» Buenaño tratando de seguir al falso

fugitivo. El «Chaguarmishqui» Robayo, que se hallaba a su lado, le agarró de un brazo y le dijo en tono de reflexión:

—Espere no más. No se haga el gallo. Oigamos primero. Acaso nosotros tenemos derecho de estar pensando y sintiendo pendejadas.

Al concluir el incidente y escuchar las advertencias, los nuevos peligros políticos y las nuevas órdenes del Jefe de Seguridad —altavoz del señor Presidente y de los señores Ministros—, el «Palanqueta» Buenaño bajó la cabeza de mala gana para esconder un despecho de amargo sabor en la boca, de fiebre temblorosa en la piel, de fuego criminal en las entrañas. Su insistencia podía ser torpe, incomprensible si se quiere, mas, ¿por qué no le dejaban concluir su trabajo? Su mejor trabajo... Nadie puede impedir al soldado matar al enemigo en el fragor de la batalla. Sería idiota, cobarde. Y al salir del despacho, tras del «Chaguarmishqui» Robayo, ocultando rubor y venganza de excelente pesquisa en desgracia, acarició el revólver que llevaba en uno de los bolsillos del saco. Le dolió la mano al ajustar el arma. ¿Contra quién disparar? ¡Contra él! Todos eran justos, inocentes, buenos. El, en cambio: trapo sucio, olía a basurero, gusano vil, suave de sudor, de fatiga, de lodo, hijo de mala madre. ¡Un tiro! Pegarse un tiro. No... Tenía que amparar a la mujer, a los guaguas, a la vieja.

—Soy una mierda —murmuró entre dientes una vez en la calle.

—Pero cholito. Somos lo que somos. Dicen que sí. Bueno, sí. Dicen que no. Bueno, no.

—Carajo. Un trago. Quiero beber.

—Eso es distinto.

—Si no me emborracho hasta las patas me muero. Me pego un tiro.

—Un... Vamos, mejor.

* * *

Al despedirse de las mujeres del burdel, Romero y Flores trató de decir algo noble, desgraciadamente no pudo —la gratitud se le anudaba en el pecho—. Sólo miró al diván, besó en silencio a la «Bellahilacha» e hizo un gesto amable y respetuoso para las otras —había hallado con sus ojos nuevos algo de santo, de heroico, de cómplice en ellas—.

Cuando entró en el zaguán de la casa de mama Encarnita, el mozo tuvo que abrirse paso entre los comentarios del vecindario:

—Sufrió mucho la pobre para soltar el guagua.

—Los bandidos se fueron cansados de esperar.

—De miedo...

—El médico dijo...

—Calle no más. No sea tan chismosa.

—Chisme será, pes. Se le fue la sangre.

—La mala y la buena.

—Una lástima.

—Una desgracia sin remedio.

—Ojalá, Taita Dios.

—Sólo Taita Dios.

En el cuarto notó Luis Alfonso una especie de tristeza que inmovilizaba a las personas y a las cosas. ¿Y el olor? Tufillo a hospital lleno de comadres y visitas. Se hubiera tendido con gusto junto al niño baboso, arrugado como rata tierna, envuelto en bayetas y trapos ajenos. Era preferible sonreírle con ternura y delicadeza. ¿Y ella? Inmóvil en la cama —palidez de espectro, cabellos en desorden, ojos que se abren y se cierran indiferentes, respiración crepuscular—, no le había dicho nada. ¿Por qué? «Puede... Puede morir...», intuyó sintiendo algo doloroso que le humedecía los párpados, le hormigueaba en la sangre, le temblaba en la boca con franqueza que nunca antes la usó entre las gentes —ni ricas ni pobres—. Crispado por la paradoja de la tremenda realidad —la mujer que parecía agonizar y el hijo que dormía plácidamente—, no supo o no pudo agradecer a las vecinas que habían socorrido a la parturienta y que le anunciaban en voz baja, enternecida y misteriosa:

—Está mal.

—Hemos hecho todo lo posible.

—Mal mismo parece.

—El médico dijo que le habíamos llamado demasiado tarde.

—A veces preguntaba por usted.

—A veces por el guagua.

—La pobre. Solitica. Nosotros...

—Calle vecino. ¿No ve que sufre?

—Sufre...

Un desprecio a sí mismo por su ausencia en el momento más duro para ella, postró a Luis Alfonso en el sofá, junto a la cuna del recién nacido —un cajón, una silla, unas ropas mugrosas—. Y en la pausa de alelado escuchar y entender crecieron en su corazón los reproches al amparo de esa especie de alianza —voz e impulso en coro— entre mama Domitila y Majestad y Pobreza: «Basura revuelta. ¡Basuraaa! Debía... Se le fue la sangre. La buena y la mala. El médico dijo. ¿Qué dijo? Ojalá Taita Dios. Nadie tiene la culpa. ¡Yo! Soy un desgraciado. Siempre... Ahora... Antes de nacer. Antes de morir... El rol de mi pequeña farsa. ¡No me sirvió para nada! Para nada... Mis burlas de almanaque, mis raterías de doble fondo, mi disfraz de fantoche inofensivo, sin opiniones... No pude vengarme de la vieja cara de caballo de ajedrez. Del candidato. De las damas y caballeros. Del demonio... Atado a ellos, imposible. A su forma, a su ambición, a sus creencias, a su destino... ¿Por qué? Por bruto. Al carajo todo...» La tragedia del desacuerdo íntimo —inestabilidad, angustia, acholamiento— que tuvo el mozo por costumbre resolverla y ocultarla fingiendo odio y desprecio hacia lo amargo, inevitable y maternal de su sangre, se había transformado —gracias a las circunstancias planteadas por la injusticia de funcionarios y burócratas, al amor sorpresivo a Rosario, a la esperanza en el futuro del hijo, a la diligencia leal y generosa del vecindario— en la tragedia fecunda de la permanencia de su rebeldía, de la rebeldía de quien ha recorrido un largo camino y descubre que ha tomado dirección equivocada. Era otro. Otro a pesar de su dolor. ¿Quizás demasiado tarde? «No... ¡No!», se dijo mirando al pequeño que dormía entre trapos ajenos. Luego se acercó a la enferma. Lo hizo maquinalmente. Le tomó de una mano. Fría, débil, sudorosa. ¿Cómo infundirle

vida? Ella abrió los ojos. Una, dos, tres veces. Y temblaron en su boca palabras sin voz.

—¿Qué? —interrogó Luis Alfonso inclinándose sobre el rostro de Rosario —arrugas profundas, labios entreabiertos, nariz perfilada, párpados en lucha con un sueño de siglos—. Deseaba gritarle: «¡Espera! ¡Escúchame! Te he querido siempre. No soy el mismo. ¡No! A veces... La maldita insinceridad. Pero... ¿Recuerdas? El señor, el caballero, el lord inglés... ¿Y tú? La princesa... ¡Mi princesa! Ahora sé que... Ahora comprendo...» Dirigiéndose a las pocas vecinas que quedaban en el cuarto, concluyó en tono de súplica infantil:

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar, pes.

—¿Esperar?

—Quizás lo que le puso el doctor...

—Lo que nosotros también le pusimos.

—Si Taita Dios hace el milagro.

—¿El milagro?

—Esperar, pes.

A la tarde murió Rosario. Fue sólo una leve contracción, un doloroso estremecimiento en la piel. Alguien... Alguien se había llevado del cuerpo de la mujer, sin ruido y sin reclamo, la luz de sus ojos, el aliento de su boca, el pulso de su sangre, la gracia de su rostro.

Luis Alfonso, mirando en silencio, inmóvil al pie de la cama, sintió que sus entrañas se contraían en una maldición, balanceándose —a punto de naufragar— en el oleaje de los lamentos y de las lágrimas de las gentes comedidas. «Velorio. Velorio de indio...», pensó.

—Mamitica.

—Bonitica.

—Vecinita.

—Tan buena que era.

—Como un pajarito se quedó no más.

—Se fue en plena juventud.

—No le dejaron parir.

—Injusticia de los bandidos.

—El médico dijo... Dijo...

—Mamitica.

—Bonitica.

—Vecinita.

—Pronto era de llegar.

—No dejamos que le vea la bruja.

—Nadie tuvo caridad.

—Pero ella también, por qué no dijo, por qué no gritó.

—Toda la noche pasó quejándose.

—Como guagua ñagüi* de la quebrada.

—Así... Así mismo.

—Mamitica.

—Bonitica.
—Vecinita.
—Ojalá Taita Dios haya tenido misericordia.
—Si no tiene con los pobres, con quién ha de tener, pes.
—¿Con quién, pes?
—Se fue. Se adelantó.
—Mamitica.
—Bonitica.
—Vecinita.

Ante aquel clamor que tenía tono y queja de sanjuanito de velorio de indio, el chulla —meses antes hubiera provocado protesta teatral— no pudo guardar las lágrimas. También brotaron de Majestad y Pobreza y de mama Domitila. «Lloran conmigo. Al mismo ritmo... Se le fue la sangre a la pobre. La buena y la mala, ¿La mala? ¿Qué mala, carajo? ¿Dónde? Quizás porque miraba de un modo tan... Y sus ojos... Sus ojos se cerraban al gozar, al sufrir, al implorar. ¿Ahora? Ahora también... Pero sin placer, sin dolor, sin imploración... El médico dijo... ¿Qué sabe el médico? Saben los pesquisas, los policías, los mendigos, las prostitutas... Robé por ella, corrí por ella, vine por ella... ¿Para qué? Está muerta... ¡Muerta!» De buena gana hubiera huido como antes, como siempre. Miró hacia afuera. Irse. Respirar aire puro, sin remordimientos, sin responsabilidades. Ver nuevas imágenes. Eso le hubiera hecho mucho bien. Eso tal vez le hubiera mitigado la honda opresión que experimentaba. Pero... ¡No! El nuevo ser aparecido en él —equilibrio y unión de todas sus sombras íntimas— era incapaz de abandonar al cadáver. Tenía que enterrarle. Además, el hijo... Los huesos, los músculos, los nervios del mozo —rara transformación al amparo de alguien querido que muere y de alguien indefenso que nace—, aferrábanse a una ansia de expiación y de hombría. Era otro. Sus manos enrojecidas, sus vecinos ajenos, su blando corazón, su cansancio. ¿Y ella? El no cesaba de contemplarla en su desesperante inmovilidad, en su absurda rigidez. Parecíale estar viendo algo que había visto en sus pesadillas y en sus malos presentimientos. ¡Calma singular y terrible! ¡Calma auténtica con intenso poder de atracción!

Antes de llegar doña Victoria, la madre de la difunta —supo la noticia gracias al servicio especial del chisme y la información del vecindario—, Luis Alfonso había entregado el poco dinero que le quedaba de su cheque a las gentes que se ofrecieron para contratar el entierro. Por desgracia, después de muchas idas y venidas, circuló a media voz el fracaso:

—No alcanza, pes.
—No alcanza, bonitico.
—Ni para el ataúd.
—Ni para la carroza.
—De tercera será si Dios ayuda.
—Ni para el nicho
—En el suelo mejor.
—En el suelo de los pobres, de los chagras, de los indios.
—Ni para nada, pes.
—Si hubiera algo para vender.

—Si hubiera algo para empeñar.

—Algo...

«¡Oh! Esperen, por favor. No hablen así. Me desesperan. Iré a la calle otra vez. Pediré... Pediré con lágrimas en la garganta... En la garganta hecha un nudo... ¿Quién no ha exigido, un día por lo menos, que le ayuden? ¿Quién no ha temblado de impotencia ante el fracaso? ¿Robar? ¿Como lo hacía el chulla Romero y Flores? ¡Imposible! El... El ya no está. ¡No lo tengo... No lo siento...! A otros, en cambio, les dura hasta la vejez. En mí fue como un relámpago tras una forma, tras un estilo definitivo para ser alguien, para poder vivir. Alguien arriba. Alguien que robe con derecho. Como roban ellos, carajo. Los que yo conozco. Ellos... Los que conservan el chulla bien puesto e impuesto en su farsa política, en su dignidad administrativa, en su virtud cristiana, en la arquitectura de su gloria, en la apariencia de su nobleza. El mío... el mío fue un pendejo... Se aplastó... Se hizo sombra entre mis sombras...», se dijo el mozo sin atreverse a actuar de inmediato. Fluía de su alma una amargura nueva, renovadora, rebelde en sus convicciones, en su sensibilidad, en la creencia y el poder en sí mismo, pero estaba tan cansado físicamente que se llenó de indolencia y dejó correr el tiempo. Más tarde, postrado sobre el diván, magullado el cuerpo, sin recursos definitivos en sus sombras recién fundidas, entre la bruma del sueño y la claridad de la vigilia, miró llegar a doña Victoria, oyó sus lamentaciones exageradas, sus reproches, sus quejas, el estúpido ataque a la corrupción de los demás —él, Rosario—. Luego sintió —escena alucinante— que la vieja se le acercaba paso a paso, acusadora —hinchado el rostro como luna hidrópica, crispadas las manos en dedos de garfios, encendidos de furia los ojos como luces de demonio, murmurando entre dientes y baba amarga: «Murió en pecado mortal mi hija»—, para aplastarle, para juzgar su crimen. Pero gracias a lo tenso de su rebeldía, el mozo resistió el impacto de aquella actitud desconcertante, y buscó la disculpa levantando la cabeza para exhibir su enorme dolor, sus lágrimas, su sacrificio. En ese momento, como un desafío a la razón, como un llamado a la misericordia —verdades sin voz que saturaban el aire, oleaje de intuiciones que removía ocultos pensamientos, recuerdos lejanos, ansias inconfesables—, surgieron y transformaron el pequeño detalle de la tragedia en algo viscoso que parecía resignarse inopinadamente, que parecía humillarse, que parecía decir: «Es la vida que nos obliga...» Y surgió desde la cama donde reposaba el cadáver, en ráfaga de tibia evocación, de hálito estremecido, impalpable:

«Le amé... Le amé, mamitica. Lo sabes. Lo sabe todo el mundo. Te consta. Te dije más de una vez. Perdónale si crees que algún mal me hizo. Me hizo mujer. ¡Mujer! ¿Quizás tú nunca lo fuiste? ¡Nunca! ¿Por qué? ¡Oh! Ahora veo claro. Ahora comprendo que debí entrar en su alma, ayudarle en las cosas de su intimidad...» Y surgió desde la cuna de trapos y cajones donde dormía el niño arrugado como rata tierna:

«Sin él no podría vivir. Cuando usted muera él me ayudará, me defenderá... Lo que él me diga, lo que él me enseñe, lo que él me ampare...»

Y surgió desde los rincones desde donde observaban en silencio compungido comadres y gentes comedidas —dos o tres obstaculizaron personalmente el atropello—:

«El también ha sufrido. ¡El también! ¿Cuántas veces le hemos visto disimulando su miseria? ¿Cuántas veces le hemos visto hacerse el gallo futre sobre su vergüenza? Todos somos culpables. El, la difunta, nosotros, usted. Sea caritativa, tenga buen corazón, vieja. El pobre... Nadie sabe lo de nadie...»

Y surgió desde Luis Alfonso, en clamor hecho un tieso harapo de sueño, de angustia —cuadro que movía a compasión e incitaba a pensar—:

«Hice tanto de atrevido, de superficial, de indolente, de... De pronto sentí que me hundía en la costumbre de una sola mujer, en la ternura de una sola mujer, en el amor de una sola mujer. ¡Ella! Ahora lo confieso. Puse en juego mis buenas y malas artes... Por estar en perpetua paradoja con mi conciencia y con mi deseo, me vi envuelto en el coraje de la honradez, de la denuncia, de la fuga, del riesgo de la vida. Del riesgo de la vida donde se fundió definitivamente la disputa de Majestad y Pobreza y mama Domitila. La disputa hecha un ovillo. Y en vez del individuo caballero, «patrón grande, su mercé», que ellas deseaban forjar, y que yo lo anhelaba con locura infantil, me quedó un hombrecito amargado y doliente, rumiando una rebeldía incurable frente a lo que vendrá».

A la noche, al ritmo diligente del vecindario, llegaron las cosas indispensables para la muerta —sacrificios, empeños, ahorros de doña Victoria—: el ataúd, los cirios, los trapos negros. Luis Alfonso, entre tanto, con lejanía y proximidad al mismo tiempo de perspectiva en grises, pudo observar, hasta el menor detalle, la escena quejosa, pesada e impasible, en la cual la madre de la difunta y mama Encarnita —estaba a esas horas también mama Encarnita—, envolvían a Rosario en una sábana sucia de sangre para echarla en... «La caja de basura. ¡Sí! Es una caja de basura... ¡Por corrompida! ¡No! No fue una corrompida. En su plenitud al entregárseme, en sus ansias de madre, en su miedo a morir, supe que era una mujer. ¡Mi mujer! Que responda ahora el que gritó contra ella. Los que gritaron contra ella... Mientras mi estúpida vanidad corría incansable y ciega tras bastardas formas... ¡No le golpeen así! ¡No! La asfixia en la soledad... Eso es... Para no oler su descomposición... Se deja llevar al calor de los cirios... Flores... Una pequeña corona. Penumbra de tedio deformando a las gentes: largas, chatas, descoyuntadas. Ceras negras, pavesas hediondas... Las mujeres se limpian los ojos, los mocos. Me miran como si fuera la asfixia en la soledad. Cabecean de sueño y al despertar me observan y rezan. ¿Rezan por mí? Rezan los hombres... ¡No! Se cuentan chistes, murmuran... ¿De mí? ¡Oh! ¿Qué les pasa a todos? Nada. Parece que nada... ¡No soy yo! Allá entre las cuatro luces está el cadáver, está la pobre... Yo soy Romero y Flores... El chulla Romero y Flores. Pero mi chulla también está encerrado, preso, se pudre entre momias. ¡Le siento! Estoy allá y estoy aquí... Como ella... Con ella...» La angustia ante el espectáculo del velorio precipitó a Luis Alfonso en la evidencia de haber abandonado parte de su ser en el ataúd. Nunca más estaría de acuerdo con sus viejos anhelos, con sus prosas intrascendentes, con su disfraz, con la vergüenza de mama Domitila, con el orgullo de Majestad y Pobreza. El agotamiento creció en él poco a poco, y el sueño incómodo —sentado en el diván— le hundió en extrañas pesadillas. Al despertar —frío de luz mortecina en la ventana, en la puerta—, escuchó a su lado a doña Victoria, a mama Encarnita y a una vecina que platicaban sobre el recién nacido.

—Pobre guagua.

—Lo que le espera.

—La vida.

—A veces es peor que la muerte.

—Yo... Yo tengo que criarle... Yo sé. Voluntad no me falta... Siempre y cuando el padre responda con algo... Siempre y cuando el padre se porte como un hombre —afirmó desafiante la madre de la difunta mirando con rencor al mozo.

—Juro que le defenderé, que le ayudaré en lo que pueda. Por ella. Por mí. Porque me da la gana. Soy un hombre. Eso. Un hombre. ¡Lo juro! —chilló el aludido al impulso de un sentimiento de lucha que dio a sus ojos brillo de lealtad sin discusión posible. Aquel juramento no sólo convenció a las mujeres, también aseguró en él, sobre lo acholado y contradictorio de su existencia, ese fervor rebelde que hervía en su sangre desde... No hubiera podido decir desde cuándo.

Tras la carroza —negro esqueleto sin vidrios, sucios dorados, penachos de viejas plumas, olor a caballo, a rosas, a cochero de opereta, a barniz de luto—, Luis Alfonso notó que los vecinos le acompañaban, le entendían —hombres resignados, mujeres tristes—, con la misma generosidad que le ayudaron la noche que tuvo que huir barajándose entre las tinieblas. Tragándose las lágrimas pensó: «He sido un tonto, un cobarde. ¡Sí! Les desprecié, me repugnaban, me sentía en ellos como una maldición. Hoy me siento de ellos como una esperanza, como algo propio que vuelve».

Dos hombres metieron el cadáver en el nicho, cubrieron el hueco con cemento. «Para siempre. ¡Ella y...! Ella pudriéndose en la tierra, en la oscuridad, en la asfixia. Yo, en cambio —chulla Romero y Flores—, transformándome... En mi corazón, en mi sangre, en mis nervios», se dijo el mozo con profundo dolor. Dolor que rompió definitivamente las ataduras que aprisionaban su libertad y que llenó con algo auténtico lo que fue su vida vacía: amar y respetar por igual en el recuerdo a sus fantasmas ancestrales y a Rosario, defender a su hijo, interpretar a sus gentes.

Quito, a 2 de febrero de 1958.